

121

28

Clásicos Marymar

El príncipe
Utopía
El Negro del Narciso
El diario de Ana Frank
Así hablaba Zaratustra
El anticristo
Hiperión
Bartleby el escribiente

Maquiavelo
Tomás Moro
Joseph Conrad
Ana Frank
F. Nietzsche
F. Nietzsche
F. Hölderlin
H. Melville

En preparación:

Kyra Kiralina
Saschka Yegulev

Panait Istrati
L. Andreiev

Friedrich Hölderlin

HIPERION

EL EREMITA EN GRECIA

Nota preliminar:
PAUL ZECH

Epílogo
HECTOR RAURICH



Ediciones Marymar

Título de la obra en el original:

HYPERION

Oder der Eremit in Griechenland

Traducción del alemán por

ALICIA MOLINA Y VEDIA

Y RODRIGO RUDNA

808.3

Hölderlin, Friedrich, 1770-1843

Hiperión — El eremita en Grecia. Traducción,
Alicia Molina y Vedia y Rodrigo Rudna.

Buenos Aires, Marymar, 1976.

243 p. 18,5cm. (Col. Clásicos Marymar)

I. Molina y Vedia, Alicia II. Rudna,
III. Título

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada, escrita a máquina por el sistema *multigraph*, mimeógrafo, impreso, etc., no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

© by Marymar Ediciones, S. A.

Chile 1432 - Buenos Aires

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

NOTA PRELIMINAR

*¿Qué son los dioses y su espíritu
si yo no los hago conocer?*

EMPÉDOCLES

I

Cuando Hölderlin se encontró con Hegel en la famosa universidad de Tübingen, que había dado a los alemanes durante dos siglos una ilustre sucesión de hombres de grandeza espiritual, y se adhirió a aquel "Club de los amigos de Kant" donde se leía, analizaba y discutía las obras filosóficas, clásicas y modernas, se encontraba, una vez más, en un estado que él solía designar con la palabra "disonancia".

En el círculo de sus amigos anteriores, a los cuales pertenecían especialmente Ludwig Neuffer y Franz Magenau, y que salieron de la universidad en 1789, se había ocupado casi exclusivamente de la literatura alemana, poniendo en el centro de sus reflexiones a Klopstock, Goethe y los poetas del "Goettinger Hainbund" (Liga del Bosque de Goettingen). Ahora, en cambio, como consecuencia de la unión con Hegel, se encontró en otra esfera: en la de la Antigüedad. Hegel le animó a estudiar a Platón y Esquilo, a Homero y Heráclito, y a ocuparse más íntimamente de Kant.

Ahora Hegel, encantado del enorme entusiasmo de Hölderlin por el estudio, observa en él, a través de conversaciones de todas las noches, que se prolongan hasta el amanecer, un testimonio viviente de lo tras-

cidental. Para entenderlo bien: Hegel, el futuro fundador de la filosofía absoluta, se muestra en su poesía Eleusis a Hölderlin en la órbita de su amigo seráfico. Los "misterios" filosóficos que se tejen entre estas dos almas fundamentalmente diferentes pronto se refuerzan y extienden considerablemente, gracias al joven pero asombrosamente sagaz Friedrich Wilhelm Schelling, quien se agrega, como tercero de los amigos, en el año 1790.

Sabemos, por cartas y notas de los tres jóvenes, cómo, influidos por la obra de Kant La religión dentro de los límites de la razón, se alejaban de la teología ortodoxa, para inclinarse más intensivamente a la filosofía, con la voluntad claramente formada de dedicarse con todas sus fuerzas a la formación y al mejoramiento del género humano.

El hecho de que el prusiano más oriental, Kant, haya visto en la Revolución Francesa el cambio del estado mecánico al estado orgánico, aceptándolo como una nueva finalidad, favoreció las inquietudes con que los corazones y los cerebros de estos tres jóvenes aprendieron y recogieron los acontecimientos inauditos que se desarrollaban más allá del Rin. Y nos parece hoy casi natural que se formaran una idea propia de los sucesos que perturbaban a todo el mundo civilizado, que la convirtieran en ideal absoluto y que trataran de realizar este ideal también en Alemania.

De Schelling, por cierto, hemos aprendido cuán rápidamente abandonó este ideal; pero no pudo llevar a Hölderlin consigo, aunque lo procuró repetidas veces. Entonces se inclinó, apoyándolo en sus teorías, hacia ese movimiento, que más tarde se desmenuzó como la reacción más negra, que dominó y esclavizó a Alemania durante muchos decenios y que finalmente condujo a la tragedia de 1848.

Tampoco Hegel, que finalmente se alejó, en forma

verdaderamente turbulenta, de la idea pura de la Revolución Francesa, logró que Hölderlin renegara de "los ideales jurados hasta la muerte".

Ciertamente Hölderlin se apartó de ellos durante algunos meses, por acontecimientos particulares, y se ocupó de nuevo de la filosofía de Leibniz, que unía, en el concepto de la armonía, bajo el nombre de "amor", la jerarquía neoplatónica de las cosas, desde lo terrestre hasta la divinidad. Inspirado en esto, aunque no conmovido hasta las profundidades de su conocimiento, Hölderlin ya en aquella época proyectaba una novela, sin haber encontrado, sin embargo, la figura de Hiperión como protagonista. En verso se elevaba primero hasta las lejanías etéreas de la Venus Urania, y todos los ideales concebidos en este estado de ánimo concurren a formar la idea, igualmente indeterminada, de un "genio de Grecia". Este desencadenamiento de su espíritu tenía que traer sus consecuencias. Primeramente en su vida privada. Sin ningún motivo exterior rompió sus relaciones con Luisa Nast, aunque le dijo: "Hasta más allá de la tumba durará mi amor indisoluble".

Volvió el "tiempo de las disonancias", del cual se salvó leyendo por tres veces Los bandidos de Schiller; esto le recordó "los ideales de la libertad, sólo transitoriamente dejados de lado". Finalmente, el aliento revolucionario del Don Carlos atizó el fuego lento para convertirlo en una llama ardiente. De manera que fue solamente Hölderlin el que permaneció fiel al ideal de su juventud, hasta el cumplimiento de la misión impuesta por el sentido trágico de la vida.

Cuando todavía luchaba con la comprensión de los acontecimientos que se sucedían en Francia y que le conmovían hasta las últimas fibras, ya había caído la cabeza de Robespierre. El gran viaje de Termidor, seguramente no previsto, influyó sin duda en la idea

de Hölderlin de que la lucha por los derechos del hombre no podía estar terminada por el hecho de que el movimiento revolucionario hubiese entrado en las vías del orden burgués, trayendo a Napoleón y al imperialismo. Los jóvenes idealistas alemanes habían soñado con la eliminación de la discordia alemana, interior y exterior, por medio de la prosecución de la revolución. Napoleón impidió el cumplimiento de estas esperanzas. Nos parece necesario tener en cuenta este hecho, primero para comprender mejor lo que movió a Hölderlin a proyectar y formar el Hiperión, y también para comprender lo que sucede hoy en Europa. Aquí debe separarse causa y efecto, para descifrar lo "bueno" y lo "malo" en todas sus consecuencias.

Así, bajo la influencia de la idea de que la gran Revolución Francesa no se desarrolló en sus efectos ulteriores (especialmente en Europa) en las formas que habían esperado los jóvenes intelectuales de Alemania, nació en Hölderlin el proyecto del Hiperión.

En el año 1792 se habla por primera vez de que Hölderlin está trabajando con un Hiperión, "que me parece que promete mucho. Es un señor que ama la libertad, un verdadero griego, lleno de firmes principios que me gusta especialmente oír..." (Así dice una carta de Magenu, el amigo de Tübingen, a Staeudlin, abogado y editor del *Musen Almanach*, "Almanaque de las Musas", de Stuttgart).

Este mismo Staeudlin era también quien había dirigido a Hölderlin con énfasis hacia Rousseau, después de haber visitado, según la costumbre de aquel tiempo, la tumba de Rousseau y de haber jurado allí vivir en las teorías de este hombre, "el más grande de Occidente", y "sacrificar la vida y la fortuna" para el desarrollo de esas ideas.

El auxiliar de la universidad de Tübingen, Philip Konz, quien en aquel tiempo también era esti-

mado como poeta, enseñó a Hölderlin que lo esencial del ideal de Rousseau, la sencillez y la armonía, ya habían sido una realidad en la juventud de la humanidad, puesto que los atenienses vivían en él como en una especie de culto divino.

Después de los proyectos siempre renovados de su novela Hiperión, en los años 1792-1794, Hölderlin se decidió a empezar a escribirla. Al principio destinaba la obra para el "placer estético", con lo que quería decir que el Hiperión "debe ocupar el sentido del gusto por medio de un conjunto de ideas y sensaciones más bien que la razón por medio de un desarrollo psicológico regular". Esta formulación demuestra bien claro cuán fuertemente intuía aún la estética de Kant en el ejercicio de su arte. Parece que los "principios firmes" de que Magenu hablaba se refieren especialmente a la concepción heroica del poeta, obtenida en el estudio de los antiguos, y que había desarrollado en las conversaciones con los amigos, y también en sus poemas "Al genio de la audacia" y "Al destino". Por lo demás, estos poemas fueron los que le ayudaron a encontrar el camino hacia Schiller y a ganarlo para sí.

Alentado por la "benevolencia inesperada" de Schiller, continuó la labor, temporariamente interrumpida en el "ensayo", hasta terminar aquel "Fragmento" que Schiller publicó en *Thalia* del año 1794, y que llamó la atención de los entendidos.

El contenido de este fragmento puede reducirse a una breve fórmula material de la siguiente manera: "Hiperión, enemigo declarado de toda cosa intermedia entre "algo" y "nada", busca con toda energía, y con la fuerza de conocimientos recién adquiridos, la satisfacción de sus ansias en la fraternización con los hombres. Aunque pone todo su esfuerzo para penetrar, con los sentidos despiertos y sin prejuicios, hasta las regiones en las que aun lo cotidiano le pare-

ce al principio extraño, se decepciona sin embargo y siente que la pobreza de las circunstancias sólo podrá ser remediada por un cambio completo de los hombres y de su ambiente. Como los obstáculos más increíbles se oponen a él (aquí encontramos ya las primeras alusiones al fin problemático de la Revolución Francesa), abandona la escena en una desolación atormentadora. De un letargo pesado, improductivo, lo despierta el amor a una doncella llamada Melite (el modelo para la posterior Diótima). Sin embargo, Melite no tiene, para sus impetuosas pretensiones, la comprensión que él, desconociendo su carácter, buscaba en ella. Ella quiere sólo la felicidad de un amor que promete duración, no el azar fortuito de un abrazo en el enajenamiento. "¡Es preciso que ambos nos examinemos primero!" Con esta contestación, que inflama más aún sus demandas, le induce a viajar para así aprender a juzgar claramente. En este destierro medio forzado, no se siente muy bien, y aunque vuelve un poco más tranquilo, no halla el camino a su interior. Desde este penoso estado intermedio cae en otro extremo: vuelve a la filosofía con un celo enfermizo y nervioso, para buscar en ella lo "único vivo", que no encontraba en los hombres vivos. Pero como era un "hijo innato de la naturaleza", y buscaba y encontraba en ella revelaciones, volvió a apasionarle de manera tan fuerte que se entregó a ella con todos sus sentidos: "Parecía que desde el interior del bosque me llamasen, desde las profundidades de la tierra y del mar me gritasen: '¿Por qué no me quieres a mí?'"

En verdad, el problema que trataba de resolver Hölderlin no puede solucionarse sin más ni más con el motivo de la unidad salvadora "hombre y naturaleza". La vieja interrogación, aunque encubierta por un velo, existe y continúa torturando sus pensamientos. El fragmento termina con la "misanropía

sublime" de Kant: se puede perder el gusto por el movimiento del hombre actual, pero nunca la fe en el hombre mismo.

Sin embargo, apenas había aparecido en Thalia y había sido considerado por la crítica profesional como "prueba muy prometedora de talento", cuando Hölderlin decidió, después de una prolongada meditación, sacar el Hiperión de la forma de fragmento para reconstruirlo en una forma nueva. Para esto eligió el estilo epistolar. En aquel tiempo estaba todavía en la órbita del evangelio de la naturaleza de Rousseau, y solamente en los períodos de depresión recordó los acontecimientos de Francia y la idea de liberar a los alemanes de la esclavitud. El nuevo Hiperión comienza donde terminó el "fragmento".

Hiperión aparece ahora como un eremita en las colinas del istmo de Corinto. Allá le conmueve primeramente la idea: "El hombre es un dios cuando sueña, pero un mendigo cuando piensa". Esto equivale ya casi a un abandono de las especulaciones de Fichte, lo cual, sin embargo, no significa aún el abandono de Kant y Schiller. Primeramente huyó del orden de las leyes clásicas hacia la embriaguez dionisiaca, la cual reconoce como único valor la belleza, pero la esperanza de realizar este sueño yace sepultada bajo las ruinas de Atenas.

En este momento crítico encuentra al viejo Adám, quien quiere hacer de él un renovador del mundo. Pero otra vez son los hombres los que le interesan más, y a los cuales él quiere asociarse, para vivir como ellos deben vivir, sin poder mirar, sin embargo, esta vida como un estado de felicidad. No puede saltarle un nuevo desengaño, porque los medios que usa Hiperión no son adecuados al fin. Conmovido hasta lo hondo de su ser, pues parece convencido de la incurabilidad del mundo, sin dudar todavía de sí mismo, trata de reemplazar esta pérdida de su

sin primitivo por la posesión de una bella alma humana solitaria. Encuentra a este hombre en la persona de Alabanda. En Alabanda arde la llama de la libertad. Esta llama también enciende a Hiperión. Ambos sienten que se complementan bien uno a otro en sus ansias y fervores. No se necesita gran arte de persuasión para convencer a este joven de que planear no es nada, y obrar, en cambio, lo es todo. "¡Liberarás conmigo la patria!" Con estas palabras de Alabanda se sella la "alianza" de vida o muerte.

Esta parte de la novela apareció primeramente como libro independiente; sin embargo, esto no significaba que estaba pensada como terminación de la obra. Hölderlin declaró, ya en el prólogo: "La solución de las disonancias dentro de un carácter dado no es materia de razonamiento ni de vano placer... Lamento que por ahora no puedan todos formarse aún un concepto del plan. Pero el segundo tomo seguirá tan pronto como sea posible..."

Al dar esta promesa, Hölderlin no sabía aún, con seguridad, hacia dónde cambiaría el carácter de Hiperión. El cambio se produjo. Pero Hölderlin mismo era el menos contento con este cambio, al menos con el resultado. Pues ya estaba con un pie en la órbita del problema de Empédocles, que estaba impregnado de otro aire. Esto no quiere decir que al mismo tiempo se hubiera alejado de las ideas de la Revolución Francesa. Solamente le parecía —llevado más allá de las teorías de Fichte por su penetración interior, y siempre en la órbita de Kant— una necesidad urgente buscar una plataforma más elevada para sus nuevas valoraciones. La definición de destino le ocupa constantemente, e, influido por Hegel, arriesga el salto desde el punto de vista crítico hacia el dogma absoluto.

Durante mucho tiempo Hölderlin ha sido llamado un panteísta (aun Dilthey le llama así) y se le con-

sideraba completamente dependiente del pensamiento de Schelling. Esto no se comprende hoy, pues, sin duda, el panteísmo es la petrificación, en la idea, de la vena poética. Y en las odas de Hölderlin, por ejemplo, la mitología griega ya no es sólo medio de expresión, como todavía en Schiller y después en los dos Schlegel, sino que se ha vuelto nueva experiencia vital.

II

Cuando Hölderlin publicaba sus primeros versos, Jena no era todavía la "metrópolis del romanticismo alemán", y la ingeniosa "Egeria" del momento era aún una joven viuda que se debatía contra el destino de un matrimonio malogrado: la señora Carolina Boehmer. Sólo más tarde se convirtió en Carolina Schlegel-Schelling, nombre con que entró en la historia de la literatura alemana.

Hölderlin se reveló a los apóstoles del romanticismo alemán sólo con el fragmento del Hiperión. Es mérito indudable de los dos Schlegel el haber contemplado y aceptado al joven poeta como perteneciente a ellos solamente y haber comprendido enteramente su importancia para la literatura.

En aquel tiempo escribió Friedrich von Schlegel en el "Ateneo" palabras que valen aún hoy: "Hölderlin es uno de los diamantes más nobles en la corona del romanticismo alemán". Goethe, al leer esta frase, sacudió malhumorado la cabeza y repitió su juicio anterior sobre las primeras poesías de Hölderlin: "Si el mundo encuentra placer en que cerebros confusos se aniden allí donde hasta ahora tenían su lugar la claridad y la medida, nosotros no queremos ser cómplices de la desgracia. Nada posee este joven que pueda con el tiempo convertirse en talento, y sólo muestra la erupción impetuosa de un ánimo sin

firmeza y de un espíritu al que le falta dignidad y disciplina..."

Cuando apareció la primera parte del *Hiperión* (1797, en la editorial de Cotta, en Stuttgart), que exaltó fuertemente los ánimos de la juventud literaria alemana, Goethe se conformó con un juicio más suave, pero siempre condicionado: "Hay que tratar de guiar a Hölderlin hacia caminos más moderados; si esto se consigue, entonces tal vez se pueda esperar de él algo perfecto".

Sin hacernos culpables aquí de la menor exageración, nos permitimos afirmar que el *Hiperión* debe ser considerado, por sus fundamentos y su amplitud (más allá de su materia propia), por sus valores éticos y estéticos, como la obra revolucionaria más pura y profunda de los alemanes.

III

Se sabe que la materia que se condensó en la interpretación de Hölderlin de la gran Revolución Francesa, en la segunda parte del *Hiperión*, se puede encontrar en los sucesos de la revuelta de los griegos contra la tiranía de los turcos en el año 1770. En estas luchas, la intervención de una tercera potencia —Rusia—, concretada en la aparición de la Armada Imperial, jugó un papel importantísimo. Sin embargo, no en el sentido de la ilusión que se hicieron los revolucionarios griegos, de una ayuda de parte de Rusia. Pensaban, haciendo abstracción de la Rusia absolutista, en la erección de una propia "República Nacional".

La acción del *Hiperión* de Hölderlin se desvía en muchas partes de la historia. Sus personajes aparecen indefensos ante la intervención de un tercero, no provocada por los revolucionarios. Constan sólo en el resultado de la batalla final y... en el día siguiente.

Ahora bien, cuando, después de la destrucción de la armada turca por la armada imperial rusa, Hölderlin-*Hiperión* hace la declaración: "Así un veneno envenena al otro...", ¿puede pretenderse aún con razón que este Hölderlin sea un romántico reaccionario?

Ese reproche (que le hizo en 1892 un crítico de literatura del partido socialista) no puede hacerse a Hölderlin. Ni siquiera se justificaría con respecto al joven Hegel, quien reconoció la concepción genial del *Hiperión* con palabras entusiastas y consideró el impetu revolucionario de la obra como apto para la manifestación de una nueva idea del estado. (No de una "nueva religión", como Dilthey concluyó equivocadamente). No es del todo improbable que justamente el *Hiperión* haya inspirado al joven Hegel la frase siguiente: "Puede haber un pueblo libre sólo cuando la razón haya recobrado su realidad como espíritu moral que pueda tener la audacia de tomar su forma pura en su propia tierra y con su propia majestad..."

Completamente errónea me parece la opinión de Friedrich Gundolf (por lo demás tan comprensivo intérprete de la poesía de Hölderlin) sobre el fundamento ético del poeta al decidirse a la creación del *Hiperión*. Gundolf cree en la necesidad de establecer que la influencia de la Revolución Francesa sobre Hölderlin debe considerarse no como "vivencia originaria" (Urerlebnis), sino como adquisición educativa (Bildungserlebnis); comprueban eso todas las partes de la novela que describen el movimiento revolucionario de los griegos; estas partes son, en cualquier respecto, las más débiles de la novela, porque les falta una relación íntima con los acontecimientos...

Contra esto podemos (¡y debemos!) argumentar que en cada aspecto de la novela la figura dominante

de Hiperión representa a Hölderlin mismo. Él se ha pintado tan exactamente que, cada vez que la acción sobrepasó sus propias experiencias, paró el trabajo, debiendo dejar pasar largos intervalos para concentrarse y encontrarse de nuevo.

También Norbert von Hellingrath, el meritorio editor de la primera edición completa y crítica de las obras de Hölderlin, considera, como centro de la intuición artística y de la elaboración formal, las "tensiones anímicas" que sacan sus impulsos y fuerzas de las profundidades inmensas de la "mística órfica". Con otras palabras: de una esfera de valores que busca el sentido del mundo, no en el pensar, sino en el "intuir", en el presentir y adivinar del doble Yo en el ser humano.

Norbert von Hellingrath demuestra esta opinión (que no podemos compartir de ninguna manera) con el comportamiento de Hiperión en aquella hora en que Diótima, amada y al mismo tiempo arrastrada a la desgracia por él, contrae una grave enfermedad mental (como consecuencia de la belleza de su alma) y muere, y cuando él entonces, enterado de la muerte, toma la decisión de volver a Alemania para vivir en adelante en la naturaleza, que le salvará de todo desvío de lo humano. En su conciencia, por cierto, resuena la pérdida de Diótima durante mucho tiempo, y la siente como pena amarga. Este anonadamiento causado por la amargura explica también la renuncia a Alemania, áspera, pero sin embargo escrita con la sangre de su corazón, que irritó a Hegel de tal manera que arrojó un florero antiguo contra la pared y permaneció despierto toda la noche para escribir a Hölderlin una violenta carta de protesta, que, sin embargo, abandonó por la mañana, tragándose su ira.

Que el propio Hölderlin no estaba contento con el desenlace del Hiperión, pero que tampoco se atrevió

a escribir una tercera parte, lo demuestra la reapertura del problema de Hiperión en otra figura, a saber en La muerte de Empédocles. En esta tragedia, el "héroe", al precipitarse en el cráter del Etna, se arroja, "sin ser llamado", al corazón de la naturaleza. Y por eso no vale para Hiperión, sino para la misma Diótima, la frase: "El que sufrió la muerte como tú, se restablece sólo entre los dioses". Diótima muere la muerte de amor de las mujeres metafísicamente tiernas, y de la misma manera murieron también la Mignon de Goethe y la Liana de Jean Paul.

Hölderlin no extrajo la última consecuencia, especialmente en el sentido ético, de hacer morir al amigo Alabanda, y a la amada Diótima, no en libertad, sino como víctimas forzadas de Hiperión, quien, por su parte, debería haber procedido como Werther; además se lo prohibió la situación fijada al principio de la novela.

Ahora queremos extraer del Hiperión dos de las sentencias más importantes que los contemporáneos de Hölderlin han reprobado e interpretado mal, y que después fueron la causa inmediata del malentendido último más grave, no solamente sobre el Hiperión, sino además sobre la misión poética y la persona de Hölderlin.

1) "¡La guerra justa anima a cualquier alma!"

Esta es la contestación de Hiperión a la advertencia de Diótima: "¡Conquistarás, y olvidarás para qué has conquistado!" Obtendrás, si es mucho, por la fuerza un estado libre, y después dirás: "¿Para que edifiques?" Y al final preguntarás, cansado de la vida: "Ahora, ¿dónde estáis, ideales de la juventud?"

2) "En verdad, era un proyecto extraordinario el de construir mi Eliseo por medio de una banda de ladrones..."

Esta segunda frase la dice Hiperión después de la ocupación de Misitra (Esparta) por los revo-

lucionarios, seguida de actos de violencia contra sus habitantes, una sucesión de saqueos, asesinatos e incendios. Un espectáculo terrible, del cual Hiperión se aparta indignado y lleno de asco. Piensa en las palabras bellas y elevadas que había pronunciado poco antes de marchar hacia Misitra, para vencer las dudas que Diótima tenía con respecto al éxito de la empresa: "Vendrán tus hombres, ¡naturaleza! Un pueblo rejuvenecido te rejuvenecerá también a ti; quedarás como su novia, y la antigua unión de los espíritus se renovará contigo. No habrá sino una belleza, y la humanidad y la naturaleza se unirán en una divinidad que lo abrazará todo".

Pues bien, el hecho de que Hölderlin-Hiperión debía convencerse de que no se puede establecer un estado nuevo con hombres nuevos por medio de una "banda de ladrones", ha servido para que un biógrafo de la nueva escuela alemana sacara la conclusión, con una visible alusión contra la república alemana de Weimar, que "Hölderlin, en principio, no quería ningún retorno de los tumultos de la Revolución Francesa, ninguna Grecia nueva, sino el restablecimiento de la conducta nórdico-heroica en Alemania, conducta que estaba degradada a pesar de Goethe y Schiller. Sólo había fracasado porque no había llegado aún el tiempo para él..."

Si fuera verdad esta tesis, entonces quedaría justificada, hoy más que en aquel tiempo, la frase de Hölderlin: "En verdad, era un proyecto extraordinario el de construir mi Eliseo por medio de una banda de ladrones". E igualmente estaría justificado el último capítulo de la novela.

Me parece que el colmo de la interpretación intencionalmente maligna del contenido espiritual del Hiperión ha sido alcanzado por Ludwig Klages. En su libro *Del Eros cósmico*, se encuentran algunas sentencias que tratan de explicar el fenómeno del

hombre trágico, que Hölderlin representa, en la forma más pura, en su Hiperión: "La misión poética de Hölderlin era trágica porque presupuso en sus contemporáneos algo que, por su estructura psicológica, no podían poseer; por eso debía también terminar en forma trágica su vida... De manera que del resplandor entre dos obscuridades surge la obra poética de Hölderlin como un símbolo de lo eterno..."

En mi opinión, esta interpretación de la misión de Hölderlin tiene sus raíces sólo en lo filosófico-especulativo. La mención del caos del "Apeirón" de Anaximandro como oscuridad primera (como segunda oscuridad se entiende el miedo de perder todos los valores de la vida en el no-valor infinito, es decir, la muerte) es también una mera especulación que se deduce de las palabras de Hölderlin: "¡Ah, si hubiera una bandera, unas Termópilas donde pudiera sacrificar honrosamente todo el amor solitario que no me sirve ya para nada!"

También Heidegger elude voluntariamente ese carácter revolucionario del poeta Hölderlin, que para nosotros es el rasgo esencial, y considera la evocación de Grecia (como unidad de espíritu, cultura y naturaleza) "el símbolo eterno de la lucha de Hölderlin contra la confusión de valores a que el mundo ha llegado por la gran Revolución Francesa"... Se ve así una vez más hasta dónde puede llevar la uniformación del individuo en un estado totalitario.

IV

Una participación decisiva en la formación del Hiperión corresponde a algunas personas que no debemos dejar de mencionar aquí, en parte por razones histórico-literarias con respecto a la vida de

Hölderlin mismo, y en parte porque las estaciones de lo poético que estas personas pasaron en íntima amistad con Hölderlin son de importancia para el análisis de las diferentes redacciones del Hiperión.

En este sentido hay que nombrar primero al amigo de estudios de Tübingen, Ludwig Neuffer. A él le comunicó Hölderlin, en varias cartas, las dificultades interiores y exteriores que se le oponían en la composición del "Fragmento" y cuán intensamente estaba luchando para dar forma artística a la materia. Así Hölderlin le escribió en agosto del año 1793 la siguiente frase significativa: "Si mi Hiperión completo no es tres veces mejor que el "Fragmento", lo arrojaré al fuego sin vacilar..." Y el 10 de octubre de 1794 le hizo saber: "La mayor parte de las horas de las mañanas se me pasaron en este verano con mi novela... Casi he terminado el primer libro. Apenas si queda una sola línea de mi primer ensayo. El gran paso de la juventud al hombre maduro, del afecto a la razón, del reino de la fantasía al de la verdad y la libertad, me parece que merece una elaboración tan lenta..."

Cuando Hölderlin escribió esta carta, ya estaba como institutor en la casa de Carlota Kalb en Walthershausen. El nombre de esta Carlota Kalb y su papel dentro de la literatura alemana está ligado a los nombres de Schiller y Jean Paul, con los cuales estaba en relación de íntima amistad. Por la intervención de Schiller, el pobre graduado en teología y candidato a pastor Hölderlin obtuvo el puesto de institutor, encargado de la educación del único hijo de Carlota. Para el joven Hölderlin era un caso difícil, pues el niño padecía de graves perturbaciones mentales, y él consiguió, si no la curación (para eso su estancia en Walthershausen fue demasiado corta), por lo menos una mejoría temporaria. "Pero —escribe Hölderlin a su madre el 16 de enero de 1795—

la obstinación del niño alcanzó un grado que casi me privó de mi propia salud, de toda serenidad, y también de la actividad de mis fuerzas intelectuales..."

De la madre de este niño dice Rahel Varnhagen en sus Memorias que fue la mujer más moderna de su tiempo. La amplitud espiritual, filosófica y psicológica de esta extraordinaria mujer se hace especialmente visible en su relación con el joven Hölderlin, a menudo atormentado por el abatimiento y la tristeza. Ella tuvo una influencia importante sobre la formación de la primera parte del Hiperión, pues el poeta le comunicó su trabajo línea por línea, aceptando sus consejos amistosamente. Carlota Kalb envió también el manuscrito a su amigo Schiller, y le indujo a enviar la obra, "que sin duda alguna encontrará tu admiración, pues se mueve enteramente en las esferas de tu espíritu", al editor Cotta. Todavía en el año 1801 estaba en correspondencia con Hölderlin, y también le visitó en la Torre de Tübingen; esta mujer, tan gravemente maltratada por la vida y casi ciega, visitó al poeta, que ya estaba envuelto en la niebla mental y no se acordaba de ella.

Cuando Hölderlin era alumno de Fichte en Jena, se le juntó un joven diplomático, que más tarde perteneció a la corte de Homburg, llamado Isaac von Sinclair. Este joven noble, especialmente atrcido por sus versos, tomó eficaz interés en la precaria situación material de Hölderlin, sin ofender su extrema sensibilidad. Von Sinclair introdujo a Hölderlin en la casa del banquero de Frankfurt Jakob Friedrich Gontard, y se lo recomendó como institutor. Veremos en seguida qué cambio decisivo significó este hogar para el Hiperión y para el mismo Hölderlin. De cualquier modo, fue el mismo von Sinclair el que, después de la rápida renuncia al puesto de institutor —renuncia más forzada que voluntaria—, lo

llevó consigo a Homburg para que se restableciera, sin preocupaciones, de los penosos acontecimientos de Frankfurt. Y si ahora decimos que fue especialmente Susette Gontard la que tuvo la participación más decisiva en la terminación de la segunda parte del Hiperión, es casi decir demasiado poco. La amistad íntima con esta mujer tan culta y sensible dio al poeta la fuerza para desarrollarse enteramente. A ella tenemos que agradecer las maravillosas Odas de Frankfurt, que constituyen la cumbre de la oda alemana. Cómo Hölderlin vio y sintió a esta mujer, se encuentra expresado, aparte del Hiperión, ya en estos versos:

"¡Ser sagrado! He turbado a menudo tu dura serenidad divina, y de los dolores más secretos y profundos de la vida has aprendido mucho de mí..."

Susette, la "graciosa musa de su corazón dolorido", y Diótima, en la novela la amante de Hiperión, fueron una unidad tan sólida e íntima como tal vez se encontrará sólo en la vida y en la poesía de Dante y Beatriz. En cierto modo puede también pensarse en Wagner y Matilde Wesendonck, de cuya amistad nació el Tristán.

Susette Gontard, que falleció a la edad de 34 años a causa de una infección y estuvo en correspondencia peligrosa con Hölderlin hasta el último año de su vida, ingresó en la literatura como Diótima.

De las cartas de Hölderlin a su Diótima conocemos solamente tres borradores. En cambio, las cartas de Diótima a Hölderlin, que originariamente se creían perdidas, están conservadas en su totalidad. Una pariente lejana del poeta las publicó a principios de este siglo. Destruyeron en la forma más inequívoca el sinnúmero de leyendas que se habían formado en el

curso de los años sobre las relaciones de los dos amantes.

No es ninguna exageración afirmar que aquella separación forzada (e injustificada) haya arrastrado a ambos hacia las más graves perturbaciones.

V

Cuán alto el mismo Hölderlin estimaba el Hiperión, declarándolo como su "devocionario", aun en los días de la "prisión celeste", cuando ya la enfermedad lo consumía y desde el espejo le miraba con una mueca el señor Scardanelli...¹, lo sabemos por el primer artículo biográfico que se publicó, todavía en vida del poeta, de Wilhelm Waiblinger, La vida, la poesía y la demencia de Hölderlin, 1830: "Puede ocuparse durante días enteros de su Hiperión. Cien veces, al visitarle, le oía ya desde afuera declamarlo en voz alta. Su énfasis era grande y el Hiperión estaba siempre abierto; muchas veces me lo leyó. Cuando terminaba un pasaje, empezaba a exclamar, con una gesticulación vehemente: "¡Ah, hermoso, hermoso, Majestad!" Los ojos llenos de lágrimas y con una emoción que duró horas enteras, iomó nota de la reimpresión del Hiperión, que apareció en 1822..."

Quando el poeta enfermo, poco antes de ser internado en la clínica de Autenrieth en Tübingen, leyó el elogio extraordinario que Joseph Goerres hizo del Hiperión en Aurora (1805), dijo a Isaac von Sinclair: "No descubras a este noble amigo con ninguna palabra, que el rugido de las olas estigias no quiere

¹ Hölderlin mismo, en su enfermedad, se dió el nombre de "Scardanelli", presentándose así también a sus visitas cuando la obscuridad purpúrea que envolvía su espíritu le daba unas pocas horas claras.

cesar en mis oídos. ¡Que continúe pensando en el Hiperión, y no en el autor!”

Pocos años más tarde Joseph Goerres conoció la situación del poeta, a quien dedicó estas líneas: “¡Pobre Hiperión, pobre poeta! No tenías ningún amor que te salvara de los poderes terribles; el puño te aplastó... Un águila bate convulsivamente sus alas heridas; los chicos malos de la calle la persiguen y la cazan; pero quien conozca su tiempo y tenga un alma en el pecho, la seguirá doloridamente con los ojos cuando pasa aleteando, siempre ansiosa de llegar al sol”.

No hay sino el solitario y sus visiones soñadas. “Como hombre era imposible entre los hombres...”, así dijo Nietzsche de Heráclito. Pero con más razón hubiera podido decirlo del poeta Hölderlin, tan similar de espíritu. Pues su nostalgia de los griegos, nacida en un país de los sueños “donde el cielo se abre sin nubes y la luz pura y blanca corre con pies ágiles”; su sensibilidad de la naturaleza, exaltada hasta la identificación mística, más allá de lo empírico, hacia la sustancia creadora, hacia imágenes y más imágenes surgidas de las olas de las eternas transformaciones... todas estas tensiones, formadas de amargura y dolor, siempre en inquietud, siempre en emoción, este destino de éxtasis y lágrimas, son, una vez más y siempre, Heráclito.

Ninguno de sus contemporáneos pudo comprender sobre qué vida flotaba su espíritu antes de que le acosaran las oscuridades y turbaciones del “señor Scardanelli”.

CRONOLOGÍA DE LOS HECHOS MÁS IMPORTANTES DE LA VIDA DE HÖLDERLIN

1770: El 20 de marzo nació Johann Christian Friedrich Hölderlin en Lauffen, sobre el Neckar, hijo del

maestro del claustro Heinrich Friedrich Hölderlin y de Johanna Christiane Heyn.

- 1772: Fallecimiento del padre.
- 1774: Nuevo casamiento de la madre con el consejero de cámara Gock, alcalde de Nürtingen.
- 1786: Hölderlin entra en el “Seminario Superior” en Maulbronn.
- 1788: El bachiller Hölderlin entra en la universidad de Tübingen. Estudia teología, filosofía clásica e historia.
- 1791: Amistad de Hölderlin con Hegel y Schelling en la universidad de Tübingen.
- 1793: Examen final ante el consistorio eclesiástico de Stuttgart. Conoce a Schiller en Ludwigsburg.
- 1794: Obtiene, con intervención de Schiller, un puesto de institutor en la casa de Carlota von Kalb en Waltershausen.
- 1795: Se traslada a Jena. Estudia en la universidad; temporalmente escucha las clases de Fichte; hace amistad con Isaac von Sinclair.
- 1796: Entra en la casa Gontard, en Frankfurt, como institutor. Ama apasionadamente a la señora de la casa, Susette Gontard (Diótima).
- 1797: Encuentro con Goethe en Frankfurt.
- 1798: Hölderlin sale de la casa Gontard en Frankfurt y se traslada a Homburg, protegido por Isaac von Sinclair.
- 1802: En enero Hölderlin viaja a través de Suiza y llega a Burdeos. Allí toma el puesto de institutor en la casa del cónsul Meyer. El 22 de junio muere Diótima (Susette Gontard). Hölderlin regresa enfermo mentalmente. Restablecido, viaja a Ulm y Regensburg en compañía de von Sinclair.
- 1804: Nuevos ataques de demencia y exaltación de ánimo en Homburg.
- 1806: Por consejo de Schelling, Sinclair lleva al enfermo

- a Tübingen al sanatorio de Autenrieth (para enfermos mentales).
- 1807: A consecuencia de la declaración de una consulta de médicos acerca de la incurabilidad de Hölderlin, es puesto al cuidado del carpintero Zimmer, en Tübingen.
- 1811-1822: Mejoramiento aparente en la enfermedad de Hölderlin. Se ocupa de música y temporariamente de sus recuerdos y poesías a Diótima.
- 1823-1830: Wilhelm Waiblinger, Bettina von Arnim y August Wilhelm Schlegel visitan al enfermo Hölderlin.
- 1843: El 7 de junio falleció Hölderlin, con el espíritu completamente apagado.

BIBLIOGRAFÍA DE LAS OBRAS DE HÖLDERLIN

- 1792/93: *Himnos a los ideales de la humanidad*. En el *Musen Almanach* de Staedlin, Tübingen.
- 1794: *Hiperión* (Fragmento). En *Thalia*, publicada por Schiller.
- 1797: *Hiperión o el eremita en Grecia* (parte I). Stuttgart.
- 1797-1800: *La muerte de Empédocles* (cuatro versiones).
- 1799: *Hiperión o el eremita en Grecia* (parte II). Stuttgart.
- 1804: *Las tragedias de Sófocles. (Edipo Rey y Antígona)*. Frankfurt del Main.
- 1805: *Las canciones triunfales piticas y olímpicas de Píndaro* (en traducción libre).
- 1822: *Hiperión o el eremita en Grecia*. 2ª edición. Stuttgart.
- 1826: *Poemas líricos*, publicados por Ludwig Uhland y Gustav Schwab.
- 1846: *Obras completas*, publicadas por Christoph Theodor Schwab. Stuttgart.
- 1897: *Poesías completas*, publicadas por B. Litzmann.

- 1910: *Cartas escogidas*. Jena.
- 1913/25: *Obras completas*. Primera edición crítica e histórica. Tomos I-VI. Publicadas por Norbert von Hellingrath. Berlín.
- 1921: *Las cartas de Diótima a Hölderlin*, publicadas por Viëtor, Leipzig.

LAS OBRAS MÁS IMPORTANTES SOBRE HÖLDERLIN

- 1830: Waiblinger, Wilhelm: *La vida, poesía y demencia de Hölderlin*. Stuttgart.
- 1848: Jung, Alexander: *Hölderlin y sus obras*. Leipzig.
- 1870: Haym, Rudolph: *La escuela romántica en Alemania*. Berlín.
- 1890: Litzmann, Berthold: *Hölderlin* (biografía). Leipzig.
- 1892: Dilthey, Wilhelm: *La vida y la poesía*. Breslau.
- 1907: Zinkernagel, Friedrich: *La historia del "Hiperión" de Hölderlin*. Hamburgo.
- 1910: Zech, Paul: *Estudios sobre Hölderlin*. Elberfeld.
- 1919: Grolmann, Adolf von: *El "Hiperión" de Hölderlin*. Munich.
- 1920: Trummer, E.: *Hölderlin enfermo*. Munich.
- 1925: Zweig, Stefan: *La lucha contra el Demonio*. Leipzig.

PAUL ZECH

PREFACIO

*Non coerceri maximo,
contineri minimo, divinum est.*

ME GUSTARÍA dar a los alemanes la seguridad de que este libro será de su agrado. Pero temo que algunos lo lean como se lee un compendio, atribuyendo demasiada importancia al *fabula docet*, y que los otros lo tomen demasiado a la ligera, de suerte que ni unos ni otros lo comprendan.

Quien se contenta con aspirar el perfume de una flor no la conoce, y quien la corta solamente para estudiarla, tampoco la conoce. Ni la sola reflexión, ni el placer solo pueden resolver las disonancias de cierto género.

Los lugares que fueron escenario de lo que va a leerse no presentan en sí nada muy nuevo, y a este respecto confieso que una vez tuve la ingenuidad de pensar en variarlos en el libro; pero no tardé en convencerme de que eran los únicos que convenían al carácter elegíaco de Hiperión, y no puedo evitar un sentimiento de vergüenza a la idea de que el posible juicio del público hubiese estado a punto de inspirarme una ductilidad tan extremada.

Lamento que, por el instante, no sea posible a todos mis lectores pronunciarse sobre mi intención; pero este primer volumen será seguido de un segundo muy en breve.

LIBRO PRIMERO

HIPERIÓN A BELARMINO

EL AMADO suelo de mi patria es de nuevo para mí un motivo de alegría y de tristeza.

Me encuentro ahora otra vez, todas las mañanas, en las alturas del istmo de Corinto, y mi pensamiento, como una abeja entre las flores, vuela a menudo de aquí para allá entre los mares que, a derecha e izquierda, mantienen la frescura al pie de mis montañas soleadas.

Uno de estos dos golfos sobre todo habría regocijado mi corazón, de haber vivido en sus orillas un millar de años antes.

Allí, entre los esplendores salvajes del Helicón y del Parnaso, donde los primeros destellos de la aurora juegan alrededor de cien cumbres nevadas, y la deliciosa llanura de Sición avanzaba, con la altivez de un dios vencedor, el magnífico golfo resplandeciente hacia la más alegre de las ciudades, la joven Corinto, esparciendo a los pies de su favorita las riquezas de todos los países. Pero, ¿a qué pensar en tales cosas? Los aullidos del chacal, que deja oír su grito lúgubre entre las ruinas de los monumentos antiguos, me arrancan bruscamente de mi ensueño.

¡Feliz el hombre que encuentra su alegría y su fuerza en la prosperidad de su patria! A mí, cuando alguien me recuerda la mía, parece como si me hundiese en el barro de un pantano, o viera cerrarse sobre mí la tapa de un féretro; y si me dan el nom-

bre de griego, tengo la impresión de un collar de perro que me apretase la garganta.

Mira, mi querido Belarmino, cuando por acaso una palabra se me escapaba y, en un momento de ira, me subía una lágrima a los ojos, en seguida venían hacia mí algunos de esos buenos apóstoles que entre vosotros, los alemanes, surgen como fantasmas a vuestro lado cuando menos lo pensáis, satisfechos de encontrar a algún infortunado de alma melancólica a quien ofrecer sus máximas, y creían consolarme diciéndome: "Obra, pues, en lugar de quejarte."

¡Pluguiera al cielo que no lo hubiese hecho nunca! ¡Cuántas más esperanzas tendría ahora!

¡Olvida, olvida que hay hombres, oh mi pobre corazón desgraciado, atormentado y mil veces repellido! Y vuelve al lugar de donde vienes, al seno de la Naturaleza inmutablemente serena y hermosa.

HIPERIÓN A BELARMINO

No poseo una sola cosa de la que pueda decir: esto es mío.

Los seres que me son queridos están lejos de mí o han muerto, y ya voz alguna me habla de ellos.

Mis trabajos aquí en la tierra han terminado. Los emprendí lleno de ardor, costáronme muchos sudores de sangre, y no he enriquecido el mundo con un solo ochavo.

Desconocido y solitario, vuelvo y vago como en un vasto cementerio por mi patria, donde tal vez me espera el puñal del cazador para quien los griegos somos, como la caza de los bosques, un motivo de alegría.

¡Pero tú, oh Sol, brillas todavía en el cielo! ¡Y tú, Tierra, aún continúas verdeciendo! Los ríos todavía

hacen correr sus aguas hacia el mar, y los árboles frondosos aún se estremecen a la brisa del mediodía. Los cantos voluptuosos de la primavera mecen mis sombríos pensamientos. La vida, que todo lo reanima en el universo, nutre y sacia hasta la embriaguez mi pobre alma hambrienta.

¡Oh feliz Naturaleza! No sé lo que siento cuando elevo mis miradas hacia tus bellezas, pero nada me deleita tanto, ¡oh la más amada de las bienamadas!, como las lágrimas que vierto al contemplarte.

Mi ser entero calla y escucha cuando el dulce aliento del céfiro me acaricia el pecho. Mis miradas, perdidas a lo lejos en el azur del cielo, van del éter a las profundidades de la mar sagrada, y me parece como si un espíritu familiar me acogiese en sus brazos, como si el dolor del aislamiento se confundiera con la vida de la Divinidad.

Formar un solo ser con todo lo que vive, ¿no es vivir como los dioses y poseer el cielo en la tierra?

Ser una sola cosa con todo lo que vive, volver, por un olvido de sí mismo, al Todo de la Naturaleza, es alcanzar el más alto grado de pensamiento y de gozo, es estar en la cumbre sagrada de la montaña, en el reposo eterno, donde la hora última del día pierde su calor abrumador y el trueno no hace oír su voz, donde las aguas ardorosas del mar ondulan como los trigales bajo la brisa.

Formar una sola cosa con todo lo que vive, significa que la virtud abandona su armadura de rigores y la inteligencia humana su cetro, y todos los pensamientos se borran en presencia de este universo eternamente uno, como frente a Urania se desvanecen las leyes que ponen trabas al genio del artista: significa que el Destino inexorable abdica su soberanía, y la Muerte rompe el pacto que la ligaba a todos los seres, y la unión indisoluble y la juventud eterna embellecen el mundo.

A menudo me elevo hasta esa cumbre, Belarmino. Pero un instante de reflexión basta a derribarme. Pienso, y me encuentro, como antes, solo, con todas las tribulaciones del ser mortal; y ese asilo que mi alma creía haber hallado: el universo eternamente uno, desaparece y la Naturaleza no me abre sus brazos, y permanezco ante ella como un extraño, sin comprenderla.

¡Dios mío! ¡Ojalá no hubiera frecuentado jamás vuestras escuelas! La ciencia que seguí por las mil revueltas de sus laberintos, que fui lo bastante loco para esperar con mi juvenil ilusión que confirmara mis alegrías más puras, ha hecho mi desgracia.

Así fue como en medio de vosotros me volví razonable, y aprendí cabalmente a diferenciarme de lo que me rodea, a tal punto que me encuentro aislado en medio de las bellezas del mundo, proscrito del jardín de la Naturaleza en el que había crecido y prosperado; y he aquí que ahora me seco al sol de mediodía.

Sí, no cabe duda: el hombre es un dios cuando se entrega a sus sueños, y un pobre ser cuando se pone a reflexionar; y a poco que el entusiasmo decrezca, helo ahí en la actitud del hijo pródigo que su padre echó de casa, mirando las moneditas que algunas almas caritativas le dieron de pasada.

HIPERIÓN A BELARMINO

Te agradezco que me pidieras que te hable de mí, trayendo así a mi memoria el tiempo pasado.

Ello me volvió a Grecia, donde deseaba vivir en los lugares que vieron los juegos de mi infancia.

Como el trabajador que se entrega al sueño reparador, mi alma atormentada gusta a menudo de abismarse en las reminiscencias de un pasado inocente.

¡Oh dulce quietud de la infancia! ¡Quietud celestial! ¡Cuántas veces me detengo ante ti, en muda contemplación, lleno del deseo de volver a encontrarte con el pensamiento. Pero, ¡ay!, sólo hemos conservado nociones exactas de lo que, malo antes, se ha tornado bueno ahora; de nuestra infancia, de nuestra inocencia, no sabemos ya nada.

Cuando yo era todavía un niño juicioso, que ignoraba todo lo que nos rodea, ¿no era acaso algo más de lo que soy ahora, después de tantas tribulaciones, meditaciones y luchas interiores?

Sí, no cabe duda, mientras no se ha vestido con la piel de camaleón del hombre, el niño es el más feliz de los seres.

Es por entero él mismo, y en ello está su encanto.

La coerción de las reglas y las leyes del Destino no lo han deformado. Sólo en el niño reside la libertad.

En él reina también la paz; aún no entró en conflicto consigo mismo. Colmado de riquezas, conoce su corazón e ignora las miserias de la existencia. Como no sabe qué es la Muerte, es la inmortalidad.

Desgraciadamente, es un estado al que los hombres no sabrían acomodarse. Es preciso que lo que lleva en sí de divino se humanice, que aprenda por sí mismo que los hombres no son una ficción. Por eso, antes que la Naturaleza lo aleje de su paraíso, los hombres lo arrancan de él mediante la lisonja o la violencia, y lo llevan a campos malditos donde, como ellos, habrá de consumirse trabajando con el sudor de su frente.

Lo que no impide que el momento en que el despertar se produce sea también deleitoso, al menos cuando no se nos despierta inoportunamente.

¡Oh días sagrados aquéllos en que, por vez primera, nuestra alma emprende el vuelo, cuando en el ímpetu ágil y ardiente de los años mozos nos sentimos entre los esplendores de la Naturaleza como la

florechilla que se abre a los rayos del sol naciente, tendiendo sus pétalos hacia el cielo infinito!

¡Cuántas veces vagué por estas montañas y estas riberas! ¡Cuántas veces me detuve, con el corazón palpitante de emoción, sobre las cumbres de Tina, desde donde seguía con la vista los halcones, las garzas y los audaces esquifes, de aspecto tan alegre, perdiéndose en el horizonte! Allá, me decía, allá irás tú también; y sentía la sensación del que, sofocado por el ardor del sol, se sumerge en un baño refrescante o se humedece la frente con un agua espumante.

Luego, regresaba a casa suspirando y pensaba: "¡Si hubiesen transcurrido siquiera mis años de aprendizaje!"

¡Pobre inocente! Estos años todavía no llevan trazas de concluir. ¡Y pensar que el hombre, cuando joven, se imagina siempre tan próximo a su objeto! Tal es la más bella de las ilusiones que nos da la Naturaleza, para sostener nuestra alma en sus desfallecimientos. A menudo, cuando estaba tendido entre las flores, calentándome a los rayos tibios del sol primaveral, con la mirada perdida en el azul del cielo que envolvía la tierra, o cuando me sentaba en la montaña, a la sombra de los olmos o los sauces después de un refrescante aguacero, y las ramas se hallaban aún estremecidas por su contacto con el cielo, y sobre el bosque empapado por la lluvia pasaban nubes doradas, o cuando el astro de la tarde, símbolo de paz, ascendía en el horizonte con sus compañeros siempre jóvenes, los otros héroes celestes, símbolos de la vida perpetua, que veía moverse sin esfuerzo a través del espacio etéreo, con una eterna regularidad, y la paz del universo me rodeaba regocijando mi corazón hasta el punto de hacerle prestar oído atento a todos los ruidos sin saber exactamente lo que me sucedía... entonces, subían a mis labios estas palabras: "Padre nuestro del cielo, ¿me

amas?" Y oía su respuesta en mi alma feliz y serenada.

¡Oh tú, a quien se alzaba mi voz como si estuvieras encima de las estrellas, Tú, a quien yo llamaba Creador del Cielo y de la Tierra, ídolo amigo de mis años mozos: Tú no me guardarás rencor porque te haya olvidado!...

¿Por qué este mundo no es lo bastante pobre para obligarnos a buscar a algún otro fuera de él? Si esta magnífica Naturaleza tiene realmente un padre, ¿no lo tendrá también el corazón del niño? ¿No es Él el fondo de su ser? Pero, ¿acaso lo poseo yo? ¿Lo conozco, acaso?

A veces me parece verlo; pero entonces un nuevo terror se apodera de mí, como si viera mi propio rostro, como si lo sintiera a Él, al Espíritu del Mundo; y despierto, y veo tan sólo mis manos, asidas una a otra.

HIPERIÓN A BELARMINO

¿Sabes hasta qué punto se amaron Platón y Estela?

Pues bien, así amé yo y fui amado. ¡Ah, qué feliz mortal era entonces!

Seguramente, es muy agradable ver que seres iguales se reúnen; pero hay algo divino en el acto de un gran hombre elevando a otros seres más pequeños hasta él.

Una palabra amable del corazón de un hombre valiente, una sonrisa bajo la cual se disimula el devorante esplendor del espíritu, es a la vez poco y mucho; lo mismo que una de esas palabras mágicas, inofensivas en apariencia, que en sus modestas sílabas ocultan la vida y la muerte; como una fuente espiritual que brota de las profundidades de la montaña, cuyas aguas de una limpidez cristalina nos comunican la fuerza misteriosa de la tierra.

Por el contrario, ¡con qué odio miro a todos esos

bárbaros que se figuran cuerdos porque ya no tienen corazón, a esos seres brutales que, so pretexto de disciplinar la razón, destruyen de mil modos lo que puede tener de bello la juventud!

¡Bondad divina! ¿No se diría que son como el buho que quisiera ahuyentar a los aguiluchos de su nido para enseñarles el camino hacia el sol?

Perdóname, espíritu de mi Adamas, de haber pensado en esas gentes en presencia tuya. Pero tal es el fruto de nuestra experiencia: no podemos representarnos lo perfecto, sin ver en seguida la deformidad contraria.

¡Ah, si sólo tú estuvieras presente siempre en mi pensamiento, infortunado semidiós, tú, y todo lo que tiene tu nobleza y tu grandeza!... Aquél a quien envuelves en tu calma y en tu fuerza, atleta y combatiente, aquél a quien haces el don de tu amor y de tu sabiduría, ¡huya o sea lo que tú fuiste! A tu lado, no cabría ni bajeza ni debilidad.

¡Cuántas veces no te sentí a mi lado, aunque hiciera largo tiempo que estabas lejos de mí! Tú me iluminabas con tu claridad, reconfortándome a tal punto que mi corazón helado recobraba su latido, como esas fuentes secas que se reaniman cuando el cielo las toca. En esos momentos, habría querido ir a esconder mi felicidad hasta en las estrellas, para resguardarla de la mancha de cuanto me rodeaba.

Yo había crecido como una planta de vid sin tutor, cuyos sarmientos se extienden por el suelo al azar. Tú sabes cuántas nobles cualidades se pierden en nosotros por no haber sido utilizadas. Yo erraba a la ventura como un alma en pena; me aplicaba a todo y todo me absorbía; pero esto no duró mucho, y mis fuerzas, torpemente dispersadas, se agotaron en esfuerzos vanos. Todo me daba la conciencia de mi nada, de mi incapacidad para hallar mi camino. En ese estado me encontró Adamas.

Durante largo tiempo habíase aplicado con arte y paciencia a su cometido el mundo que llamamos civilizado; pero éste era y siguió siendo de piedra y de madera; en el mejor de los casos tomaba la noble forma humana exteriormente; pero esto no era lo que necesitaba mi Adamas; lo que él buscaba era hombres, y por desgracia su arte era insuficiente para procurárselos. En otros tiempos habían existido los que su pobre arte era ya incapaz de darle, y de sobra se daba él cuenta de ello. Él sabía también dónde habían existido. Y quería ir allí e interrogar su genio bajo los escombros, entreteniéndose con su compañía los ocios de su soledad. Y así fue a Grecia, donde yo lo encontré. Me parece verlo todavía, cuando vino hacia mí con su aire pensativo y sonriente; todavía oigo su saludo y sus preguntas.

Como una flor cuya suavidad aplaca el tumulto de los sentidos y devuelve la serenidad al alma erguíase ante mí.

Y yo mismo ¿no era como un eco de su silencioso entusiasmo? ¿No resonaban en mí las melodías de todo su ser? Tal era él, tal yo mismo; y semejante a una divinidad a mis ojos.

¡Qué irpotencia sobrecoge el celo de los hombres más fervientes en presencia de un entusiasmo no compartido!

Éste no se contenta con ser superficie, no se apodera de nosotros tan pronto aquí, tan pronto allá, se burla del tiempo y de los medios, no hay para él ni ley, ni coerción, ni razón; nos aferra en un instante, no importa dónde, en la cumbre de las montañas lo mismo que en el fondo de los valles, y, antes que sintamos su presencia, ante que nos hayamos dado cuenta de lo que nos pasa, he aquí que ha transformado ya para nosotros todas las cosas en belleza y en felicidad.

¡Feliz aquel que desde los primeros años de su

juventud encuentra un corazón noble en su camino!

¡Qué hermosos, qué inolvidables días, colmados de las alegrías de la amistad y de las más dulces atenciones!

Tan pronto Adamas me iniciaba en el mundo de los héroes de Plutarco, tan pronto me hacía penetrar en las regiones maravillosas habitadas por los dioses de Grecia; a veces regulaba y calmaba, con una moderación calculada, el ardor impulsivo de mis años mozos; a veces también escalábamos juntos la cuesta de la montaña durante el día, para cortar flores en la maleza, en el bosque, y recoger el musgo salvaje de las rocas, o bien, cuando era de noche, para contemplar sobre nuestra cabeza los astros sagrados, y en la medida de nuestra inteligencia tratar de comprenderlos.

¡Qué sentimiento de bienestar exquisito siente el alma que encuentra en sí los elementos de su fuerza, que toma conciencia de sí misma, y se apega más estrechamente a lo que ama, mientras, poco a poco, nuestro espíritu se arma para la lucha!

Yo sentía como triplicado su ascendiente sobre mí, cuando, semejantes a los manes del pasado, escalábamos, altivos y gozosos, pero también irritados y tristes, las faldas del Athos, y pasando de allí a la otra vertiente nos embarcábamos para el Helesponto, Rodas, y las gargantas del Ténaro, a través de la multitud de islas apacibles. Más tarde, cuando la nostalgia nos impulsó hacia la costa para penetrar en el interior del país, nos internamos hasta el corazón árido del viejo Peloponeso y las riberas solitarias del Eurotas. ¡Ah, esos valles muertos de Élida, de Nemca y de Olimpia!...

Cuando, apoyados en una columna del templo de Júpiter, en el que ya nadie piensa, rodeados de laureles, de rosas y pervincas, contemplábamos el lecho salvaje del río, la primavera renaciente y el sol eter-

namente joven nos recordaban que allí también había habido, en otros tiempos, hombres, hoy desaparecidos, cuya noble naturaleza no había dejado más rastro que los fragmentos visibles de un templo, o una visión de muerte grabada en la memoria. Entonces, yo me sentaba junto a él, tristemente, y me distraía en quitar el musgo del pedestal de un semidiós, o retiraba de las ruinas el hombro de mármol de un héroe, o libraba un arquitecno de las zarzas y maleza que medio lo sepultaban. Entretanto, mi buen Adamas dibujaba el paisaje, cuya vista reconfortante era como el consuelo de un amigo en aquellas ruinas a las que servía de marco: las lomas cubiertas de trigo, de olivares, los rebaños de cabras agarradas a las rocas de la montaña; el bosque de olmos que se precipitaba de la cima al valle, la lagartija que jugaba a nuestros pies y las moscas que, en la calma del mediodía, nos envolvían con su zumbido. ¡Ah, mi querido Belarmino! ¡Cómo me gustaría contactarte todas estas cosas tan exactamente como lo hubiera hecho el mismo Néstor! Pero yo atravieso el pasado como un espigador atraviesa un campo después de la siega cosechada por su propietario, recogiendo tan sólo las briznas de paja. Te diría cómo un día en que, estando a su lado sobre las alturas de Delos, subí con él las antiguas gradas de mármol que conducen a la muralla de granito del Cintho, fue uno de los días más tristes de mi vida. Allí habitaba antes el dios Sol, al pie de esas rocas celestes en que, como una nube de oro, toda la Grecia congregada lo rodeaba con su esplendor. Como Aquiles en la Estigia, los jóvenes se sumergían en el gozo y el entusiasmo y resurgían invencibles como dioses. En los bosques y en los templos sus almas despertaban, cada una resonando al contacto de la otra, conservando preciosamente en sí los acordes deliciosos.

Mas ¿para qué hablar de todo eso? ¡Como si aún

pudiéramos formarnos alguna idea de aquellos tiempos! ¡Ay!, bajo el peso de la maldición que nos abruma ni siquiera nos es permitido seguir un bello sueño. El presente, como el cierzo que sopla aullando, pasa sobre los brotes apenas retoñados de nuestra alma, y los seca a medida que se van abriendo. ¡Y sin embargo, qué día radiante el que me vió sobre el Cintho! No se había disipado el crepúsculo de la mañana y ya estábamos en la cumbre. Entonces, se nos apareció en su eterna juventud el viejo dios Sol, contento y sereno; como siempre, el inmortal Titán escaló el cielo, con los millares de alegrías que recela, y envió su sonrisa a su país desolado; a aquellos templos, a aquellas columnas que el Destino había derribado a sus pies, como esos pétalos secos de las rosas que el niño arranca despreocupadamente del arbusto al pasar y esparce por el suelo.

“¡Sé como Él!”, exclamó Adamas, tomando mi mano y tendiéndola hacia el dios; y en este instante me pareció como si la brisa de la mañana nos levantase en sus alas llevándonos en pos del sagrado astro que se lanzaba hacia el cenit, cordial, grande y maravilloso, llenando al mundo y a nosotros con su fuerza y su espíritu.

Todo mi ser interior se entristece y se regocija todavía con cada una de las palabras que me decía entonces Adamas, y cuando, algunas veces, siento lo que él mismo debió sentir antes, apenas si llego a comprender mi miseria. ¿Qué puede realmente perder el hombre cuando se encuentra así en su propio mundo? Todo está en nosotros. ¿Se preocupa el hombre entonces del cabello que cae de su cabeza? ¿Por qué lucha para esclavizarse, cuando podría ser un dios? “Tú estás destinado a la soledad, amigo mío”, me decía también Adamas por aquella época; “serás como la grulla abandonada por sus compañeras en la

mala estación, mientras van a buscar la primavera en países lejanos”.

Y eso, mi pobre amigo, es lo que hace que hasta en el seno de la opulencia seamos pobres, porque nos es imposible vivir solos, porque el amor persiste en nosotros mientras somos de este mundo. ¡Devuélveme a mi Adamas y ven con los que me pertenecen, para que este viejo mundo, con las bellezas que contiene, se renueve en nosotros, y nos juntemos y unamos en los brazos de nuestra divinidad, la Naturaleza! De ese modo, no conoceré la miseria.

Pero, te lo suplico: que nadie diga que el Destino nos separa. Somos nosotros, ¿lo oyes?, nosotros los que gustamos un verdadero placer lanzándonos a las tinieblas de lo desconocido, afrontando la frialdad de los extraños de otro mundo. Si fuese posible, hasta dejaríamos las regiones que alumbraba el sol, para precipitarnos más allá de los límites a que llegan los cometas. ¡Ah!, no hay patria capaz de retener al hombre que lleva en sí el salvaje deseo de las peregrinaciones. Lo mismo que los rayos del sol secan las plantas terrestres que hicieron crecer, el hombre aniquila las tiernas flores que su corazón hizo nacer: los goces del parentesco y del amor.

Diríase casi que le guardo rencor a mi buen Adamas por haberme dejado; pero no, no se lo guardo. ¿No me dijo, además, que volvería?

Se dice que en el fondo del Asia yace oculto un pueblo de rara perfección. A él sin duda se dejó llevar por su esperanza.

Yo lo acompañé hasta Nios. Fueron unos días de amargura. Seguramente que yo había aprendido a soportar el dolor, pero, para una tal separación, no encontré fuerzas en mí.

Cada instante que nos acercaba a la hora última, mostraba más hasta qué punto mi ser se hallaba íntimamente unido al suyo. Mi alma se esforzaba en

retenerlo como el moribundo retiene la vida que siente escapársele.

Pasamos todavía algunos días junto a la tumba de Homero, y Nios fue ya para mí la más sagrada de las islas.

Al fin, nos arrancamos de los brazos uno del otro. A fuerza de luchar, mi corazón se había cansado, y en el instante supremo me sentí un poco más tranquilo. Me había hincado de rodillas ante él y por última vez lo estreché en mis brazos. "Dame tu bendición, ¡oh Padre!", le dije a media voz, levantando los ojos hacia él. Tuvo entonces una gran sonrisa, su frente se iluminó al resplandor de las estrellas de la mañana y sus miradas atravesaron los espacios celestes. "Protegedlo", exclamó, "¡oh vosotros, Espíritus de un tiempo mejor! ¡Elevadlo a vuestra inmortalidad, y vosotras, bienhechoras Potencias del cielo y de la tierra, no le abandonéis!"

Después, añadió con voz más tranquila: "Hay un Dios en nosotros, que guía al Destino como guía las corrientes de agua, y del que todas las cosas forman parte. ¡Que él te acompañe!"

Así nos despedimos. Adiós, mi querido Belarmino.

HIPERIÓN A BELARMINO

¿Adónde podría huir de mí mismo sino a los recuerdos de mis años mozos?

A ellos vuelvo, como un alma que busca en vano el reposo en las orillas del Aqueronte, en las regiones desiertas de mi existencia. Todo envejece y todo se rejuvenece de nuevo. ¿Por qué, entonces, estamos nosotros excluidos del ciclo generoso de la naturaleza? ¿O tendríamos acaso también el nuestro?

De buena gana lo creería, si no hubiera en nosotros esta monstruosa ambición que, como en el gigante

del Etna, eleva su voz iracunda desde los más profundos abismos de nuestro ser.

Y sin embargo, ¿quién no preferiría sentir en sí algo como un aceite hirviendo antes que confesarse que ha nacido para el látigo o el yugo? ¿Cuál es más noble: un fogoso corcel de guerra, o un jamego de orejas colgantes?

Mi querido amigo, hubo un tiempo en que mi corazón se calentaba a los rayos de la esperanza, en que el gozo de la inmortalidad hacía latir todas mis arterias, y mi espíritu se detenía en mil proyectos, a cual más hermoso, como las miradas en las flores de un vergel, en que, feliz como los peces del Océano, me sumergía cada vez más hondo en el espacio sin límites de mi porvenir.

¡Oh feliz Naturaleza! ¡Qué intrepidez no animaba al adolescente, cuando saltó de la cuna que tú le habías preparado! ¡Qué gozo al ceñirse por vez primera su armadura! Su arco estaba tenso, sus flechas se estremecían en el carcaj, los sublimes genios de la antigüedad, los inmortales, guiaban sus pasos, y entre ellos Adamas. Adondequiera que fuese, dondequiera que estuviese, esas sombras sublimes me escoltaban, las grandes acciones de todos los tiempos se confundían en mi espíritu como otras tantas llamas, y lo mismo que se ve, en una tempestad ardientemente deseada, amontonarse las nubes en el cielo formando gigantescos cuadros, así los centenares de victorias de las Olimpíadas se transformaban a mis ojos en una continua victoria.

¿Cómo resistir, cómo no sentirse derribado por el formidable esplendor de la antigüedad, semejante a los árboles jóvenes del bosque al paso del huracán, cuando ese esplendor se apodera de vosotros como se apoderó de mí, y os falta, como a mí, el elemento en el que poder, mediante la lucha, cobrar conciencia de vuestra fuerza y vuestro valor?

Pero lo que me hizo inclinar la frente, como la tempestad doblé el débil junco, fué la grandeza de los antiguos; ella fué la que empañó la tez lozana de mi rostro, y ¡cuántas veces no me encontré en el suelo, bañado en lágrimas, lejos de todas las miradas, como un pino caído al borde del arroyo que oculta en las ondas su copa marchita! ¡Y de qué buena gana habría pagado con toda mi sangre un solo minuto de la vida de un gran hombre!

Pero ¿a qué todo ello, si nadie quería de mí?

¿No es cosa lamentable verse anonadado hasta ese punto?... ¡Que aquel a quien esto parezca incomprendible se abstenga de preguntar; que dé gracias a la naturaleza por haberlo creado como creó las mariposas, para la alegría, y que pase sin decir palabra, mientras viva, del dolor y la tristeza!

Yo amaba a mis héroes como la mosca al sol; buscaba su peligrosa vecindad, y huía de ellos para volver de nuevo adonde estaban.

Como el ciervo ensangrentado se arroja a las aguas, yo me precipitaba a menudo en el torbellino del gozo, para refrescar en él mi pecho ardiente, y librarme de los magníficos sueños de gloria y de grandeza que en él se entrechocaban. ¿Para qué, sin embargo?

Y cuando, a medianoche, mi corazón abrasado me impulsaba a bajar al jardín, bajo los árboles empapados de rocío, y el murmullo de la fuente por los prados, la brisa acariciadora y la luz de la luna calmaban mis sentidos, y pasaban sobre mi cabeza, libres y apacibles, las nubes plateadas, y la voz murmurante de las olas resonaba a lo lejos, ¡de qué modo todas esas grandes sombras jugaban entonces deliciosamente con mi corazón y con los fantasmas de mi amor!

“¡Adiós, seres maravillosos!”, me decía a menudo, cuando por encima de mí la dulce melodía que acom-

pañá a los primeros rayos del sol comenzaba a dejarse oír, “¡adiós, Muertos magníficos! ¡Que no pueda yo seguiros! ¡Que no pueda sacudir de mí lo que me dio mi tiempo, y partir también para el libre reino de las sombras!”

Pero, remachado a mi cadena, peno y muero, recibiendo con una alegría amarga la mísera copa que tienden a mis labios.

HIPERIÓN A BELARMINO

Desde la partida de Adamas, mi isla se ha vuelto demasiado pequeña para mí. Hacía ya tiempo que me hastiaba Tina y quería ver el mundo.

“Ve primero a Esmirna”, me dijo mi padre, “aprende allí las ciencias náuticas y militares, las lenguas de los pueblos cultos, estudia sus constituciones, sus usos y costumbres, examina todo y elige lo mejor de ello. Después podrás continuar tu viaje e ir adonde quieras.”

Nada más delicioso que esos primeros días en que uno se evade de su propia juventud. Me parecía como si mi nacimiento datase verdaderamente de mi partida de Tina. El sol que brillaba sobre mi cabeza era nuevo, y yo gozaba de la campiña, del mar y del aire como si fuera por primera vez.

La actividad desbordante que desplegaba entonces en Esmirna para instruirme, y mis rápidos progresos, contribuyeron no poco a devolver la tranquilidad a mi alma. Recuerdo también muchos placenteros atardeceres de esa época. ¡Cuántas veces fui, bajo los árboles siempre verdes que bordean el Meles, al lugar donde nació mi Homero, a coger flores, que en recuerdo suyo arrojaba a las ondas sagradas del río!

En la proximidad de la gruta me abandonaba a mis ensueños apacibles. “Allí era, dicen, donde el

viejo Homero cantó su *Iliada*." Yo lo encontraba, y en su presencia, cada una de mis palabras expiraba en mis labios. Abría su divino poema, y era como si hasta aquel día me hubiese sido desconocido, a tal punto despertaba en mí impresiones nuevas y vivas.

También gusto de recordar mis paseos por los alrededores de Esmirna. Es un país maravilloso, y cien veces he lamentado no tener alas para volar una vez siquiera cada año al Asia Menor.

Dejando la llanura de Sardes, llegué a la cima de la montaña por las murallas escarpadas del Tmolo.

Había pasado la noche al pie, en una cabaña hospitalaria, entre mirtos y matas aromosas de espliego, en un lugar donde los cisnes jugaban a mi lado sobre las ondas doradas del Pactolo, y donde aparecía, como un tímido fantasma a los claros rayos de la luna, un viejo templo de Cibele. Cinco deliciosas columnitas lloraban sobre las ruinas, y a sus pies yacían los restos de un pórtico majestuoso.

Ahora mi sendero serpeaba hacia la cima a través de millares de setos florecidos. Sobre la abrupta pendiente se inclinaban árboles de flores estremecidas, que dejaban caer sobre mi cabeza sus dulces copos. Hacia mediodía llegué a la cima del monte. Y allí permanecí en pie, mirando jubilosamente ante mí y aspirando con delcete el aire puro del cielo. ¡Qué horas encantadas las que pasé allí!

Semejante a un mar, el país de donde yo llegaba se extendía a mis pies, joven, feliz, lleno de vida; la variedad de los colores con que la primavera saludaba el despertar de mi alma era infinita como el cielo; y como el sol recobrándose a sí mismo en los mil reflejos de luz que la tierra le devolvía, mi espíritu se reconocía en la plenitud de vida que lo rodeaba y lo invadía de uno y otro lado. A mi izquierda, el río, como un gigante, se precipitaba con rugidos de alegría hacia los bosques, desde lo alto

de las rocas marmóreas suspendidas sobre mi cabeza, en las que el águila jugaba con sus polluelos, y donde las cumbres nevadas brillaban en el éter azulado; a mi derecha, nubes tempestuosas se congregaban sobre los bosques de Sipila; yo no sentía la tempestad que las arrastraba, sólo sentía una suave brisa en mis cabellos; pero oía el retumbar del trueno, como se percibe la voz del porvenir, y veía la llama de los relámpagos como la luz lejana de una deidad cuya presencia se adivina. Volviéndome hacia el sur, continué mi ruta. Ante mí se abría toda esa comarca paradisíaca regada por el Caistro que describe allí sus meandros como si no pudiera decidirse a dejar todas las riquezas y gracias que lo rodean. Como el céfiro, mi espíritu encantado iba y venía de una belleza a otra, de la aldehuela desconocida, oculta allá lejos en el valle, hasta el fondo de los montes de Messogis cuya cadena de cumbres se esfuma a lo lejos.

Volví a Esmirna como un hombre ebrio después de un festín. Mi corazón estaba demasiado lleno de gozo para no dar algo de su exceso a las cosas percederas. Me sentía demasiado contento de haber recogido en mí la belleza de la Naturaleza para no llenar con ella las lagunas de la vida humana. Mi pobre ciudad de Esmirna revistió los colores de mi entusiasmo y tomó a mis ojos el aspecto de una novia. La urbanidad de los ciudadanos me atrajo. Lo absurdo de sus costumbres me divertía como la travesura de un niño, y como yo estaba por naturaleza por encima de todas las formas en uso y todas las costumbres, me divertía adoptándolas y dejándolas alternativamente como disfraces de carnaval.

Pero lo que principalmente contribuía a dar un atractivo particular a mis insignificantes relaciones con la sociedad eran los rostros acogedores y las fisonomías agradables que la compasiva naturaleza ha

cuidado de sembrar como estrellas en las tinieblas que nos envuelven.

¡Qué alegría sentía mi corazón! ¡Y con qué fe ingenua yo descifraba los amables jeroglíficos! Pero me sucedió casi lo mismo que en la primavera con los abedules. Había oído alabar la savia de esos árboles, y me imaginaba que sus troncos gráciles producirían una bebida deliciosa. ¡Ah!, lo que faltaba era la fuerza del espíritu. ¡Qué desolador por consiguiente cuanto veía y oía!

A veces tenía la impresión, al frecuentar a aquellas gentes cultivadas, de que la naturaleza humana había tomado los múltiples aspectos del reino animal. Aquí, como en todas partes, fueron los hombres los que más me chocaron por su degradación y su corrupción.

Hay animales que aúllan cuando oyen música. Las gentes bien educadas que he conocido reían cuando se hacía referencia ante ellas a las bellezas del espíritu o las cualidades del corazón. Los lobos huyen cuando se enciende fuego; lo mismo que estas gentes, cuando advertían en alguien una chispa de razón, se alejaban rápidamente como ladrones.

Si por acaso yo hablaba con entusiasmo de la antigua Grecia, me decían bostezando que en los tiempos presentes la vida es también bastante soportable, y no faltaba quien añadía, con aire importante, que el buen gusto tampoco había desaparecido por entero de este país.

Y, en efecto, al instante tuve la prueba de ello: pues uno empezó a soltar una ristra de bromas cuarterelas, y otro, hinchando los carrillos, a pronunciar sentencias presumidas. Un tercero, adoptando aires de gran señor que nada tiene ya que aprender, afirmó con un gran gesto, poniendo al cielo por testigo, que siempre ha valido más un toma que dos te dará. Pero en cuanto se le habló de la muerte, juntó *ipso*

facto las manos, y poco a poco, en el curso de la conversación, vino a hablar del clero, haciendo notar lo peligroso que era que los sacerdotes de hoy hubieran perdido casi toda su influencia.

Los únicos con que a veces me gustaba conversar eran esos charlatanes que son como la crónica viva de las ciudades y países extranjeros, o como esas cajas de vistas en las que puede verse, indistintamente, potentados a caballo, campanarios y mercados.

A la larga, acabó por cansarme tanta prodigalidad, aburrido de pedir peras al olmo y buscar flores en el ventisquero.

Desde entonces, preferí vivir apartado. El suave espíritu de mi juventud había desaparecido casi por completo de mi alma. El incurable mal que aquejaba al siglo se me había hecho visible por las tantas cosas que refiero o que paso por alto, y la esperanza que había acariciado de hallar un mundo mío en otra alma, y de poder un día abrazar a mi semejante en la persona de un ser amable, no llegaba nunca a realizarse.

¿Y qué sería la vida sin la esperanza, amigo mío? Una chispa que salta del carbón y se extingue, una ráfaga que pasa en la mala estación y cuyos aullidos poco a poco se apaciguan: he ahí lo que seríamos.

La misma golondrina va a buscar un país más hospitalario en el invierno; durante el calor del día, los mismos animales salvajes buscan una fuente. ¿Quién dice al niño que su madre no le rehusará el pecho? Lo que, sin embargo, no le impide buscarlo.

Ningún ser viviría si esta esperanza le faltara. Mi corazón entonces guardó sus tesoros, solamente a fin de darlos, en tiempos mejores, al ser único, sagrado y fiel que mi alma sedienta no dejaría de hallar, llegado el momento.

¡Con qué felicidad me apegaba a él, cuando, en

las horas del deseo, venía a jugar dulcemente, como un rayo de luna, en torno de mi frente apaciguada! Yo te conocía ya; desde hacía tiempo sentía caer tus miradas sobre mí desde lo alto de las nubes como las de un genio benéfico, antes de que, surgiendo de las revueltas ondas de este mundo, te me aparecieras en todo el tranquilo resplandor de tu belleza. Pero, entonces, el corazón cesó para siempre de luchar y de inflamarse.

Como el lirio que se balancea dulcemente en la calma del aire, todo mi ser se mecía en su elemento, en los sueños deleitosos en que la veía.

HIPERIÓN A BELARMINO

A partir de ese momento me sentí hastiado de Esmirna, y además, poco a poco, mi corazón había cedido a su cansancio. A veces, sin embargo, se apoderaba de mí un súbito deseo de recorrer el mundo, de partir para una guerra, cualquiera que fuese, o de ir a ver a mi querido Adamas, a fin de consumir mi melancolía en la llama de su alma; pero las cosas no pasaban de ahí, y parecía como si de allí en adelante nada hubiese de alegrar jamás mi insignificante y triste existencia.

Terminaba el verano. Yo ya sentía la tristeza de los días de lluvia, oía los silbidos del viento y el rugir de los torrentes. La naturaleza, que como una fuente espumante había penetrado en todas las plantas y en todos los árboles, aparecía ya a mi espíritu, ensombrecido y languideciente, taciturna y replegada sobre sí misma, como yo lo estaba.

De esta vida que se iba, quería yo llevarme aún lo que pudiera. Todo lo que allá en la campiña había amado quería ponerlo en seguridad en el fondo de mí mismo, seguro de que al año siguiente ya no es-

taría bajo aquellos árboles ni al pie de aquellas montañas. De ahí que, a caballo o a pie, me pusiera a recorrer toda la región como si antes jamás lo hubiera hecho.

Pero lo que más que todo me impulsaba era el misterioso deseo de ver a un ser humano que, desde hacía algún tiempo, me encontraba cada vez que pasaba bajo los árboles, ante la puerta de la ciudad.

Aquel soberbio extranjero marchaba como un joven Titán entre el rebaño de enanos, que gozaban con medrosa alegría de su belleza, midiendo con la vista su talla y su fuerza y deleitándose con el brillo del color bronceado de su cabeza de romano, como se mira un fruto prohibido; y era un instante delicioso aquél en que las miradas de ese hombre, para las cuales el espacio azul del cielo parecía estrecho, buscaban, sin traslucir la menor altanería, un objeto deseado, hasta que, al encontrar mis ojos, nos mirábamos y nos ruborizábamos en el corto instante en que pasábamos el uno junto al otro.

Un día que me había adentrado muy lejos en el bosque de Mimas, regresé al anochecer con bastante retardo. Había echado pie a tierra y llevaba de la brida a mi animal por un sendero abrupto y desierto, cubierto de piedras y raíces de árboles. Trataba de abrirme paso a través de los matorrales para bajar de nuevo al valle, que se abría ante mí como una enorme caverna, cuando me vi de pronto asaltado por dos bandoleros. Me costó, al principio, cierto trabajo defenderme de los sablazos que me lanzaban, pero como otra empresa los había ya cansado, conseguí con bastante facilidad desembarazarme de ellos. Entonces, volví a montar tranquilamente a caballo y continué mi camino.

Al pie de la montaña, entre los bosques y en medio de rocas hacinadas, se presentó a mis ojos una

pequeña pradera. La luna acababa de elevarse por encima de los árboles oscuros, y a su claridad pude ver a poca distancia unos caballos echados y unos hombres tendidos en la hierba junto a ellos.

"¿Quiénes sois?", les grité.

"¡Es Hiperión!", exclamó una voz clara, con tono de agradable sorpresa.

"Tú me conoces", continuó la misma voz, "yo soy el que encuentras todos los días bajo los árboles, a la puerta de la ciudad".

Mi caballo se dirigió a él como una flecha. Su rostro estaba todo iluminado por la luna. Era él, en efecto, y eché pie a tierra.

"Buenas noches, señor", me dijo el simpático atleta, y clavando en mí su mirada a la vez salvaje y tierna me estrechó la mano en su puño vigoroso, de un modo cuyo significado sentí inmediatamente en el fondo de mi alma.

Este momento marcó el fin de mi existencia insípida.

Alabanda —tal era el nombre del extranjero— me contó entonces que él y su servidor habían sido atacados por unos bandidos, que los dos que yo había encontrado habían sido puestos en fuga por él; que se había perdido en el bosque y se había visto obligado a quedarse en el lugar donde estaba. "Desgraciadamente, esta aventura me cuesta un amigo", añadió, mostrándome con el dedo su caballo muerto.

Yo entregué el mío a su sirviente, y continuamos a pie nuestro camino.

"Aprovechémonos de lo que sucede", dije, mientras, cogidos del brazo, salíamos del bosque, "ya que hemos cavilado tanto tiempo, pasando indiferentes el uno junto al otro hasta que un malhechor nos ha acercado".

"Pero permite que te diga", replicó Alabanda, "que la falta fue tuya principalmente; eres más frío

que yo. Hoy, he sido yo el que te he seguido a caballo".

"¡Amigo mío!", exclamé, "tranquilízate, ya verás que puedo quererte tanto como tú me quieras."

Y nos sentimos cada vez más atraídos mutuamente.

Cerca ya de la ciudad, pasamos ante una caravana, de construcción agradable, que parecía dormir al rumor de las aguas vivas de una fuente, bajo árboles frutales y junto a praderas embalsamadas.

Resolvimos pasar allí la noche. Durante largo rato permanecimos sentados juntos, con las ventanas abiertas. El profundo silencio que nos envolvía tenía algo de supraterrrestre. Tierra y mar callaban deliciosamente, lo mismo que los árboles que nos cobijaban. Apenas si un ligero céfiro llegaba desde lejos a nuestro cuarto, acariciando delicadamente la llama de nuestra bujía; de una música lejana, solamente los sonos más fuertes llegaban a nosotros, mientras nubes tempestuosas flotaban en los espacios infinitos, y de tiempo en tiempo resonaba en el silencio de la noche un rugido lejano, como el resoplido ruidoso de un gigante atormentado por una pesadilla tremenda.

Era natural que nuestras almas se unieran tanto más estrechamente, después de haber permanecido cerradas una a la otra contra nuestra voluntad. Nuestro encuentro era como el de dos torrentes que saltando desde la montaña rechazan contra sus orillas la tierra, las piedras, los maderos podridos y la multitud caótica de objetos que demoran su curso, para abrirse paso el uno hacia el otro hasta llegar al punto en que, penetrándose con fuerza semejante, forman un río majestuoso que se encamina hacia el inmenso mar.

Él, arrancado al destino y a la barbarie de los hombres, expulsado del techo paterno por los suyos,

condenado a llevar una vida errante entre extranjeros, agriado y hosco desde su primera infancia, aunque con un corazón desbordante de amor, que no ansiaba sino romper su ruda corteza para derramarse en el de un amigo; y yo, ya tan completamente aislado de todo, y con mi alma entera extraña y solitaria en medio de los hombres; yo, en quien las más profundas melodías del corazón van siempre acompañadas del ruido grotesco de los cascabeles mundanos; yo, antipático a todos los ciegos y paralíticos, y sin embargo, ciego y paralítico yo mismo; profundamente hastiado de cuanto recuerda a los sabios, a los sofistas y a los ingenios brillantes, y a pesar de todo, tan lleno de esperanza, tan henchido de la esperanza de una vida más hermosa. . .

Los jóvenes como nosotros ¿no debían, en un impulso de entusiasmo, caer en brazos uno de otro?

¡Oh tú, mi amigo y compañero de lucha, mi querido Alabanda!, ¿dónde estás? Tentado me siento de creer que te has ido a descansar en las tierras desconocidas, y que has vuelto a ser lo que eras antes, cuando ambos éramos niños.

A veces, cuando una tormenta pasa sobre mi cabeza y distribuye sus divinas fuerzas entre los bosques y los campos cultivados, o las olas del mar juegan entre sí, o una bandada de águilas se remonta y vuela en torno de la cima de la montaña que voy escalando, mi corazón palpita como si mi amigo estuviera cerca; y él continúa viviendo en mí, más visible, más presente, más él mismo, y tal como era antes, el más ardiente, el más severo, el más despiadado de los acusadores cuando tenía que enumerar los crímenes del siglo. ¡Cómo, entonces, se exaltaba mi espíritu al contacto de sus pensamientos profundos, y con qué facilidad me venían a los labios las duras palabras de una justicia inflexible! Nuestros pensamientos, como otros tantos mensajeros de la Némesis, recorrían la

tierra y la limpiaban de todas las huellas de maldición que aún se advertían en ella.

Nada, ni el pasado mismo, dejamos de llamarlo ante nuestro tribunal, y ni la misma altiva Roma, en su impetuosa prosperidad, era capaz de asustarnos.

Como esas tempestades promisorias de lluvia, que pasan incesantes a través de los bosques, por encima de las montañas, nuestras almas se sentían irresistiblemente levantadas por proyectos colosales. No es que, por falta de carácter, nos hubiésemos creado un mundo imaginario, y como dos mozos totalmente desprovistos de experiencia hubiéramos pensado que no íbamos a tropezar con resistencia alguna. Alabanda era sobrado razonable y valiente para ello. Pero a menudo el entusiasmo poco complicado se muestra a la vez belicoso y prudente.

Y he aquí, en efecto, lo que sucedió un día.

Habíamos ido juntos al campo, y familiarmente sentados uno al lado del otro, nuestros brazos enlazados, en la semioscuridad de los laureles siempre verdes, teníamos nuestros ojos fijos en el pasaje en que Platón nos habla de modo tan sublime de la vejez y del rejuvenecimiento.

De vez en cuando nuestros ojos descansaban en el paisaje callado y desnudo, donde las luces del más bello cielo jugaban con las nubes y los rayos de sol en torno de los árboles ya sumidos en su sueño otoñal.

A continuación hablamos de muchas cosas relativas a la Grecia de hoy, ambos con el corazón sangrante, pues el suelo profanado de ese país era la patria de Alabanda.

Éste se hallaba en verdad más profundamente conmovido que de costumbre.

“Cuando miro un niño”, exclamó, “y pienso que llegará el día en que lleve un yugo ignominioso y funesto, en que será desgraciado, como nosotros, y

buscará hombres, como nosotros, para conocer lo verdadero y lo bello, y vivirá estérilmente, como nosotros, porque se hallará igualmente solo, y... ¡Pero no! Arrancad a vuestros hijos de su cuna y arrojadlos al río, para sustraerlos al menos a vuestra vergüenza”.

“Pero, Alabanda”, le dije, “eso cambiará, seguramente cambiará”.

“¿Cómo ha de cambiar?”, preguntó. “Los héroes han perdido su renombre y los sabios sus discípulos. Cuando las grandes acciones no son comprendidas por una nación noble, son sólo estocadas al aire, y las grandes palabras, cuando no encuentran eco en corazones grandes, son comparables a las hojas secas que crujen en el polvo y las inmundicias del camino. ¿Qué más puedo decirte?”

“Yo tomaré una pala”, le dije, “y echaré las inmundicias a un foso. Un pueblo en el que la grandeza y el espíritu no engendran ya ni grandeza ni espíritu nada tiene de común con las otras naciones donde hay todavía hombres: ha abdicado todos sus derechos; y no es más que una absurda farsa, una superstición, pretender todavía honrar cadáveres sin voluntad, como si un corazón de romano latiera en su pecho. ¡Lejos de nosotros esas gentes! Es preciso que el árbol podrido no permanezca más tiempo donde está. Roba el aire y la luz a las plantas jóvenes que maduran para un mundo nuevo”.

A estas palabras, Alabanda voló hacia mí, me abrazó y sus besos me llegaron al fondo del alma. “¡Oh hermano mío”, exclamó, “oh mi querido camarada! ¡Ahora me siento lo bastante fuerte para derribar montañas!”

“He ahí al fin un canto que comprendo”, prosiguió con una voz que conmovió mi alma como un grito de guerra; “no hay más que decir, Hiperión, has hablado magníficamente. ¿Cómo? ¿Habría el

dios de obedecer a una lombriz? El dios que está en nosotros, ante el cual se abre el camino del infinito, ¿tendría que detenerse hasta que el gusano se aparte de su camino? ¡No! ¡No! ¡No se os pregunta si queréis, lacayos y bárbaros! ¡De sobra sabemos que no queréis! ¡Ya no se trata de haceros mejores, puesto que toda tentativa sería vana! Se trata sólo de que no seáis un obstáculo en la marcha triunfal de la humanidad.

“¡Ah, encended una antorcha para pegar fuego a todos los hierbajos del monte; preparad la azada con que desarraigar todas las cepas inútiles!”

“Si es posible”, dije entonces, “es mejor apartarlos suavemente del camino”.

Alabanda guardó silencio unos instantes.

“Tengo confianza en el porvenir”, prosiguió, tomándome las manos con impetuosidad. “Gracias a Dios, mi fin no se parecerá en nada al del común de los mortales. Ser feliz significa, en boca de los lacayos, dejarse vivir. ¡Ser feliz! Pero, cuando me habláis de ser feliz, me parece tener la boca llena de agua tibia y de papilla. ¡Ah, qué estúpidas y marchitas son todas esas cosas a las que sacrificáis vuestros laureles y vuestra inmortalidad!”

“¡Oh luz sagrada, cuyos efectos se hacen sentir perpetuamente en tu imperio sin límites, que flotas en lo alto sobre nosotros, por tus rayos comunicas tu alma a la mía y haces que tu felicidad sea la mía!”

“¡Los hijos del Sol se nutren de sus acciones; viven de la victoria; se alientan mutuamente con su propio espíritu, y en su fuerza está su alegría!”

El espíritu de este hombre se apodera de uno, a veces a tal punto, que casi le da a uno vergüenza el dejarse llevar por él como una pluma por el viento.

“¡Cielo y Tierra!”, exclamé. “¡Qué alegría! Éstos son otros tiempos, y esta voz no es la de mi siglo

pueril, y este suelo no es tampoco aquél en que el hombre jadea bajo el látigo de su guardián. ¡Sí, sí! ¡Con tu alma magnífica, oh hombre, tú y yo salvaremos a la patria...!”

“Eso es lo que quiero”, exclamó, “o pereceré en la demanda”.

A partir de ese momento, nuestra unión se afirmó siempre más y tomó un carácter cada vez más sagrado.

Había en nuestra amistad algo profundamente serio, que me sería difícil describir; y ello nos hacía aún más felices. Era en el fondo eternamente inmutable de su ser donde cada uno de nosotros vivía aún su propia vida; pero la austera senda que seguíamos nos llevaba de una gran armonía a otra. Toda nuestra existencia común estaba llena de un magnífico sentimiento de audacia y de severidad.

“¿Cómo es que te has vuelto tan taciturno?”, me preguntó una vez Alabanda sonriendo. “En las regiones cálidas”, le respondí, “en las proximidades del sol, hasta los pájaros callan”.

Pero todo en este mundo está sujeto a fluctuaciones, y a pesar de sus esfuerzos titánicos, el hombre mismo no puede retener nada. Una noche vi a un niño que extendía un brazo para coger un rayo de la luna, pero la luz siguió su marcha. Nosotros, también, hacemos vanos esfuerzos para detener el Destino.

¡Si tuviéramos siquiera el consuelo de seguir su marcha como se sigue la de los astros, soñando en el silencio de las noches!

Cuanto más feliz seas, más fácil te será causar tu propia desgracia. Los días de felicidad perfecta que Alabanda y yo habíamos gozado se podían comparar al picacho de una roca, desde la cual, sólo con tocarte con un dedo, podría tu compañero precipitarte a las profundidades del abismo.

Nuestro viaje a Quíos había sido delicioso y habíamos hallado en nosotros mismos mil motivos de gozo. Como los céfiros que juegan sobre la superficie del agua, todos los encantos de la naturaleza se habían apegado a nosotros; y nos mirábamos mutuamente y en silencio, con aire de alegre asombro, como si el uno quisiera decir al otro: ¡nunca te había visto como ahora! ¡Ahora te veo! A tal punto nos sentíamos exaltados por las fuerzas que el cielo y la tierra derramaban sobre nosotros.

Durante la travesía habíamos discutido también muchas cosas, y con alegre animación. Como de costumbre, yo me había dado esta vez la dulce satisfacción de seguir a aquel espíritu en su carrera audaz y loca, mientras, a despecho de todas las reglas y henchido de la más despreocupada alegría, él proseguía su ruta con una casi inmovible confianza en sí mismo.

En cuanto descendimos, nos apresuramos a estar solos.

“Tú no convencerás a nadie”, le dije, con el acento de la más sincera adhesión; “es cierto que persuades, conquistas los corazones aun antes de hablar; cuando hablas, resulta imposible dudar; pero bien sabes que quien no duda, tampoco puede ser convencido”.

“¡Adulador!”, exclamó, “tú mientes. Pero bien está, sin embargo, que me adviertas. Ya muchas veces me has llevado a desatinar. Yo no querría por todos los imperios del mundo librarme de ti; pero, sin embargo, no siempre puedo evitar un sentimiento de inquietud a la idea de que puedas volvérteme indispensable hasta el punto de resultar soldados el uno al otro. En ese caso, ¿sabes?”, prosiguió, “desde el momento en que sea enteramente tuyo, ya no tendré secreto alguno para ti. Hasta hoy, no se nos ha ocurrido, en medio de nuestras alegrías y de

tantos esplendores, volver nuestros ojos al pasado”.

Después de esto me contó su odisea. Oyéndolo, me parecía ver a un joven Hércules luchando a brazo partido con Megeria.

“Y ahora”, dijo, terminando el relato de sus miserias, “¿te quedarás más tranquilo cuando me encuentres a veces duro, agrio e insoportable?”

“¡Calla, calla!”, le grité, profundamente conmovido; “lo esencial es que estés ahí y que vivas para mí”.

“¡Sí, exactamente para ti!”, me dijo. “Y me regocijo en el fondo del alma de ser todavía para ti un alimento aceptable. Si alguna vez tengo, involuntariamente, la acidez de la manzana silvestre, exprímeme hasta que puedas extraer un zumo potable”.

“¡Déjame, por favor!”, le grité; pero era inútil; con él volvía a ser como un niño y no lo disimulaba: él vió mis lágrimas, y ¡ay de él si hubiera tenido que ocultárselas!...

“Nos embriagamos con nosotros mismos”, continuó entonces labanda, “y matamos el tiempo con nuestra embriaguez”.

“Celebraremos juntos la fiesta de nuestros esposales”, dije con aire alegre, “permitido nos está, pues, el expresarnos como si estuviéramos en Arcadia. Pero volvamos a nuestra diáspora”.

“Tú concedes demasiado poder al Estado. Éste no tiene derecho a exigir lo que no puede adquirir por la fuerza. Pero los dones del amor y del espíritu no se obtienen de ese modo. No se le ocurra, pues, poner mano a ellos, si no quiere que lo priven de su ley y lo claven en la picota. El que pretenda hacer del Estado una escuela de moral, no conoce la enormidad de su falta. Lo cierto es que el hombre, queriendo hacer del Estado su paraíso en la tierra, ha hecho de él un infierno.

“Una dura corteza alrededor del meollo de la vida, eso es el Estado; nada más. Es el muro que rodea el jardín donde maduran esos frutos y crecen esas flores llamadas hombres.

” Pero ¿para qué sirve el muro en torno del jardín, si el suelo está seco? Una sola cosa puede ser útil: la lluvia del cielo.

” ¡Oh lluvia celeste! ¡Oh entusiasmo! Tú eres quien nos volverá a traer la primavera de las naciones. El Estado no te hará nacer por decreto. Pero con tal que no impida tu vuelo, vendrás, sí, vendrás un día con tu cortejo de voluptuosidades todopoderosas, nos envolverás en tus nubes de oro, y nos llevarás más allá del reino de los muertos; mientras nosotros, asombrados, nos preguntaremos si somos realmente nosotros, los desventurados que interrogábamos los astros para saber si allá lejos existiría la primavera... ¿Cuándo será, me preguntas? Cuando la favorita del Tiempo, la más joven y más bella de sus hijas, la nueva Iglesia, salga de sus formas impuras y gastadas; cuando el sentimiento de lo divino, al fin despierto, devuelva al hombre su propia divinidad y a su corazón su juventud ardiente; cuando... No puedo anunciarlo con precisión, pues yo mismo no tengo más que una vaga sospecha, pero vendrá, no te quepa duda. La Muerte es una mensajera de vida, y el hecho de que durmamos ahora en nuestros hospitales nos prueba que el despertar, luego del sueño reparador, no está lejos. Entonces, y sólo entonces, seremos nosotros mismos, y entonces también habremos encontrado el elemento que conviene a los espíritus.”

Alabanda estaba callado, y un instante me miró asombrado. Exaltado por esperanzas sin límites, una fuerza igual a la de un dios me transportaba como una nube por el cielo...

“¡Ven!”, le dije, tomándolo de la ropa, “¡ven!...”

¿Quién podría permanecer más tiempo en el calabozo oscuro en que estamos encerrados?"

"¿Adónde, mi querido soñador?", me replicó Alabanda secamente, mientras una sombra burlona pasaba por su rostro.

Caí de golpe de las nubes.

"Vete", le dije, "eres un mezquino".

En ese momento, varios extraños penetraron en la pieza. Eran personas de aspecto extravagante, la mayor parte flacas y pálidas, hasta donde podía colegirse a la luz de la luna, tranquilas pero con algo en la fisonomía que le entraba a uno en el alma como una espada. Uno se habría creído frente a la omnisciencia, y a no ser por las huellas que las pasiones muertas habían dejado en ellas, habríase uno preguntado si lo que veía era solamente la envoltura exterior de naturalezas miserables.

Uno de aquellos hombres, particularmente, me impresionó. La calma de sus rasgos semejaba la calma de un campo de batalla. La violencia y el amor debían haberse ensañado en él, y la razón brillaba sobre los despojos de su corazón como el ojo de un gavián posado en un palacio destruido. Sus labios delataban un profundo desprecio. Era evidente que este hombre no detenía sus pensamientos en futesas.

La calma de otro podía provenir, más bien, de la dureza innata de su corazón. En él no se veía casi el menor rastro de actos de violencia inspirados por una índole autoritaria o por el Destino.

Un tercero parecía haber conquistado su frialdad mediante un poderoso esfuerzo sobre la vida, y hallarse todavía en frecuente lucha consigo mismo, pues todo su ser acusaba una secreta contradicción, y cici notar que se veía obligado a observarse a sí mismo. Era el que menos hablaba.

A su entrada, Alabanda saltó de su asiento como movido por un resorte.

"Te buscábamos", exclamó uno de ellos.

"Siempre me habríais encontrado", les dijo riendo, "aunque me ocultara en las entrañas de la tierra. Son amigos míos", añadió, volviéndose hacia mí.

Ellos parecieron considerarme con mirada bastante atenta.

"Uno más que querría también tener aquí abajo una suerte mejor", exclamó Alabanda al cabo de unos segundos, señalándome con un ademán.

"¿Hablas seriamente?", me preguntó uno de los tres hombres.

"¿Sería una chanza trabajar para hacer algo mejor el mundo?", le dije.

"¡Mucho en pocas palabras!", dijo entonces uno de ellos.

"Eres nuestro hombre", añadió otro.

"¿Pensáis como yo?", les pregunté.

"¡Pregunta más bien qué es lo que hacemos!" fue la respuesta.

"¿Y si te lo preguntara?"

"Te diríamos que estamos aquí para desembarazar la tierra de todo lo que le estorba, que quitamos las piedras de los campos, deshacemos los duros terrones con la azada, labramos el suelo con el arado y arrancamos las malas hierbas, las cortamos de raíz, las arrancamos con sus raíces para secarlas al sol."

"No es que deseemos cosechar", añadió otro; "es demasiado tarde para que recibamos nuestro salario, no es para nosotros para quienes madurará la cosecha."

"Estamos al fin de nuestra carrera. A menudo nos hemos engañado, hemos esperado mucho y hecho poco. Preferimos arriesgarnos que perdernos en reflexiones. Pronto se nos acabaron los expedientes y ya no contamos más que con la suerte. Hablábamos mucho de alegrías y de dolores y nos amábamos y odiábamos los unos a los otros. Jugábamos con el

Destino, y el Destino hizo otro tanto con nosotros. Tan pronto nos colmaba de riquezas como nos precipitaba en la miseria. Nos mecía como se mece un incensario, y así nos consumíamos, hasta que no quedó más que ceniza. Hemos cesado de hablar de felicidad y de infortunio. Hemos rebasado el promedio de la vida, donde se encuentran el verdor y el fuego. Pero no es eso lo peor que puede sucederle a la juventud. La fría espada no puede ser forjada si el metal no está caliente. Dicen también que el vino que se cosecha en los volcanes apagados no es malo."

"No hablamos así por nuestro bien", exclamó otro con voz más viva, "sino por el vuestro".

"Nosotros no mendigamos el amor del hombre. No tenemos necesidad de su corazón, ni tampoco de su buena voluntad; pues en ningún caso él está contra nosotros; al contrario, todos están en nuestro favor; los locos y los hábiles, los tontos y los sabios, y todas las cualidades, nacidas de la barbarie y de la civilización, aunque no están a sueldo nuestro, contribuyen ciegamente a servir nuestros designios. No deseamos más que una cosa y es que alguien pueda gozar de ella; así, entre los millares de auxiliares ciegos, escogemos los mejores, para transformarlos en auxiliares capaces de ver. Pero si nadie quiere habitar donde nosotros construimos, no es culpa nuestra, ni nos perjudica. Hemos hecho lo que podíamos. Si nadie quiere cosechar donde hemos labrado, ¿quién podría echárnoslo en cara? ¿Quién ofendería a un árbol porque su fruto ha caído en el cieno? Yo me he dicho muchas veces: tú sacrificas en favor de la podredumbre; pero eso no me ha impedido concluir mi tarea cotidiana."

"¡Son unos impostores!", gritaban las cuatro paredes de la habitación a mi espíritu impresionable. Y yo me sentía como un hombre que a punto de ser sofocado por el humo derriba puertas y ventanas

para lanzarse fuera, tanta necesidad sentía de aire puro y de libertad.

Ellos no tardaron en darse cuenta del lamentable estado en que me hallaba y se retiraron.

El día despuntaba cuando salí de la caravanera donde habíamos estado juntos, y el soplo de la brisa matinal me produjo el efecto de un bálsamo sobre una llaga ardiente.

El tono burlón de Alabanda ya me había irritado bastante, para que no acabasen de alterarme los enigmáticos personajes que eran sus amigos.

"Es un hombre malo", me decía a mí mismo, "es malo. Pinge ante ti una confianza ilimitada, pero vive con gentes de ese jaez... y te lo oculta".

Me sentía un poco como una novia que acaba de saber que su futuro vive a escondidas con una muchacha de malas costumbres.

¡Ah, aquel dolor no era de los que uno puede albergar y llevar en sí, como una mujer su hijo, y que se exhala, al adormecerse, como el gorjeo de un ruiseñor!

Como una serpiente furiosa que se yergue inexorable contra tu cuerpo cuyos miembros enlaza, y te clava sus dientes venenosos en el pecho y en la nuca, así era el dolor que me ahogaba en aquel momento.

Apelé a toda mi voluntad; imaginé los pensamientos más nobles para tratar de dominarme, y por un instante lo conseguí; pero aquello no sirvió más que para aumentar mi resentimiento, y fui apagando cada una de las chispas de mi amor como se apaga un fuego que se ha encendido por imprudencia.

¡Ésas son, pensaba yo, sus criaturas; y seguramente se ha concertado con ellas contra ti! Pero, entonces, ¿qué quiere de ti? ¿Qué podía buscar en ti el entusiasta, como él te llama? ¿Por qué he tenido que encontrarlo en mi camino? Pero lo que gusta a tales individuos es, precisamente, apoderarse de

lo contrario a ellos. Lo que les habría gustado es traer a su establo un animal distinto de los suyos...

Y sin embargo, yo había sentido con él una felicidad indecible. ¡Cuántas veces no me había abandonado en sus brazos para despertar con el alma llena de un ardor invencible, purificada y endurecida a su contacto, como el acero en el fuego!

Una vez, en una noche serena, como yo le señalara los Dioscuros, Alabanda, poniéndome la mano en el corazón, me dijo: "¡Son astros tan sólo, Hiperión, letras con que se ha escrito en el cielo el nombre de los héroes; pero es en nosotros donde están, verdaderos y vivos, con su coraje y su divino amor, y tú, tú eres el hijo del dios y con tu Cástor mortal compartes tu inmortalidad!"

Recorriendo con él los bosques del Ida, una mañana descendimos al valle para interrogar los silenciosos túmulos acerca de sus muertos, y yo le decía a Alabanda que, entre aquellas tumbas, había, quizás, una erigida al espíritu de Aquiles y de su amigo. Alabanda entonces me confesó que a menudo se sentía otra vez niño pensando que un día caeríamos juntos en el campo de batalla y reposaríamos al pie del mismo árbol... ¿Quién habría entonces pensado semejante cosa?

Una vez más, me esforcé en reunir todas mis ideas; lo acusaba, lo defendía, y lo acusaba de nuevo con mayor aspereza; me sublevaba contra mí mismo, trataba de serenarme, pero sólo conseguía acabar de hundirme en la lobreguez.

¡Ah!, mis ojos estaban aún lastimados por las puñadas que habían recibido y empezaban apenas a reponerse; ¿cómo, en tales condiciones, habría podido ver claramente las cosas?

Al día siguiente, Alabanda vino a verme. Mi corazón bullía cuando él entró, pero me dominé, aun-

que su gesto altivo y su calma aumentaban todavía mi exasperación.

"El tiempo está espléndido", me dijo, al cabo de un instante, "y el atardecer promete ser de los más bellos; subamos a la Acrópolis".

Accepté, y marchamos juntos largo rato en silencio. Por fin, le dije: "¿Qué quieres de mí?"

"¿Cómo puedes hacerme semejante pregunta?", me contestó él, con un acento de melancolía que me traspasó el alma. Me sentí conmovido, turbado.

"¡En verdad, no sé qué pensar de ti!", agregué después de un corto silencio.

"Piensa que soy lo que soy", dijo, con desenvoltura.

"¿Piensas, quizás, que debo excusarme?", le dije con voz alterada, mirándolo con altivez. "¿No es acaso a ti al que corresponde disculparse?"

Pero aquello le resultó intolerable.

"¿Cómo es posible", exclamó con tono irritado, "que me trates a tu antojo? Reconozco, desde luego, que era demasiado joven cuando dejé la escuela; había sacudido de mí todas las trabas, sólo me quedaba una, la única que nunca fue quebrada: la de ser reprendido por un caprichoso... hombre sin juicio. ¡Sí, ya puedes rezongar entre dientes cuanto quieras! Pero el caso es que he guardado silencio demasiado tiempo".

"¡Oh Alabanda! ¡Alabanda!", exclamé.

"Cállate", dijo, "y que mi nombre en tus labios no sea como una puñalada en mi corazón".

Mi mal humor acabó por desbocarse. Nos tratamos, ambos, de tal modo, que una reconciliación era casi imposible. Hubiérase dicho que nos aplicábamos a destruir brutalmente todo el edificio de nuestro Amor. A veces permanecíamos en pie, silenciosos, y sin embargo, ¡con qué alegría habríamos caído uno en brazos del otro! Desgraciadamente, un doloroso sen-

timiento de altivez ahogaba cada una de las palabras de amor que nos subían del corazón.

"¡Adiós!", exclamé al fin, alejándome. Pero, sin querer, me volví, involuntariamente. Alabanda me había seguido.

"¿No es cierto, Alabanda", le dije, "que es un mendigo bien estrafalario el que arroja su última moneda al barro?"

"¡Pues bien", dijo alejándose, "si es así, que se muera de hambre!"

Trastornado, continué mi marcha vacilando. Al llegar a la orilla del mar, me senté a mirar las olas... ¡Ah, pensé, si mi corazón pudiera anegarse en ellas! Y mis brazos abiertos se tendían hacia las olas libres; pero pronto descendió sobre mí, como enviado del cielo, uno de sus más dulces Espíritus, que, con su varita de paz, restableció la calma en mi corazón enfermo y perturbado; entonces reflexioné con más tranquilidad en mi destino, en mi fe en este mundo, en mis tristes experiencias; consideré al hombre tal como lo había visto a través de mis sentimientos; y así como se me había aparecido desde mi más tierna juventud a través de las modalidades de educación más diversas; pero, por todas partes, no encontraba sino acentos sordos o discordantes; sólo la ingenua simplicidad de la infancia me hacía oír melodías puras; más vale, me dije entonces, volverse abeja y construirse inocentemente su morada, que reinar con los amos del mundo, aullar con ellos como lobos, domando naciones y ensuciándose las manos en oficios viles. Por unos instantes, pensé en volver a Tina y vivir allí dedicado a mis jardines y a mis campos.

¿Sonríes? Nada más en serio, sin embargo. ¿No consiste la vida en volver a cerrar alternativamente sus alas como los pájaros, en salir y volver a entrar

en sí mismo? ¿Por qué no pasaría lo mismo con el corazón del hombre?

Sin duda, esta nueva lección me había trastornado profundamente; y no sin pena tuve que cambiar los orgullosos errores de mi juventud... ¿Quién, por gusto, se cortaría las alas? No hubo, sin embargo, más remedio que hacerlo.

Resistí. ¿No me había embarcado acaso? Empujado por el viento fresco de la montaña, salí del puerto de Esmirna. Poseído de una serenidad milagrosa, como la del niño que no se preocupa del instante verdadero, permanecí tendido sobre la cubierta de mi barco, con la mirada puesta en los árboles y mezquitas de la ciudad, en las alamedas verdeantes de la ribera por la que acostumbraba pasear, y en mi sendero que conducía a la Acrópolis. Veía todo ello mientras me alejaba más y más; pero, cuando me sentí en alta mar, y todo desapareció en el fondo del horizonte como el ataúd que se hunde en la fosa, tuve de pronto la impresión de que mi corazón acababa de romperse en el pecho.

"¡Oh Cielos!", exclamé; y la vida se despertó al instante en mí, y traté con todas mis fuerzas de retener el tiempo presente, que se iba; pero había huído ya, y para siempre.

Ante mí se extendía como una bruma esa maravillosa comarca que yo, como un corzo en libertad en medio de los pastizales, había recorrido en todas direcciones, por montes y vados, prestando el eco de mi alma a las fuentes y a los ríos, a los espacios lejanos y a las profundidades de la tierra.

Solo y gozoso había recorrido el Tmolo; más tarde, yendo más lejos, allá donde se alzaba Éfeso en la época de su esplendor, y Teos y Mileto, y allá arriba, por la triste y santa Troada, me había también paseado en compañía de Alabanda, de Alabanda, sobre quien yo había reinado como un dios,

y en cuyas miradas, como un niño tierno y confiado, me había aplicado a leer sus pensamientos. ¡Y qué gozo, qué transportes de júbilo no me sacudían por cuanto a él atañía, lo mismo cuando tenía de la brida su caballo, que cuando, todo exaltado, creía haber logrado elevar mi alma al nivel de la suya con el heroísmo de mis resoluciones, la audacia de mi pensamiento y el fuego de mi palabra.

Y he aquí que ahora todo había terminado; ya no era nada. Lo mejor que poseía me había sido arrebatado irremediamente. Nadie era más pobre que yo sobre la tierra, y lo peor es que ignoraba cómo había podido suceder aquello.

“¡Oh eterna equivocación del hombre!”, me decía. “¿Cuándo éste se librará de tu yugo?”

Hablamos de nuestro corazón y de nuestros proyectos como si nos pertenecieran, cuando en realidad somos juguetes de una potencia extraña, que nos lanza de un lado para otro, y nos deja en la tumba cuando le place, sin que sepamos de dónde viene ni adónde va.

Queremos que nuestra cima suba hacia el cielo y que el follaje y las ramas se extiendan libremente; pero he aquí que el suelo y las intemperies nos empujan en otra dirección, y el rayo hiere tu copa, hendiéndote hasta la raíz. ¡Pobre árbol! ¿Es eso lo que te corresponde?

Tal es el curso de mis pensamientos. ¿Te apesadumbran, tal vez, mi buen Belarmino? ¡Pero, paciencia! Aún leerás muchos otros.

Lo más triste, amigo mío, es que nuestro espíritu se modela siempre de tan buen grado conforme a nuestro corazón desamparado y se complace a tal punto en las tristezas más fugaces, que el pensamiento mismo que debía curar el mal enferma él también, y a menudo el jardinero se lastima las manos con los rosales que planta. ¡Ah, créelo!, eso es lo que

hace pasar por locos, a los ojos de los demás, a muchos hombres excelentes, que sin ello habrían adquirido sobre sus semejantes el mismo ascendiente que un Orfeo; y eso es también lo que hace que los más nobles caracteres sean objeto de burla para esos individuos que pululan en las calles. He ahí el escollo que deben temer los favoritos del cielo, porque en ellos el amor es a la vez tan fuerte y tan delicado como su espíritu y las olas de su corazón tienen más fuerza y poderío que el tridente del dios de los mares que las gobierna. He ahí por qué, amigo mío, nadie debe creerse superior a los demás.

HIPERIÓN A BELARMINO

¿Serás capaz de escucharme, de comprenderme, si te hablo de mi larga y enfermiza tristeza?

Tómame tal cual me doy, y recuerda bien que es preferible morir porque se ha vivido, y no seguir viviendo porque no se vivió nunca. No envidies a los que el sufrimiento no ha tocado; ídolos de madera a quienes nada falta, a tal punto su alma está carente de necesidad, a quienes poco importa la lluvia o el sol porque nada tienen que valga la pena de ser cuidado.

Evidentemente, es muy fácil ser feliz, vivir en paz, con un corazón seco y un espíritu limitado. A nadie se le ocurrirá envidiaros. ¿Quién reprobará que el blanco de madera se queje cuando la flecha da en él y que una vasija vacía suene a hueco cuando se la golpea contra un muro?

No tenéis más que resignaros, buenas gentes, o que asombraros en silencio si no llegáis a comprender que los demás no son tan felices como vosotros, ni tan capaces de bastarse a sí mismos; pero guardaos bien de imponerles por decreto vuestra sabi-

duría; pues obedeceros sería el final del mundo.

Llevé en Tina, desde entonces, una existencia en extremo sencilla y tranquila. Miraba pasar los acontecimientos del mundo como se mira pasar las brumas del otoño; a veces, hasta me sorprendía riendo a carcajadas de mi propio corazón, cuando, como al pájaro, le ocurría escaparse y encontrar por toda golosina unas uvas pintadas. Mas no por eso se conservaba menos mi calma y mi buen humor. Conmigo, cualquiera podía ya pensar a su guisa, bien o mal, sin que me importara. Yo tenía mi opinión y no pensaba imponérsela a nadie. Pero no podía evitar un sentimiento de tristeza al ver que los hombres creían que, porque yo los dejaba gesticular, los tenía en tan alta estima como ellos mismos. No quería someterme a todas sus necesidades, pero trataba, en lo posible, de atenuárselas: ellas, al fin y al cabo, constituyen su alegría, me decía, y de ellas viven.

A menudo llegaba hasta tomar parte en sus placeres, y aunque fuese en medio de ellos un cuerpo sin alma, es decir, desprovisto de toda animación, nadie lo notaba, nadie encontraba que le faltase algo, y si les hubiera pedido que disculparan mi manera de ser, me habrían mirado con aire de asombro, diciéndome: "Pero ¿acaso nos hiciste algo?" ¿De qué deferencia no eran capaces!

A menudo, cuando por la mañana estaba en pie junto a mi ventana, y los rumores de la labor cotidiana empezaban a herir mis oídos, llegaba a olvidarme súbitamente de mí, y miraba a mi alrededor como si hubiera de emprender algo que respondiese al secreto deseo de mi alma; pero entonces me reprendía a mí mismo y volvía a la realidad, como quien, en un país extraño, hubiese dejado escapar una exclamación en su lengua materna... Pero, ¿adónde vas, corazón mío?, me decía a mí mismo juiciosamente; y me obedecía.

¿De qué depende, preguntábame a menudo, que el hombre codicie tantas cosas? ¿De qué le sirve esa infinidad de deseos que alberga en él? ¿Infinidad? ¿Se puede realmente hablar de infinidad? ¿Quién ha hecho acaso la comprobación? Lo que sí puede ser cierto es que desea siempre más de lo razonable. Y tú mismo has hecho muchas veces la experiencia. Pero conviene que así sea. Ello engendra el dulce y místico sentimiento de una fuerza que no se emplea como se desearía; es también lo que origina esos bellos sueños de inmortalidad y todos esos amables y gigantescos fantasmas que de continuo sumen al hombre en el arrobamiento, y lo que aún le da la posibilidad de construirse su Eliseo y crear sus propios dioses, lo que hace que su existencia no siga siempre la línea recta, no vuele a su meta como la flecha, y una potencia extraña se cruce con frecuencia en el camino por donde va el fugitivo.

Las espumantes olas del corazón no se elevarían tan altas y harían fácilmente lugar al espíritu, si no chocaran con ese viejo y solapado escollo que se llama Destino.

Sin embargo, la fuerza interior que nos anima desaparece pronto, y con ella nuestros dioses y nuestro cielo.

El fuego, elevándose de la cuna sombría en que dormía, toma un aspecto alegre; su llama sube y baja, se quiebra y retuerce alegremente, hasta que la materia que lo alimentaba se consume; entonces humea, agoniza, se extingue y no quedan sino cenizas.

Así sucede con nosotros, y ello resume cabalmente cuanto los sabios nos refieren en sus mitos tan terribles y tan atrayentes.

¿Y tú? ¿Qué pregunta formulas? Es un mal presagio que a veces algo se estremezca bruscamente en ti y que tu corazón, como la boca del moribundo,

se abra y vuelva a cerrarse tan violentamente en el mismo segundo.

Vive más bien tranquilo, y no te importe el giro que tomen las cosas. No hagas trampas, no trates puerilmente de agrandarte una sola pulgada.

Diríase, a fe mía, que ibas a crear otro sol, a suscitarle nuevos planetas y dar a luz una tierra y una luna.

Tales eran, más o menos, los sueños a que yo me entregaba. Pero, poco a poco, y a fuerza de paciencia, me separé de todo. ¡Oh vosotros todos, mis compañeros de aquel tiempo, no se os ocurra consultar a vuestros médicos ni a vuestros sacerdotes si os consumís interiormente!

¿Habéis perdido la fe en todo lo grande? Partid, partid: es preciso, si esa fe no vuelve a vosotros, como un cometa, desde las profundidades del cielo.

HIPERIÓN A BELARMINO

Hay un olvido de toda existencia, un silencio de nuestro ser, en el que parece que hubiésemos encontrado todo.

Hay un olvido de toda existencia, un silencio de todo nuestro ser, en el que parece que hubiéramos perdido todo, una noche en nuestra alma, no alumbrada por el resplandor de ningún astro, ni siquiera por el de un tizón de leña seca.

Actualmente, me sentía de nuevo tranquilo. Ya nada me despertaba con sobresalto a medianoche. Ya no me consumía en mi propia llama.

Silencioso y solitario, miraba fijamente ante mí. Mis ojos ya no se volvían al pasado, ni se dirigían tampoco al porvenir. Mi espíritu ya no estaba obsesionado por las cosas de los hombres, lejanas o próximas; no las veía sino cuando me obligaban a verlas.

Antes, este siglo se presentaba con frecuencia a mi espíritu en la forma del tonel de las Danaides, y mi alma, con la prodigalidad del amor, se derramaba en él para llenar el vacío; pero, ahora, había dejado de ver ese vacío; ahora, no me sentía ya oprimido por el fastidio de vivir.

Ahora, ya no decía nunca a la flor: eres mi hermana; ni a las fuentes: somos de la misma familia; ahora, como un eco, llamaba a cada cosa exactamente por su nombre. Como un río de orillas áridas, en cuyas aguas ningún follaje de sauce se refleja, el mundo pasaba desprovisto de toda belleza ante mis ojos.

HIPERIÓN A BELARMINO

Ningún ser se desarrolla tan espléndidamente como el hombre, y ninguno pasa tan de prisa como él. Le gusta con frecuencia comparar sus sufrimientos a las tinieblas del abismo, y su felicidad al azul de los ciclos, lo que, en el fondo, no quiere decir gran cosa.

Pero nada tan hermoso como cuando, después de un largo anonadamiento, la chispa en él se reanima, y el dolor, como una hermana, se anticipa a la alegría anunciándola desde lejos.

¡Ah, con qué deliciosos presentimientos saludé la vuelta de la primavera! Era como si, en el silencio de la naturaleza, cuando todo reposa, las cuerdas de una lira, pulsada por una mano amiga, hubiesen resonado a lo lejos, envolviendo mi alma en sus dulces y melodiosos acordes; yo presentía su venida, como si ella hubiera descendido del Eliseo, cuando las ramitas secas se agitaban y un soplo ligero rozaba mis mejillas.

¡Amable ciclo de Jonia! Nunca te quise más, pero nunca tampoco mi corazón te había semejado tanto en sus juegos llenos de ternura y de alegría...

¿Quién no aspiraría a los goces del amor y a la gloria de los grandes hechos cuando la primavera reaparece bajo el cielo y en el seno de la tierra?

Me levantaba con mil precauciones, como un convaleciente que deja el lecho por primera vez, pero con el corazón tan estremecido de felicidad y de secretas esperanzas, que olvidaba preguntar qué significaba aquello.

Los más bellos sueños poblaban ahora mi sueño, y cuando me despertaba sentía en el alma como el recuerdo de un beso en la mejilla del bienamado. ¡Ah, con qué entusiasmo íbamos el uno al encuentro del otro, el sol de la mañana y yo! Éramos como dos amigos recién reconciliados, que afectan un airecillo de frialdad, aunque ya se prometan el instante de felicidad infinita que los lanzará en brazos uno de otro.

Ahora mis ojos se abrían, realmente, de nuevo; sin duda, no veía las cosas como antes, cuando me sentía escudado contra todo y desbordante de fuerza; mi mirada se había vuelto más humilde. Habíase dicho que imploraba la vida, y sin embargo, en el fondo de mí mismo, tenía como la certidumbre de poder todavía volver a ser tal como era antes, y quizás mejor.

De nuevo miraba a los hombres como si yo también fuera a tomar parte en su vida y en sus placeres, y efectivamente, en todo lo que podía, me mezclaba a ellos de todo corazón.

¡Bondad del Cielo! ¡Qué alegría maligna también, la de ver que el altanero original que había sido se había vuelto como uno de ellos! Y ¡qué amena satisfacción para ellos comprobar que el cierto, impulsado por el hambre, había dejado el bosque para venir al corral de ellos!...

¡Ah!, lo que yo buscaba era a Adamas, era a Alabanda; pero ni uno ni otro se mostraban.

Acabé por escribir a Esmirna, y fue como si toda la ternura y todo el poder de que un ser humano es capaz se hubieran fundido juntos en el instante en que tomé la pluma. Envié tres cartas; pero no recibí respuesta; supliqué, amenacé, evoqué todas las horas de nuestro amor y de nuestras acciones comunes más audaces; ninguna respuesta me vino del inolvidable, amado hasta en la muerte... "¡Alabanda!", clamaba, "¡oh mi amigo Alabanda! ¿Me has condenado sin apelación? ¡Tú eras quien me sostenía todavía, quien eras la última esperanza de mi juventud! ¡Te lo juro!"

Lamentamos a los muertos como si ellos sintieran la muerte: los muertos descansan en paz. Pero lo que yo siento es un dolor sin igual, es la sensación ininterrumpida de un aniquilamiento completo, en el que nuestra existencia ha perdido lo que constituía su encanto, y el corazón se dice: vas a desaparecer y nada quedará de ti; flores, no las sembraste; ni construiste una choza; no podrías, pues, decirte: dejo algo mío sobre la tierra. ¡Y tu alma, por destrozada que esté, no por eso deja de sentir su ardiente deseo!

Estaba siempre como un desgraciado que busca una cosa sin atreverse a levantar los ojos delante de los hombres. Había momentos en que me asustaba hasta la risa de un niño.

Y a pesar de todo eso, me sentía muy tranquilo y paciente, y sentía también una singular superstición en la virtud de ciertas cosas. Una paloma que había comprado, un paseo en canoa, una cañada que la montaña me escondía, podían ser para mí una verdadera fuente de consuelo.

Pero ¡basta, basta! Si hubiera sido criado con Temístocles, o vivido en tiempo de los Escipiones, seguramente mi alma nunca se habría mostrado a una luz semejante.

HIPERIÓN A BELARMINO

De tiempo en tiempo, aún se agitaba en mí una fuerza espiritual, pero, desgraciadamente, con efectos más bien destructores.

¿Qué es el hombre?, me preguntaba. ¿Cómo es que un ser semejante existe en este mundo, y cómo una masa de cosas informes fermenta y se descompone, se pudre como un árbol viejo y no llega nunca a su madurez? ¿Cómo la naturaleza puede sufrir semejante agraz entre sus dulces uvas?

Él dice dirigiéndose a las plantas: yo, antes, fui también como vosotras; y a los astros puros: quiero ser como vosotros, en otro mundo. Y mientras espera, él es el que se hace pedazos, el que de tiempo en tiempo se entrega a experiencias de toda especie y a prácticas ingeniosas, imaginando que en el momento de la disolución final será capaz de poner en pie a los muertos, como se levanta un muro; pero nada de lo que emprende sale de sus manos mejorado; sin embargo, no por eso se subleva, puesto que de todos modos queda entendido que cuanto hace pasará siempre por el colmo de la habilidad.

¡Ah!, pobres desgraciados, los que tenéis conciencia de todo esto, que no gustaríais de hablar del destino humano y que os sentís también trastornados por esa nada que nos domina, firmemente convencidos de que hemos nacido para nada, de que nos aplicamos a naderías, sin creer en nada, sin emplear nuestras fuerzas en nada, para ir poco a poco a parar en la nada... ¿Es culpa mía si, después de haber reflexionado seriamente sobre esas cosas, sentís que vuestras piernas tiemblan y se doblegan? ¿No me he sumido yo acaso muchas veces en esas mismas reflexiones, exclamando: por qué, espíritu cruel, por

qué llevas el hacha a las raíces que me retienen en la vida? Y con todo, aún estoy aquí.

Antes, ¡oh mis tristes hermanos!, antes ¡qué diferente era todo! Por encima de nosotros y ante nosotros reinaban la alegría y la belleza; y de esos mismos corazones desbordaba la alegría a la vista de lejanos fantasmas, que prometían felicidad, y nuestros espíritus se lanzaban hacia adelante llenos de audacia y de animación y forzaban la barrera; pero, cuando miraron en torno de ellos, ¡oh decepción!, no vieron sino la inmensidad del vacío.

¡Ah!, para dar otro curso a mi pensamiento, en vano me hincó de rodillas, me retuerzo las manos e imploro no sé a quién. La verdad que grita en mis oídos es más fuerte que yo. ¿No me he convencido dos veces por mí mismo? ¿No he visto, al considerar la vida, que todo termina en la nada? Si con el pensamiento elevo mi espíritu, ¿qué encuentro por encima de todo? La nada.

Pero, ¡silencio, corazón mío! Son tus últimas fuerzas las que dilapidas. ¿Las últimas fuerzas? ¿Y eras tú el que querías subir al asalto del ciclo? ¿Dónde están tus mil brazos, titán? ¿Dónde están Pelión y Osa? ¿Dónde las gradas que conducen a la morada del padre de los dioses y que te permitirán llegar hasta él, y derribar ai dios mismo de su trono, y a todos los grandes del Olimpo, para decir en seguida a los mortales: "¡Quedaos donde estáis, hijos de un momento! No tratéis de alcanzar estas alturas; pues aquí no hay nada"?

Puedes abstenerte de mirar lo que reina por encima de los otros. Tu doctrina nueva no está hecha más que para ti. Si ante ti y sobre ti se extienden la soledad y el vacío, es porque llevas en ti mismo el vacío y la soledad.

Sin duda, podríais venir a ayudarme un poco vosotros, si sois más ricos que yo.

Si en vuestro jardín las flores crecen tan abundantes, ¿por qué su perfume no es también un goce para mí? ¡Si estáis tan llenos de divinidad, podríais darme algo de ella con que apagar mi sed! Hay fiestas para todo el mundo, hasta para los más pobres. Pero entre vosotros no hay fiesta sino para la Muerte.

Vuestros amos se llaman la necesidad, la angustia, y la noche. Ellos son los que os distinguen, y los que, golpeándoos, os empujan los unos hacia los otros. El hambre es lo que llamáis amor, y allí donde ya no discernís nada colocáis vuestros dioses. ¿Dioses y Amor?

¡Qué razón tienen los poetas! Nada hay tan pequeño y tan insignificante que no pueda entusiasmar.

Ahí tienes cuál era el objeto de mis pensamientos. Pero cómo todas esas cosas se presentaron a mi espíritu, es lo que no alcanzo a comprender.

LIBRO SEGUNDO

HIPERIÓN A BELARMINO

VIVO EN este momento en la isla de Áyax, en esta querida Salamina.

Me gusta este país griego en todos sus lugares. ¿No tiene acaso el color de mi corazón? Dondequiera se pose la mirada, hay una alegría sepultada.

Lo que no impide que se encuentre siempre en torno alguna cosa amable y grande.

En el contrafuerte de la montaña me he construido una choza con ramas de lentisco, y he plantado alrededor musgo, arbustos, tomillo, e infinidad de otras plantas. Ahí paso mis horas más agradables, ahí estoy sentado todas las tardes, con la mirada fija en el Ática, hasta que los latidos de mi corazón se precipitan: entonces, tomo mis útiles de pesca y bajo a pescar en la bahía.

O, si no, leo allá arriba algunos pasajes de aquella guerra naval de la antigüedad que desencadenó sus furiosos, hábilmente refrenados, en Salamina, y me complazco en pensar en el gran espíritu que fue capaz de regular la furiosa pelea de los amigos y los enemigos y de domarla como un jinete su caballo. ¡Cómo, entonces, me avergonzaba interiormente de mi pasado militar!

O bien, con mis miradas en el mar lejano, reflexionaba en lo que fue mi vida, en sus altibajos, en la felicidad y en la tristeza que en ella encontraba; y a menudo mi pasado es como una lira cuyo dueño

hace vibrar todas las cuerdas, mezclando, en un orden invisible, disonancia y armonía.

Hoy, sobre esta altura, tengo tres razones para encontrar que hace buen tiempo. Dos días de lluvia han refrescado el aire y la tierra, que no podían ya más. El suelo está más verde y la campiña más clara. Los trigos de oro, esmaltados de centaureas, se extienden infinitos, y de las profundidades del bosque se levantan mil frondas luminosas y alegres, llenas de promesas. Cada una de las líneas del lejano horizonte atraviesa, larga y fina, el espacio; las montañas se elevan en gradas, unas tras otras, hasta el sol. Todo el cielo está puro. La luz blanca parece un ligero vapor flotante en el éter, y la tímida luna, como una nubecilla argentada, pasa en la claridad del día.

HIPERIÓN A BELARMINO

Desde hace tiempo no me he sentido como hoy.

Como el águila de Júpiter que escuchaba el canto de las musas, presto oído atento a la deliciosa e infinita melodía de mi ser. Con el corazón y los sentidos tranquilos, alegre y fuerte, y con una gravedad sonriente, juego en imaginación con el Destino, y con las tres hermanas, las Parcas sagradas. Animado de un divino ardor, todo mi ser respira el gozo. Estoy como el cielo estrellado, a un tiempo en calma y agitado.

Esperé mucho tiempo una fiesta semejante para volver a escribirte. En este instante, me siento lo bastante fuerte, y te haré mi relato.

En la época de mis días más sombríos, uno de mis conocidos de Calauria me escribió para que fuese a verlo en sus montañas; allí, me decía, se vivía con más libertad que en cualquier otra parte, y también se veían florecer, en medio de los bosques de pinos,

bosquecillos de limoneros, palmeras, graciosas plantas, mirtos, y vides sagradas. Había construido su casa y cultivaba un jardín en lo alto de la montaña. Detrás de su casa, árboles de follaje espeso daban su sombra, y en los ardientes días de verano venía a jugar allí una brisa ligera y refrescante. Como miraría un pájaro posado en la copa de un pino, dejaba uno hundirse su mirada hasta el fondo del valle, las aldeas, las colinas verdeantes, y los rebaños apacibles, dispersos como niños en torno a la magnífica montaña, que pacían a la orilla de sus arroyos espumantes.

La invitación me tentó, y un día claro de abril me embarqué para la otra ribera. El mar estaba de una belleza y transparencia raras, y el aire tan ligero como el de las regiones altas. En un esquife, que parecía deslizarse por el aire, dejé alejarse de mí la tierra, como uno de esos manjares deliciosos cuando le sirven a uno el mejor de los vinos.

En vano mi melancolía luchó por un tiempo con la influencia del mar y del aire; acabé abandonándome a su encanto, no me propuse cuestión alguna a mí ni a otros, no busqué nada, no pensé en nada, me dejé resbalar a un medio sueño, al compás del balanceo del barco, imaginándome en la barca de Caronte. ¡Ah, qué dulce es beber en la copa del olvido!

El alegre mocetón que me servía de barquero habría de muy buena gana conversado conmigo, pero yo me mostré poco dispuesto a hablar.

Me mostraba con el dedo, a derecha y a izquierda, el azul de la isla; pero apenas si yo detenía mis miradas en ella, pues casi en seguida recaía en mi trasoñar.

Sin embargo, cuando me mostró la cumbre que se elevaba al fondo del horizonte en calma, diciéndome que no estábamos ya muy lejos de Calauria, alcé los ojos para mirar más detenidamente, y todo mi

ser se sintió arrebatado por el poderío maravilloso del encanto que dulce, silenciosamente y sin notarlo, se infiltraba en mis sentidos. Con los ojos muy abiertos, llenos de gozosa sorpresa, contemplaba aquel misterioso horizonte. El corazón me latía más de prisa, y mi mano, con ademán rápido e involuntario, asió amistosamente el brazo de mi barquero. "¿Cómo?", exclamé, "¿es Calauria?" Y como él me mirase con extrañeza, tuve la impresión de haberme puesto un poco en ridículo.

Saludé a mi amigo profundamente conmovido. Todo en mí era presa de una dulce emoción. Después del mediodía quise inmediatamente recorrer parte de la isla. Los bosques y los valles misteriosos ejercían en mí un encanto irresistible, y lo dulce de la temperatura llamaba a todos los seres a fuera.

Era evidente que todo lo que vive aspira a algo más que su sustento diario. Las aves, lo mismo que los cuadrúpedos, reclaman su parte de placer.

¡Qué deleite ver todo aquello! Era como cuando una madre buena, con voz acendrada, pregunta a los hijos que la rodean a cuál de ellos quiere más; todos se precipitan a su regazo, y hasta el más pequeño en su cuna tiende sus brazos hacia ella. Todo lo que tenía vida saltaba, volaba, se adelantaba impetuoso, en aquella deliciosa atmósfera, y los escarabajos, las golondrinas, las palomas, las cigüeñas, se agitaban en alegre tumulto, abajo en los valles, y arriba en los aires; y los que la tierra retenía sentían que sus patas se volvían alas; el corcel galopaba saltando zanjás, los cabritos saltaban por encima de los matorrales, y los peces del mar subían y saltaban sobre la superficie de las aguas. El aire vivificante penetraba hasta el corazón de todas las criaturas, levantándolas, atrayéndolas a él.

Y los hombres también salían de sus moradas, y se sentían felices de esa caricia invisible de la brisa,

que agitaba dulcemente sus cabellos y temperaba el calor de los rayos solares; y ellos entreabrían amistosamente sus vestidos para recibirla en su pecho; su respiración se hacía más dulce, y tocaban con más ternura el mar límpido y acariciador en el que vivían y que los hacía vivir.

¡Oh tú, aire sagrado, hermano del espíritu ardiente y poderoso que reina en nosotros: yo te bendigo por acompañar mis pasos, inmortal y omnipresente!

Era sobre todo con los niños con quienes más se divertía este maravilloso elemento.

Uno cantaba a media voz, dulcemente, para sí mismo; otro dejaba escapar de sus labios una cancioncita, sin cuidar la cadencia; mientras, transportado de alegría, un tercero cantaba a toda voz; y unos se revolcaban sobre la hierba, y otros saltaban en el aire, y otros paseaban con aire soñador.

Y todo ello era la expresión de un sentimiento de bienestar, una respuesta a las tiernas caricias de aquella brisa deliciosa.

Me sentía el alma invadida por la paz y por una indecible languidez. Una extraña fuerza me dormía, y pensaba: ¡Oh tú, el más amable de los Espíritus!, ¿hacia qué lugar me llamas? ¿Al Elíseo o a otra parte?

Subí, a través de un bosque, bordeando un arroyo de aguas susurrantes, hasta un lugar donde las gotas de agua caían sobre la roca y se deslizaban suavemente entre los guijarros; la cañada se estrechaba poco a poco hasta formar una bóveda en cuya sombra jugaban algunos rayos solitarios.

Aquí, mi querido Belarmino, querría poder hablar, querría por lo menos poder escribirte sin emoción.

¡Hablar! ¿Cómo hacerlo?

¡Ah, la alegría es cosa a la que aún no estoy habituado!

Pero la paz habita en las comarcas de los que son felices; y el corazón que contempla los astros olvida su infortunio y su lenguaje.

Esta cosa divina que se me ha aparecido, la he guardado preciosamente como un talismán; y si en adelante el Destino debe todavía pesar sobre mí y precipitarme de un abismo a otro, de modo que mis fuerzas y mis pensamientos se paralicen, ¡ojalá sobreviva siquiera en mí esta cosa maravillosa, y me ilumine, y reine en mí con su claridad eterna, indestructible!...

¡Oh dulce criatura, qué encantadora estabas cuando te vi tendida y al descuido, con los ojos clavados en el cielo! Te incorporaste, luego te levantaste, esbelta en la plenitud de tus formas, divinamente en calma, tu celeste rostro todavía impregnado de la serenidad y del éxtasis en medio de los cuales vine a interrumpirte.

Quien ha mirado esos dulces ojos, y para quien se han entreabierto esos dulces labios, ¿de qué otra cosa podría ya hablar?

¡Oh belleza, fuente de la paz! ¡Oh divina paz! ¿Cómo el que encontró en ti el reposo después de las tormentas de la vida, y la tranquilidad después de las dudas del espíritu, podría buscar remedio en otra parte?

Por mi parte, me siento incapaz de hablar de ella. Hay horas en que lo mejor y más bello se nos aparece como en una nube, y en que el cielo de la perfección se abre al amor que espera. Entonces, Belarmino, entonces, piensa en lo que es su esencia, arrodíllate conmigo, y piensa en mi felicidad. ¡Pero no olvides, tampoco, que yo tuve lo que tú no puedes sino imaginarte, que yo vi en aquellos ojos lo que tú no puedes ver sino a través de una nube!

¡Que haya gentes que a veces digan que se sien-

ten gozosas! Creedme; vosotros no tenéis siquiera idea de lo que es la alegría. ¡A vosotros no se os apareció nunca la sombra de su sombra! ¡Pasad de largo, ciegos, y no me habléis del éter azulado!

¡Ah, no poder volverse niños! ¡Que no puedan volver los tiempos dichosos de la inocencia, esos tiempos de paz y libertad, a fin de tener cuando menos una alegría, un asilo sobre la tierra!

El hombre, ¿no envejece, no se marchita, no semeja una hoja caída del árbol al que jamás volverá, y que el viento lleva en todas direcciones hasta que la arena la recubre?

Y a pesar de todo ello, su primavera vuelve.

No lloréis si las mejores cosas se van. Ellas vuelven, más bellas y más frescas. No os desoléis si no oís la melodía de vuestro corazón; pronto vendrá una mano que de nuevo hará vibrar las cuerdas.

¿Qué era yo acaso? ¿No era semejante a una lira con las cuerdas rotas? Algunos sonos se dejaban oír vagamente todavía, pero eran sonos fúnebres. Yo entonaba mi triste canto del cisne. De buena gana me habría tejido una corona mortuoria, pero no tenía más que plantas de invierno.

Y ahora, ¿dónde estaban ya el silencio de muerte, la noche y el vacío de mi existencia: todo lo fugaz y mortal?

Sin duda, la vida es pobre y solitaria. Habitamos aquí abajo como el diamante en el fondo de la mina. En vano es que, para hallar de nuevo el camino que lleva a lo alto, nos preguntemos cómo hemos descendido a este lugar.

Semejamos al fuego que duerme en el leño seco o en la piedra. Como él luchamos y tratamos en todo momento de librarnos de nuestra estrecha prisión. Pero llegan, compensando los largos años de lucha, los instantes de la liberación en que lo Divino derriba las puertas de la cárcel, en que la llama brota

del leño y se eleva victoriosa sobre las cenizas, en que nos parece que el espíritu, desembarazado de sus trabas, olvidados todos los sufrimientos y todas las servidumbres, regresa, triunfador, a los palacios del sol.

HIPERIÓN A BELARMINO

Yo era feliz antes, Belarmino. ¿No lo soy todavía? ¿No lo seré, acaso, aunque el instante sagrado en que la vi por primera vez fuese el último?

La he visto una vez, a la Única, a la que mi alma buscaba, y la perfección que creemos más alejada de nosotros que las estrellas, y que relegamos a los límites últimos del tiempo, yo la he sentido en el presente. Ese bien supremo ha existido, aquí, en el dominio de la naturaleza humana y de las cosas.

Ya no pregunto dónde se encuentra; era de este mundo, y puede volver a él; por el momento se mantiene más oculto que nunca. Ya no pregunto qué es: lo he visto, lo he conocido.

¡Oh vosotros!, que os esforzáis en buscar lo mejor y lo más bello en los misterios de la ciencia, en el tumulto de los negocios, en las tinieblas del pasado, en el laberinto del porvenir, hasta en las tumbas y más allá de los astros, ¿sabéis su nombre, el nombre de esta cosa única e inefable a la vez?

Se llama la Belleza.

¿Sabíais realmente lo que queríais? Yo no lo sé todavía, pero lo sospecho: es el nuevo imperio de la nueva Divinidad, y hacia él corro, y tomo a todos los que encuentro y los arrastro conmigo, como el río lleva los arroyos al océano.

¡Y eres tú, tú, quien me ha indicado el camino!
¡Tú, quien hiciste que lo comenzara! No, en verdad que no cuentan los días en que aún no te conocía...

¡Oh Diótima!; ¡Diótima, celeste ser!

HIPERIÓN A BELARMINO

¡Olvidemos el tiempo que huye, y no contemos los días!

¿Qué son los siglos, comparados a ese instante en que dos seres se adivinan y se acercan?

Aún estoy viendo la tarde en que Notara me llevó por primera vez a su morada.

Ella habitaba a unos centenares de pasos de nosotros, al pie de la montaña.

Su madre era una mujer de espíritu delicado, su hermano un muchachito de carácter abierto y muy alegre, y ambos admitían, de todo corazón, que Diótima fuese en todo y por todo la reina de la casa.

¡Oh Dios! ¡Cómo, con su sola presencia, lo embellecía todo! Cualquier objeto que yo mirara, el tapiz en que ella posaba sus pies, su almohadón, su mesita, todo conspiraba secretamente por ella contra mí. ¡Y otra cosa fue aún cuando ella, por primera vez, me llamó por mi nombre, y se acercó tanto a mí, que sentí el soplo puro de su aliento rozar mi alma alerta!...

Nos dijimos pocas palabras. Uno siente vergüenza de las palabras que pronuncia. Querría uno transformarse en sonos melódicos y fundirse en un himno celeste.

¿Y de qué habríamos podido hablar? No teníamos ojos más que para nosotros, y no nos atrevíamos a hablar de nosotros.

Conversamos al fin de cosas de la tierra.

Y jamás un canto tan inflamado y tan infantil a la vez había llegado a mis oídos.

Derramar el exceso de nuestros corazones en el seno de esta buena madre, nos hizo bien a los dos. Nos sentimos aliviados, como los árboles cuando el viento

del estío agita sus ramas fecundas y esparce sobre el césped los frutos sabrosos.

Llamábamos a la tierra una de las flores del cielo, y al cielo el jardín infinito de la vida.

Como las rosas gustan de cubrirse de un polvillo de oro, decíamos, la tierra se regocija con la luz generosa que el sol con sus rayos le dispensa; ella, decíamos también, es un ser magníficamente vivo, casi divino, cuando brota de sus entrañas un fuego amenazador, o un agua dulce y límpida; feliz cuando puede alimentarse de las gotas de rocío o de la lluvia de las tormentas, que, para goce suyo, ella misma se prepara con ayuda del cielo: ella es la siempre fiel y amante mitad del dios Sol; ¡quién sabe si en un comienzo no estaba todavía más estrechamente unida a él, y más tarde, por un decreto del todopoderoso Destino, fue separada de él, a fin de buscarlo, de aproximarse a él, y de alejarse de él nuevamente, llegando así, por el placer y la pena, al más alto grado de la belleza!

Tal fue el asunto de nuestra conversación. Te doy su sustancia, su espíritu. Pero sin la vida que lo anima, ¿qué es?

Anohecía y tuvimos que partir. ¡Buenas noches, ojos de mi ángel, pensé, y no tardes en aparecérteme, bello Espíritu divino, en tu serenidad y tu plenitud!

HIPERIÓN A BELARMINO

Dos o tres días después subieron para vernos. Dimos juntos varias veces la vuelta por el jardín. Diótima y yo nos encontrábamos abismados en nuestras reflexiones; la felicidad que yo sentía al ver a esta angélica criatura que caminaba tan humildemente a mi lado, me hacía subir las lágrimas a los ojos.

Llegados a la cima de la montaña, nos detuvimos

al borde para contemplar el espacio infinito que se extendía hacia el este.

Los ojos de Diótima se agrandaron, y dulcemente, como un capullo en flor que se abre, su bello rostro se adelantó como para beber la brisa que venía del cielo. Su lenguaje y su alma se confundían, y como si fuese a alzar su vuelo hacia las nubes, toda su persona, graciosamente tensa en una actitud de esbelta majestad, tocaba apenas la tierra con sus pies.

¡Oh, cómo habría querido entonces tomarla por los brazos, como el águila tomó a Ganimedes, y volar con ella sobre los mares y las islas!

En ese momento ella se adelantó y consideró la abrupta pared de rocas. Le gustaba medir con la vista la temible profundidad del abismo, y perderse con la mirada en los negros bosques, que allá en lo hondo, entre las masas de roca y los torrentes, pugnan por subir hacia las claras cimas.

La barrera contra la cual se apoyaba era bastante baja, de modo que pude sostener un poco a la deliciosa criatura mientras se inclinaba hacia adelante. ¡Dios mío, qué fuego, qué voluptuosidad, atravesó mi cuerpo tembloroso! ¡Qué tumulto, qué hervor de todos mis sentidos, y cómo ardían mis manos cuando la tocaba!

¡Y qué alegría sentirme allí, tan cerca de ella! ¡Y el temor pueril y dulce de que pudiera caerse, y el placer de presenciar el entusiasmo de la espléndida criatura!

¿Qué puede significar la obra realizada por los hombres a través de milenios, comparada con un minuto de amor? ¿No es lo más perfecto, lo más divinamente bello, de la naturaleza? A él es adonde, desde el umbral de la vida, conducen todas las gradas que subimos. Allí está nuestro origen, y allí nuestro fin.

HIPERIÓN A BELARMINO

Sólo una cosa quisiera poder olvidar: su canto, ese acento del alma, que nunca volvería a aparecer en mis sueños ininterrumpidos.

No se conoce la altiva belleza del cisne bogando sobre las ondas por haberlo visto dormitar a orillas del agua.

Del mismo modo, sólo en su canto podía reconocerse a la amada silenciosa, siempre tan poco dispuesta a hablar.

Entonces, y sólo entonces, mi divina taciturna aparecía a mis ojos en su belleza radiante y en su suavidad; y lo que sus labios finos y bermejos exhalaban en ese momento, parecía una orden de los dioses, o una oración, o una caricia. Y ¡cómo se agitaba el corazón a los acentos de esta voz divina! Todo lo que es grande y humilde, todo lo que constituye el gozo y las pesadumbres de la existencia, era embellecido por la nobleza de aquellos cantos.

Ella tomaba nuestras almas, la de todos, como la golondrina atrapa un insecto al vuelo.

No era placer, ni tampoco admiración, era la paz del cielo lo que derramaba en nosotros. Mil veces le decía, como me lo digo a mí mismo, que las cosas más bellas son también las más sagradas; y en ella todo era así. Como su canto, así era su vida.

HIPERIÓN A BELARMINO

Se sentía en su casa, en medio de las flores, tan bien, que parecía ella misma una de ellas.

Las nombraba a todas por sus nombres, y por amor de ellas dábales otros nuevos y más bellos, y sabía muy bien la época en que se abría cada una.

Como una hermana querida, hacia la que se adelantaban todos los seres que la aman para ser el primero en recibir su sonrisa, ella iba, silenciosa, los ojos y las manos ocupados, ensimismada en su felicidad, cuando yo la acompañaba por los prados o el bosque.

En su actitud no había nada rebuscado ni adquirido: todo era innato en ella.

Una cosa que es eternamente verdadera y que podrá observarse en todas partes, es que, cuanto más inocente y bella es un alma, más confiada se mostrará con los otros felices de este mundo, que pasan por no tener alma alguna.

HIPERIÓN A BELARMINO

Mil veces me he reído de esas gentes que creen que un espíritu elevado no puede saber cómo se prepara un plato de legumbres. Diótima era, desde luego, muy capaz, llegado el momento, de ocuparse cordialmente de las cosas del hogar, y nada más noble, se me antoja, que una noble doncella que mantiene la llama bienhechora para todos, y que, a ejemplo de la naturaleza, prepara los alimentos que nos regocijan el corazón.

HIPERIÓN A BELARMINO

¿Qué es toda esa ciencia aparente de que el mundo se siente tan orgulloso? ¿Qué, esa orgullosa libertad del pensamiento humano, comparada con los acentos naturales de este espíritu que no sabía lo que sabía, ni lo que era? ¿Quién no preferiría un racimo bien maduro y fresco, recién cogido de la parra, a las pasas que el comerciante comprime en una caja y expende a través del mundo?

¿Qué es la sabiduría contenida en un libro, comparada con la de un sabio?

Diótima parecía siempre decir muy pocas cosas, y decía, sin embargo, muchas.

Una tarde, al cerrar la noche, la acompañe hasta su casa; nubes menudas resbalaban furtivas por encima de los prados humedecidos por el rocío, y los celestes astros brillaban a través de las ramas de los árboles como genios en acecho. Rara vez se oía un "¡qué hermoso!" escapar de sus labios; aunque su alma impresionable percibía el más leve estremecimiento de una hoja y el más débil murmullo de la fuente.

Pero esta vez no pudo retener la exclamación: ¡qué hermoso!

"¡Sin duda por amor a nosotros!", dije, por decir algo, como habla un niño, mitad riendo, mitad en serio.

"Concibo muy bien lo que dices", me respondió; "me gusta representarme el mundo como una vasta familia en la que cada cosa viene a adaptarse naturalmente a la vecina, y donde cada uno vive para placer y alegría de los otros porque el corazón así lo quiere."

"¡Oh sublime, admirable fe!", exclamé.

Ella guardó silencio un instante.

"Entonces, nosotros también", agregué al fin, "somos hijos de una misma familia, lo somos y continuaremos siéndolo".

"Lo seremos siempre", respondió ella.

"¿Será así, realmente?", pregunté.

"Fío para ello en la Naturaleza", repuso ella, "como fío en ella cada día para todo lo demás".

Habría querido ser Diótima, cuando pronunció esas palabras. Pero tú no sabes, Belarmino, lo que ella me dijo; pues tú no has visto ni has oído nada semejante.

"Tienes razón", exclamé, "la Naturaleza, en su eterna belleza, no tolera pérdida alguna, como tampoco tolera adición alguna. Su atavío puede, sí, tomar hoy un aspecto diferente del que tendrá mañana, pero lo que nosotros tenemos de mejor, es decir, nosotros mismos, ella no puede prescindir de ello, y aún menos de nosotros mismos. Tenemos fe en una vida eterna porque nuestra alma siente la belleza de la Naturaleza. Ésta sería fragmentaria, no sería divina y perfecta, si tú faltaras en ella... No merecería que le dieras tu corazón, si tuviera que sonrojarse de tus aspiraciones."

HIPERIÓN A BELARMINO

No he visto nunca persona tan modesta ni tan moderada en sus deseos.

Como las riberas de las Islas Afortunadas son bañadas por las olas del Océano, la paz de que gozaba esta encantadora criatura era batida por las olas agitadas de mi alma.

Y yo sólo tenía para ofrecerle esta alma llena de violentas contradicciones y dolorosos recuerdos; sólo tenía para darle mi amor sin límites, con sus mil preocupaciones y sus mil tumultuosas esperanzas; en tanto que ella... ella se mostraba a mí en su inmutable belleza, en su sonriente perfección, sin esfuerzo, y todas las nostalgias, todos los sueños que pueden nacer en el espíritu de un mortal, sí, todo lo que en las horas doradas de la mañana, en las altas esferas, el genio anuncia, todo se hallaba realizado en esta alma apacible.

Se dice comúnmente que toda lucha cesa más allá de los astros, y se nos promete que, en lo venidero, toda nuestra existencia, como un vino transformado por la fermentación en néctar delicioso,

conocerá solamente las más nobles alegrías. Pero esa paz del alma de los bienaventurados, ¿quién sueña con buscarla aquí abajo? Yo sé ahora que las cosas pueden ser de otra manera. He tomado el camino más corto. En pie ante ella, he visto y he oído la paz del cielo, y fué en medio del caos de las almas suspirantes cuando Urania se me apareció.

¡Cuántas veces he ahogado mis quejas contemplando ese cuadro! ¡Cuántas he apaciguado los ardores delirantes de mi temperamento y los ímpetus de mi espíritu, cuando, sumergido en las más dulces reflexiones, veía el fondo de su corazón, como a través del agua pura de una fuente que se estremece al contacto del cielo cuando éste deja caer sobre ella sus gotas plateadas!

Su alma era mi Leteo, mi Leteo sagrado, donde yo bebía el olvido de la vida. En su presencia, yo era un ser inmortal; no me sentía, de gozo. Y lo mismo que uno se ríe de las pesadillas que lo acosaron cuando dormía, así sonreía yo al pensar en todas las cadenas que me habían oprimido.

¡Ah, qué feliz habría sido, y qué hombre excelente habría llegado a ser a su lado!

¡A su lado! Pero ello no pudo ser, y heme ahora condenado a vagar como un alma en pena, a buscarme sin hallarme nunca, a ignorarme como ignoro cuanto me rodea.

Mi alma era como un pez que, salido de su elemento y arrojado a la orilla, salta y se agita, hasta que muere y se seca al calor del aire. ¡Dios mío, si quedara en este mundo alguna cosa a que pudiera consagrarme! Si pudiera emprender algún trabajo, o guerrear, ¡cómo me confortaría!

Cuéntase que, un día, unos niñitos, arrancados al seno de sus madres y abandonados en el desierto, fueron amamantados por una loba.

Mi corazón no tendrá esa suerte.

HIPERIÓN A BELARMINO

Puedo hablarte de ella sólo de vez en cuando y muy brevemente. Necesito olvidar todo lo que ella es para poder siquiera hacer alusión a ella. Tengo que representármela como si hubiera vivido en los tiempos más remotos, como si de oídas hubiera sabido algunos detalles de ella, si no quiero que su retrato vivo se apodere de mí y me consuma de éxtasis y de dolor, si no quiero morir de alegría por ella, o de pesar a causa de ella.

HIPERIÓN A BELARMINO

Es en vano que trate de ocultármelo. Cualquier lugar que busque para huir con mis pensamientos, a los cielos o al fondo de los abismos, al comienzo o al fin de los tiempos, que me eche en brazos del sublime y misterioso Espíritu del mundo que fue siempre mi último refugio, que me libraba por lo general de cada uno de mis cuidados, y donde se manifestaba destruía con su llama todas las alegrías y todos los dolores de mi existencia; que me sumerja en sus profundidades como en un mar sin fondo: ni allí mismo podré escapar al dulce pavor, a los turbadores y mortíferos terrores que se apoderarán de mí cuando pienso que junto a mí está la tumba de Diótima.

¿Lo oyes? ¿Lo oyes? ¡La tumba de Diótima!

Mi corazón, sin embargo, se había serenado; mi amor estaba enterrado con la muerta a quien amaba.

Bien sabes, querido Belarmino, que durante largo tiempo no te escribí acerca de ella, y cuando lo hice, fué, creo, con moderación.

Y, ahora, ¿qué me pasa?

Voy a la playa y miro en dirección a Calauria, donde ella reposa, en la otra ribera, y ello me trastorna.

¡Pero que nadie me preste una canoa, que nadie tenga piedad de mí, que nadie me ofrezca un remo, para ayudarme a ir hacia ella!

¡Y que la mar misma, mi amiga, no quede en calma, para que yo corte el madero sobre el que bogaría hacia ella!

¡Ah, yo me lanzaría a las aguas enfurecidas, suplicando a las olas que me arrojaran a la playa de Diótima!...

¡Mi hermano querido!: para consolar mi pobre corazón, apelo a todos los recursos imaginables, empleo más de un narcótico. Más valdría, sin duda, librarme de mis males una vez por todas que recurrir a paliativos; pero ¿quién no obraría como yo? Y, después de todo, me avengo a mi estado; estoy casi contento de él.

¿Contento? ¡Ah, no estaría mal que así fuera! Habría encontrado el remedio a una dolencia que los dioses mismos no pueden curar.

¡Y ahora, ahora! ¡He hecho cuanto podía hacer!
¡Que el Destino me devuelva mi alma!

HIPERIÓN A BELARMINO

¡Oh vosotras, hermanas del Destino! Decidme, ¿no era mía ella? ¡Pongo por testigos las puras fuentes y los árboles inocentes que nos escucharon, la luz del día y el azul del cielo! ¿No era mía, no estaba unida a mí en todos los tonos de la vida?

¿Dónde está el ser, que como yo la reconoció? ¿En qué espejo se concentraron como en mí los rayos de aquella luz? ¿No se aterró de alegría ante su propio esplendor, cuando por primera vez tuvo

conciencia de él en mi alegría? ¡Ah!, ¿dónde está el corazón que como el mío la llenaba y estaba lleno de ella? ¡El único que la rodcaba y protegía como las pestañas al ojo!

No éramos sino una sola flor, y nuestras dos almas vivían una en la otra como la flor cuando ama, que oculta sus dulces goces en el fondo de su cáliz cerrado.

Y, a pesar de esto, ¿no me fue arrebatada y arrojada al polvo como una corona usurpada?

HIPERIÓN A BELARMINO

Aun antes de darnos cuenta el uno o el otro, nos pertenecemos. Cuando, cediendo al peso abrumador de la felicidad y con el corazón lleno de adoración, permanecía silencioso ante ella y toda mi vida pasaba por la llama de mis ojos que sólo a ella veían, envolviendo sólo a ella, y ella me contemplaba con una ternura en que se traslucía una leve duda, preguntándose a qué objeto podían prenderse mis pensamientos; cuando, ebrio del placer de verla tan hermosa, la miraba furtivamente, ocupada en los trabajos domésticos, y mi alma volaba en torno de ella rozándola como la abeja roza una ramita vacilante, prendiéndose a sus más menudos gestos y ademanes; cuando la bienamada, tranquila y sonriente, se volvía hacia mí, y su sorpresa al ver mi alegría me obligaba casi a disimularla, y volvía luego a sus ocupaciones, en las que buscaba y hallaba la paz del alma...

Cuando ella, a quien se habría creído con el don de leer en el fondo de las almas, me descubría a mí mismo cada una de las vibraciones, armoniosas o discordantes, de lo más íntimo de mi ser aun antes de que yo las advirtiera, y aun antes de producirse;

cuando ella, que veía en mi frente la sombra de la más leve nube, de la más tenue melancolía, que distinguía en mis labios el más fugaz acceso de orgullo y la chispa más insignificante en mi mirada; cuando ella, que acechaba cada palpitación de mi corazón y sentía de antemano las horas de inquietud, en tanto que mi espíritu indisciplinado y demasiado pródigo de sí mismo se consumía en abundantes discursos; cuando aquella encantadora criatura, más fiel que un espejo, delataba todos mis cambios y mudanzas en el rostro y a menudo, movida del pesar que le causaba la versatilidad de mi carácter, me reprendía y castigaba como a un niño al que se quiere...

¡Ah!, cuando pienso que una vez, oh tú, la más pura de las criaturas, contaste con tus dedos los pedruzcos de la escalera que conducía de nuestra montaña a tu morada, y me mostraste los lugares por los cuales solías pasear y donde te sentabas, y me referiste cómo había transcurrido tu tiempo, y acabaste por decirme que ahora te parecía que yo había estado siempre allí.

Dime: ¿no nos pertenecíamos ya desde hace largo tiempo?

HIPERIÓN A BELARMINO

Elevo una tumba a mi corazón para que pueda descansar en ella; me encierro en mi corazón como los gusanos de seda, pues por todas partes reina el invierno; me abrigo antes de la borrasca en mis recuerdos de felicidad.

Una vez estábamos sentados con Notara —tal era el nombre del amigo en cuya casa habitaba— y algunos otros que como yo pertenecían a la categoría de los originales de Calauria, en el jardín de Diótima,

bajo los almendros en flor y hablábamos de la amistad. Yo había pronunciado pocas palabras; desde hacía algún tiempo trataba de hablar lo menos posible de cuanto atañía a las cosas del corazón. Gracias a mi querida Diótima me había vuelto tan reservado.

“En vida de Harmodio y de Aristogitón”, acabó exclamando uno de nosotros, “aún se conocía la amistad en esta tierra”. Esas palabras me habían causado demasiado placer para que yo pudiera seguir callado.

“¡Deberíamos tejerte una corona por lo que acabas de decir!”, exclamé dirigiéndome a él: “pero ¿tienes realmente una idea de lo que fue la amistad de Aristogitón y de Harmodio, una comparación en que apoyarte? No te enojés conmigo, pero, ¿por el azul del cielo!, para saber cómo Aristogitón quiso a su amigo, sería preciso empezar por ser Aristogitón en persona, y el que pretendiera ser querido como el amigo de Aristogitón no debería, sin duda, temer el rayo; pues mucho me sorprendería que ese terrible mancebo no hubiera querido con la severidad de un Minos. Pocos han resistido pruebas de ese género, y no es más fácil ser amigo de un semidiós que permanecer sentado como Tántalo a la mesa de los dioses. Pero tampoco nada hay más hermoso en esta tierra que dos hombres de carácter altivo consagrados íntegramente, como estuvieran ellos, el uno al otro.

”Es también mi esperanza y mi alegría en las horas de soledad, que día volverá en que esos poderosos acordes, y aún más poderosos, si cabe, resonarán en la sinfonía del universo. Durante milenios el amor dio nacimiento a los seres humanos; la amistad los hará renacer. Antes, la armonía entre los pueblos se hizo primero como entre los niños; en adelante, será la armonía de los espíritus la que marque el comienzo de una nueva era. Los hombres han empezado a la

manera de las plantas; crecieron y crecieron hasta la madurez, y luego comenzaron a corromperse sin cesar por dentro y por fuera, hasta el día en que toda la especie, en disolución definitiva, no formó sino un caos. De modo que, todos los que aún son capaces de sentir y de ver, son presa del vértigo; pero, felizmente, la belleza se evade de la vida humana hacia las cumbres del espíritu; el ideal reemplaza a lo que era la naturaleza y aunque el árbol esté seco y podrido en la base, una rama vigorosa y fresca ha retoñado, y reverdece a los rayos del sol, como hiciera el tronco en los tiempos de su lozanía. Lo ideal es lo que la Naturaleza fue. En ese ideal, divinidad rejuvenecida, se reconocen hoy algunos hombres, que no son en realidad sino uno solo, puesto que llevan en sí un mismo ideal, y de ellos y de éste data la nueva era del mundo. Créo haber dicho lo bastante para explicar claramente lo que pienso".

Hubieras visto entonces a Diótima saltar de su asiento y tenderme las dos manos exclamando: "¡Te he comprendido, amigo mío, he comprendido todo lo que has dicho!..."

El amor ha engendrado el mundo y la amistad lo hará renacer.

Y entonces, oh vosotros, los futuros, los nuevos Dioscuros, cuando paséis por el lugar donde Hiperión dormirá para siempre, deteneos un instante, deteneos pensando en los despojos del hombre por todos olvidado y decíos: "Si hoy viviera, sería de los nuestros".

¡Yo he oído esas palabras, mi querido Belarmino, he comprendido su valor y no me he dado la muerte!

Sí, sí, recompensado fui de antemano; mi vida alcanzó su meta. Sólo un dios habría podido soportar una alegría más intensa; no yo.

HIPERIÓN A BELARMINO

Si me preguntas cómo estuve todo este tiempo, te responderé que como el que ha perdido, queriendo ganarlo, todo.

A menudo, es verdad, cuando dejaba los árboles de Diótima, me sentía como un hombre embriagado de su victoria; y para no dejar ver ninguno de mis pensamientos, obligado a alejarme de ella a toda prisa: a tal punto me sentía exaltado por el gozo que me henchía, por el orgullo, por la creencia entusiasta de que Diótima me amaba.

Entonces, escalaba las más altas cimas para respirar en ellas el aire; como un águila cuyas alas sangrantes acaban de curarse, mi espíritu levantaba libremente el vuelo, y como si el mundo visible le perteneciera, lo abrazaba entero. ¡Cosa extraña! Parecíame a menudo que todos los seres se purificaban en mi llama y se fundían juntos como el oro, y que ellos y yo nos tornábamos de esencia divina, a tal punto me sentía agitado por la alegría de que estaba henchido. ¡Cómo levantaba en mis brazos a los niños, para estrecharlos contra mi corazón conmovido, y cómo saludaba a las plantas y a los árboles! Hubiera querido disponer de un sortilegio para reunir en un dócil rebaño a los tímidos ciervos y a todos los pájaros salvajes del bosque, y alimentarlos generosamente, tan inclinado me sentía, en mi transporte amoroso, a amarlo todo.

Pero poco tiempo después todo se extinguía en mí como una luz que se apaga, y silencioso y triste como una sombra, quedé buscando en vano a la que había sido mi vida y había desaparecido. No quería quejarme; pero no quería tampoco consolarme. Ahuyenté lejos de mí la esperanza, como un lisiado arroja con disgusto sus muletas; me daba vergüenza verter

lágrimas, y me daba vergüenza estar en este mundo. Sin embargo, mi orgullo terminaba con una crisis de lágrimas; el dolor, que habría querido negar, empezaba a serme grato, y lo estrechaba contra mi pecho como a un niño.

¡No! ¡No!, gritaba mi corazón; Diótima mía, esto no hace daño. Conserva tu paz, y déjame seguir mi ruta. ¡Que nada venga a turbarla, oh mi lucero hermoso! ¡Aun cuando, por encima de ti, todo fermenta y se oscurezca!

¡Haz que tus rosas no se marchiten, oh Juventud bienaventurada y divina! ¡Que las aflicciones de esta tierra no mustien tu belleza! Mi alegría es que tú, vida mía, continúes llevando en tu seno la serenidad del cielo. Que no te falte nada, ¿me entiendes?: nada; es preciso que no sientas en ti la pobreza del amor.

Y cuando, en seguida, descendía otra vez hacia ella, habría podido pedir a la brisa y leer en las nubes que pasan lo que iba a sentir una hora después. Y ¡qué alegría para mí, cuando por el camino encontraba un rostro amigo que me lanzaba con voz afable el saludo habitual: “¡buen día!”

Cuando una chicuela que venía del bosque me ofrecía venderme un cestillo de fresas, con el ademán del que hace un regalo, o un campesino, ocupado en coger cerezas, me preguntaba desde la copa del árbol si quería un puñado para probarlas, todo ello eran buenos presagios para mi pobre corazón supersticioso.

¡Qué bien me hacía cuando, al borde del camino por el que bajaba, veía abierta alguna de las ventanas de la casa de Diótima! Tal vez, me decía, no hace mucho ella estaba asomada a ella.

Y he aquí que me encontraba de repente ante ella, sin aliento y vacilante, comprimiéndome el corazón con las dos manos para no sentir demasiado sus

palpitaciones. Como un nadador arrastrado por la violencia de la corriente, mi espíritu luchaba desesperadamente para no hundirse en aquel océano de amor.

“¿De qué hablaré?”, le decía entonces, faltándome el aliento; “a veces cuesta mucho trabajo hallar un asunto en que fijar el pensamiento”.

“¿Vuela éste todavía por los aires?”, me respondía; “harías bien en ponerle un poco de plomo en las alas; o, como hacen los niños con sus cometas, en atarlo con un hilo para que no se te escape”.

Con una chanza de este género la deliciosa criatura trataba de sacarnos a mí y a ella del trance; pero no lo conseguía.

“¡Bueno, bueno!”, exclamaba yo, “como quieras... ¿Te leo algo? Tu lira debe estar todavía templada desde ayer... pero no tengo a mano nada que leer”.

“Más de una vez”, decía ella, “me has prometido contarme algo de tu existencia; éste sería el momento”.

“Es verdad”, le respondí un día; y mi corazón se precipitó sobre el tema. Le hablé, pues, como a tí, de Adamas, de mi vida solitaria en Esmirna, de Aiabanda. Le conté cómo fui separado de él, y cuán mal incomprensible que me afligió antes de mi llegada a Calauria... “Y ahora ya sabes todo”, le dije con voz tranquila, cuando hube concluido; “en adelante ya no correré el riesgo de escandalizarte con tanta frecuencia; pues tú te dirás”, agregué sonriendo: “no nos burlemos de este Vulcano, si cojea es porque en dos ocasiones los dioses lo han precipitado del cielo a la tierra.”

“¡Calla!”, dijo con voz ahogada, ocultando sus lágrimas en su pañuelo. “Calla, te lo ruego, y no ridiculices tu destino ni tu corazón; pues a uno y otro los comprendo mejor que tú.”

"¡Pobre, pobre Hiperión! Estás realmente más enfermo de lo que crees."

"¿No sabes", prosiguió, elevando la voz, "no sabes lo que te consume y lo que te hace falta? ¿No sabes lo que buscas en vano, como Alfeo buscaba a su Aretusa, ni cuál de los dos duelos que llevas te aflige más? No hace mucho que desapareció el objeto que los causaba; sería difícil decir exactamente en qué época existió o cuándo cesó de ser; pero existió, existe todavía, y es en ti donde se encuentra. Lo que tú buscas es tiempos mejores, un mundo más bello. Lo que abrazas en tus amigos es únicamente ese mundo, y ese mundo es lo que tú eras con ellos."

"Había nacido con Adamas y murió con él. Con Alabanda su luz se mostró a tus ojos por segunda vez, pero más cálida, más ardiente, y por eso fue por lo que tu alma, cuando él dejó de estar contigo, se halló rodeada de tinieblas."

"¿No comprendes, ahora, por qué la menor duda sobre Alabanda tenía forzosamente que sumirte en la desesperación? ¿Por qué lo rechazaste? ¿Por qué no era, como tu querías, un dios?"

"Créeme, Hiperión, no eran hombres lo que tú querías: era un mundo. ¡La desaparición de todos esos siglos de la edad de oro, tales como te los representabas, es decir, referidos por ti a un solo instante de felicidad, ese espíritu, quintaesencia de todos los espíritus de los tiempos mejores, esa fuerza, suma de las fuerzas de todos los héroes, todo eso, un solo ser, un simple mortal, debía dártelo! ¿Ves ahora cuán pobre y cuán rico eres? ¿Por qué eres tan valiente y tan pusilánime? ¿Por qué la alegría y el sufrimiento alternan en ti de tan temible modo?"

"La razón es que posees, a la vez, todo y nada, porque la imagen de los días dorados que deben venir está en ti, sin estar a tu alcance, porque eres un simple ciudadano en las regiones donde reinan la

equidad y la belleza, y eres un dios entre los dioses en los bellos sueños que tienes despierto, y porque, cuando se disipan, te hallas de nuevo en la Grecia moderna."

"¿Dos veces, decías? Pero no. ¡Setenta veces por día eres precipitado del cielo a la tierra! ¿Te descubriré el fondo de mi pensamiento? Temo que en estos tiempos no resistas a los golpes del Destino. Harás todavía muchas tentativas, tú..."

"¡Oh Dios! ¡Y tu último asilo será una tumba!"

"¡No, Diótima", exclamé, "no, por el Cielo! ¡Eso no sucederá! Mientras un son armonioso acaricie mis oídos, yo no temeré el gran silencio de los bosques bajo las estrellas; mientras haya un sol para alumbrarme y exista Diótima, no temeré las tinieblas."

"¡Doblemos a muerto por todas las virtudes! ¡Sólo tú existes, tú sola, el himno de mi corazón, tú, amor mío, en quien hallaré la vida inmortal cuando todo se extinga y se marchite!"

"¡Oh Hiperión!", exclamó ella, "¿qué estás diciendo?"

"Hablo como tengo que hablar. Yo no puedo, Diótima, ocultarte ya mi felicidad, mi temor y mis cuidados... Tú sabes, tú debes saberlo desde hace mucho tiempo: que naufragaré si no me tiendes la mano."

Ella quedó sorprendida, turbada.

"¿Y es en mí", dijo, "en mí donde Hiperión cree poder apoyarse? Sí, yo lo quiero, y ahora, por primera vez, quería ser más que una simple mortal; pero yo seré para ti lo que puedo ser."

"¡Oh, entonces tú eres todo para mí!", exclamé.

"¿Todo? ¡Hipócrita! ¿Y la humanidad, que es, al fin y al cabo, lo único que amas?"

"¿La humanidad?", le dije. "Quisiera que la humanidad hiciera de ti, Diótima, su divisa y reprodujese tu retrato en su estandarte, con estas palabras:

¡hoy es la divinidad quien vence! ¡Ángel celestial!
¡Qué triunfo ese día!"

"¡Vete", me dijo, "vete y muestra al cielo tu transfiguración! No debe tener lugar tan cerca de mí.

"¿Verdad que te alejarás, mi querido Hiperión?"

Obedecí. ¿Quién en mi lugar no habría obedecido? Me alejé. De ese modo me separé de ella. ¡Oh Belarmino! ¡Qué alegría en mí, qué paz, qué calma divina, qué felicidad celeste, maravillosa, sin mezcla!

Las palabras aquí ya no tienen sentido, y quien tratara de expresar esa felicidad mediante una imagen, jamás lo conseguiría. La única cosa capaz de traducir un gozo tan intenso, era el canto de Diótima, cuando su voz, manteniéndose entre las notas graves y las agudas, resonaba como una cascada de oro. ¡Oh vosotras, encantadoras riberas del Leteo! ¡Oh vosotros, senderos crepusculares de los bosques del Eliseo! ¡Oh vosotros, lirios que crecéis en los valles, al borde de los arroyos! ¡Oh vosotras, guirnaldas de rosas de la colina! Yo reo en vosotros, en esta hora de amor, y digo a mi corazón: "La volverás a encontrar allá abajo, a ella y a todas tus alegrías perdidas."

HIPERIÓN A BELARMINO

Tengo que hablarte ahora, y siempre, de mi felicidad. Tengo que templar mi corazón en las alegrías del pasado, hasta que se haga tan duro como el acero; tengo que practicar esas alegrías, hasta volverme invencible.

¡Ah, cuántas veces ellas caen sobre mí como el filo de una espada! Pero, entonces, gozo de esa espada hasta habituarme a ella; pongo mi mano en el fuego hasta que lo soporto como si fuese agua.

No quiero desfallecer. ¡No, seré fuerte! No quiero

disimularme nada. De todas las felicidades, invocaré la más grande, la que emana de la tumba. Es inconcebible cómo el hombre sienta un sentimiento de temor en presencia de lo que hay de más bello: pero así es.

¡Oh!, yo mismo, ¿no huí cien veces, al acercarse esos instantes, la voluptuosidad mortal de mis recuerdos, y no aparté de ellos la mirada, como el niño aparta sus ojos de los relámpagos? Y sin embargo, en este espléndido jardín del mundo no crece nada más delicioso que mis alegrías; y en el cielo y sobre la tierra nada hay más noble que mis alegrías.

Pero sólo a ti, mi querido Belarmino, a un corazón libre y puro como el tuyo, cuento esto. Aunque desde luego no seré tan pródigo como el sol con sus rayos; pues no me avengo a esparcir mis perlas ante la muchedumbre imbecil.

Después de mi última conversación sobre las cosas del alma, cada día me conocía menos bien que el día antes. Sentía como si entre Diótima y yo hubiese ahora un secreto.

Me asombraba, y soñaba. Lo que pasaba en mi alma era como si, al dar las doce de la noche, un espíritu se me apareciese para que yo le hiciera compañía. ¡Qué extraña mezcla de felicidad y de melancolía es, en verdad, la revelación que se nos hace así de estar para siempre condenados a vivir al margen de nuestra existencia habitual!

Nunca más conseguí ver a Diótima a solas. Siempre había un tercero que nos estorbaba y nos separaba, de suerte que entre ella y yo había siempre algo como un vacío infinito: el mundo. Así transcurrieron seis días mortales, sin que yo pudiera saber nada de ella. Habriase dicho que los otros, los que se movían en torno nuestro, me paralizaban los sentidos, anulando toda mi existencia exterior, a fin de que mi alma, cautiva, no hallase camino hacia ella.

Si la buscaba con los ojos, tinieblas era lo que se ofrecía a mis miradas; si quería decirle una palabra, la palabra se helaba en mi boca.

¡Ah!, a veces el ardor del deseo sagrado e indecible que sentía me desgarraba el pecho, y el amor, con su violencia, rugía en mí como un titán encadenado. Jamás mi espíritu había sacudido con tanto furor y encarnizamiento las cadenas que la suerte le forjara, ni me había rebelado con tanta obstinación contra la implacable ley que, separándonos, me impedía unir mi alma al alma bienamada.

La noche constelada se había vuelto mi elemento. Cuando el silencio reinaba en todas partes como en el seno de la tierra donde se forma el oro misteriosamente, entonces recomenzaba a revivir mi amor en lo que tenía de más bello.

En esos momentos la poesía recobraba sus derechos sobre mi corazón, y ella me decía cómo el espíritu de Hiperión se había regocijado a las puertas del Eliseo con su dulce Diótima antes de bajar a esta tierra, en las delicias de la infancia, al borde de la fuente de aguas armoniosas, a la sombra de los árboles de ramas embellecidas por los reflejos de un agua dorada, como los que se ven aquí abajo.

Y lo mismo que para el pasado, se abrían en mí las puertas del porvenir.

Entonces volábamos, Diótima y yo; nos íbamos, como las golondrinas, de la primavera de un mundo a la de otro, cruzando las inmensas regiones solares, para llegar a otras islas celestes, a las playas doradas de Sirio, al valle de los espíritus de Arturo...

¡Nada más deseable que beber las alegrías de este mundo en la misma copa que la bienamada!

Semiembriagado por las dulces consejas de mi infancia, que me cantaba a mí mismo, me dormía con el espíritu poblado de fantasmas magníficos.

Pero cuando, a los primeros rayos del sol, la vida

de la tierra se reanimaba, levantaba los ojos al cielo buscando mis sueños de la noche, ¡ay!, como las estrellas del firmamento, habían desaparecido, no dejando otro rastro en mi alma que la voluptuosidad de la melancolía.

Yo lloraba esos sueños; pero creo que entre los bienaventurados se vierten también lágrimas semejantes a las mías. Ellas eran mensajeras de alegría, como el alba naciente que hacía se abriesen las rosas innumerables.

Los calores de un día de verano habían retraído todo a la oscuridad de la sombra; alrededor de la casa de Diótima reinaban también el vacío y el silencio, y las cortinas, celosas de mi felicidad, atajaban en todas las ventanas mis miradas.

Vivía pensando sólo en ella. ¿Dónde estás?, me decía, ¿dónde mi espíritu solitario te hallará, dulce criatura? ¿Tienes los ojos perdidos en el vacío y sueñas? ¿Has dejado tu trabajo y permaneces con el codo apoyado en la rodilla y la cabeza posada en tu mano? ¿Te abandonas, también tú, al curso de tus pensamientos agradables?

¡Que nada venga a turbar el reposo de mi bienamada, cuando su corazón se reanima en dulces ensueños; que nada toque a este bello racimo de uvas haciendo caer el rocío que refresca sus bayas delicadas!

Así pensaba yo. Mis pensamientos la seguían siempre entre los cuatro muros de la casa, mientras mis piernas corrían hacia ella en otra dirección y, antes de que me diera cuenta, me encontraba ya marchando bajo la verde bóveda del bosque sagrado, detrás del jardín de Diótima, donde la vi por primera vez. Pero ¿qué me pasaba entonces? Todos aquellos árboles, desde que yo frecuentaba aquellos lugares, se me habían vuelto familiares; y ahora me sentía transportado por una fuerza invisible, como

si hubiera marchado en pos de Diana, para ir a morir ante la Divinidad de aquellos lugares.

Continué, sin embargo, mi camino. A cada paso sentía más y más la transformación que se cumplía en mí. Mi corazón me acuciaba a tal punto que habría querido tener alas para volar, pero era como si tuviese plomo en los pies. Mi alma, escapándose de su envoltura terrestre, había tomado la delantera. Había perdido el sentido del oído y todas las formas se nublaban y vacilaban ante mis ojos. Mi espíritu se encontraba ya junto a Diótima; la copa del árbol jugaba ya con los rayos de la aurora mientras las ramas bajas estaban todavía sumergidas en el frío crepúsculo.

"¡Ah! ¡Mi Hiperión!", me gritó una voz. Me precipité en su dirección: "¡Diótima! ¡Diótima mía!" No pude decir más, me faltó el aliento, perdí el conocimiento.

¡Desvanécete, desvanécete, vida mortal, miserable empresa en que el espíritu solitario se pasa el tiempo considerando y contando los cuatro céntimos que ha reunido! ¿No estamos todos llamados a participar en los goces de la divinidad?

Aquí hay una laguna en mi existencia. Morí, y cuando volví a la vida me encontré sobre el corazón de aquel ángel divino.

¡Oh vida de amor! ¡Cómo habías florecido a su contacto! La deliciosa criatura reposaba, ligeramente adormecida por los cantos de los genios propicios, su encantadora cabecita sobre mi hombro, una sonrisa angelical en los labios, mientras sus bellos ojos de azur se alzaban hacia mí con la expresión de gozoso asombro de quien por primera vez pasea sus miradas por el mundo.

Largo tiempo permanecimos así, olvidados de nosotros mismos, en ese estado de deliciosa contemplación, ambos perdida la conciencia de lo que nos su-

cedía, hasta que, no pudiendo contener el gozo de mi corazón desbordante, comencé a derramar lágrimas, y a expresar mi arrobamiento con sonidos que me devolvieron el uso de la palabra y acabaron por sacar a mi silenciosa divinidad de su dulce éxtasis.

Pudimos mirar al fin en torno de nosotros.

"¡Oh mis viejos árboles!", exclamó Diótima, como si hiciera largo tiempo que no los hubiese visto. Y el recuerdo de los días anteriores, pasados en la soledad, se mezclaba a su alegría, como las sombras que danzan sobre las nieves immaculadas, cuando el sol poniente las empurpura con sus rayos.

"¡Ángel del paraíso!", exclamé, "¿quién podrá jamás leer en ti? ¿Quién podrá lisonjearse de haberte comprendido por entero?"

"¿Te asombras tal vez", me respondió ella, "de que te quiera como te quiero? ¡Mi bien amado, tan humilde y tan orgulloso a la vez! ¿Soy, acaso, también yo, de las que no pueden creer en ti? ¿No te he sondeado? ¿No soy la que reconoció el genio en las nubes que lo envolvían?"

"Acostumbras velarte y no verte, soy yo la que te obligaré a salir de ti mismo, yo la que te evocaré, yo..."

"Pero, ¡qué digo!, ya él se ha levantado como un astro; ha roto su envoltura y aparece como un bello día de primavera; ha brotado como una fuente cristalina de una gruta oscura; ya no es el sombrío Hiperión, ya no es esa tristeza huraña..., ¡oh tú, mi niño querido y prodigioso!"

Me parecía como si todo ello fuera sólo un sueño. ¿Cómo habría podido creer en tal prodigio del amor? Y, de haber podido, la alegría me habría matado.

"¡Oh divina!", exclamé, "¿es a mí a quien hablas? ¿Puedes tú, tesoro de abnegación, inmolarte

así? ¿Es verdad que soy yo la causa de esa alegría? ¡Ah!, ahora veo, sé lo que ya sospechaba: que el hombre es la envoltura bajo la cual a menudo un dios se oculta, un cáliz en el que el cielo vierte su néctar para que sus hijos gusten lo mejor que tiene..."

"¡Oh, sí, sí!", dijo ella, acompañando con una sonrisa el tono entusiasta de su voz, "tu hermano, el magnífico Hiperión del cielo, habita en ti".

"Déjame", le respondí, "déjame ser tuyo, déjame olvidarme, deja que todo lo que piensa y vive en mí vuele hacia ti sola, sólo hacia ti, para contemplarte sin cesar! ¡Oh Diótima!, así estaba yo en otro tiempo ante la deliciosa imagen apenas esquiada que mi amor se creaba, ante el ídolo de mis sueños solitarios. Yo lo mantenía, lo animaba con mi propia vida, lo sustentaba con las esperanzas de mi corazón; pero él sólo me daba lo que yo le había dado, y cuando ya no tuve más, él me dejó en la miseria; mientras que, ahora, eres tú la que tengo en mis brazos, tú cuyo aliento me envuelve, cuya mirada siento en mi mirada; tu presencia, oh mi belleza, está en todos mis sentidos. ¿Cómo es posible que resista tanta felicidad? Lo más maravilloso que existe, lo poseo, y no tiemblo... ¿Es posible? ¡Ya no soy el de antes, Diótima! Me he vuelto tu igual, y ahora lo divino juega con lo divino, como los niños entre ellos..."

"Sí, pero es preciso que estés un poco más tranquilo."

"¡Tienes razón, amor mío!", exclamé alegremente. "Si no, las Gracias no se mostrarían; y en el Mar de la Belleza, no vería ya sus dulces gestos y ademanes. Pero he de aprender a mirarte bien para conocer todo lo que hay en ti; dame solamente tiempo."

"¡Adulador!", dijo ella. "Pero, por hoy, basta; la

nube de oro del poniente me lo ha prevenido. ¡Oh, no llores! ¡Conserva esta alegría en toda su pureza, consérvala para ti y para mí! Haz que resuene en ti hasta mañana; no la mates con un acceso de pesar... Las flores del corazón requieren ser cuidadas con amor. Sus raíces están en todas partes, pero sólo prosperan en una atmósfera de alegría. Adiós, Hiperión."

Y se apartó de mí. Todo mi ser se inflamó cuando ella se alejaba así bajo mi mirada y desapareció, radiante de belleza.

"¡Oh mi amor!", exclamé, precipitándome tras ella, y poniendo toda mi alma en los besos con que cubría sus manos.

"¡Dios mío!", dijo ella. "¿Qué será entonces en el porvenir?"

Estas palabras me hirieron. "Perdóname, celeste criatura", le dije. "Ya me voy; buenas noches, Diótima. Piensa todavía un poco en mí."

"En ti pienso", me dijo. "Buenas noches."

Y ahora, mi querido Belarmino, no agregaré palabra alguna. Sería demasiado para mi corazón, tan puesto a prueba ya. Me siento completamente trastornado. Pero voy a ir a acostarme entre las plantas, al pie de los árboles, y a rogar que la Naturaleza me dé, como a ellas, la paz.

HIPERIÓN A BELARMINO

Así nuestras dos almas continuaban viviendo cada vez más libres y más felices, y en nosotros y alrededor de nosotros todo contribuía a que reinara la paz más armoniosa. Todo se había de tal manera espiritualizado en un sentimiento de fuerza, de amor y de alivio, que diríase que el viejo mundo había cesado de existir y uno nuevo había nacido con nos-

otros. Y nosotros, y todos los seres, unidos como en un solo coro de mil voces inseparables, bogábamos a través del azur infinito.

Nuestras conversaciones transcurrían como esas aguas azul celeste en las que se ve espejarse aquí y allá la arena dorada, y nuestros silencios eran como los que reinan en la cima de la montaña, o en la impresionante soledad de las altas regiones, muy por encima del dominio de las tempestades, donde el audaz viajero no siente sino el aire deliciosamente puro que sopla dulcemente sobre su cabellera.

¡Y esa tristeza, tres veces santa, cuando, en medio de nuestros transportes, sonaba la hora de la separación, y yo exclamaba: "¡Volvemos a ser mortales, Diótima!"... y ella me decía: "La Muerte no es más que un erobauco, como esos colores que tiemblan ante nuestros ojos cuando hemos mirado largo rato el sol".

¡Ah, Belarmino! ¡Ah, todos esos deliciosos y dulces juegos del amor! ¡Esos pequeños discursos esmaltados de lisonjas, esos signos de solicitud, esas susceptibilidades, esa seriedad, y esa indulgencia!

¡Y esa facilidad con que nuestros pensamientos se penetran mutuamente, y la sinceridad sin límites en la que nos glorificamos a nosotros mismos!

Sí, ciertamente el hombre que ama es un sol que lo ve todo, que todo lo ilumina y transforma. En cambio, cuando no ama semeja una mansión sombría donde arde una lamparilla humosa.

Debería callarme, olvidar y callar.

Pero ahí continúa la maravillosa llama que me atrae, hasta hacerme precipitar en ella y, como la mariposa nocturna, perecer en ella.

Y mientras, semiembriagados de felicidad uno y otra, dábamos y tomábamos sin contar, noté de pronto que Diótima se volvía silenciosa, cada vez más silenciosa.

En vano le pregunté, le imploré; cuanto más le preguntaba e imploraba, más parecía alejarse de mí. Finalmente, fué ella la que me suplicó que no le preguntara, que me fuera, y que, si volvía, le hablase de otro modo. Yo callé, con la muerte en el alma, no sabiendo bien lo que me pasaba.

Era como si, de un modo súbito e incomprensible, el Destino hubiera decretado la muerte de nuestro amor; toda vida había cesado fuera de mí y en todas las cosas.

Sentía un sentimiento de vergüenza; pues no era ciertamente el azar lo que influía en el corazón de Diótima. Pero ella permaneció extraña a mí, y mi alma, inconsolable e insaciada, reclamaba siempre evidentes e inmediatos signos de amor. Para mí un tesoro inaccesible era un tesoro inexistente. ¡Ah!, mi felicidad me había hecho no conocer la esperanza. Yo era todavía en esa época como esos niños candorosos que lloran viendo la manzana en la rama del árbol, y para quienes no existe hasta que no toca su boca. No tenía un momento de reposo; imploraba de nuevo con vehemencia y con humildad, con ternura y con cólera, con toda la elocuencia a la vez humilde, modesta y fuerte de que se ama el amor, y entonces, entonces... ¡oh Diótima mía!, tuve tu deliciosa confesión, la tuve y la guardaré hasta que las olas del amor me conduzcan, con cuanto me interesa, a la antigua patria, al seno de la naturaleza.

La inocente criatura no sospechaba todavía el contenido de su corazón y, delicadamente asustada de su riqueza, la sepultaba en lo más hondo de sí misma... Y cuando confesó, con el candor de una santa, cuando confesó, bañada en lágrimas, que amaba demasiado y se había despedido de cuanto hasta ahora había querido tanto, y exclamó: "¡Herme aquí infiel a la primavera, al verano y al otoño, indí-

ferente al día y a la noche, desprendida del cielo y de la tierra... Ya no pertenezco más que a uno solo, a solo uno; pero las flores de mayo, los ardores del verano y la madurez del otoño, la claridad del día y la oscuridad de la noche, y la tierra y el cielo, se hallan reunidos en ese solo, en ese único. Tal es mi amor..." Y entonces, cuando, toda delirante de placer, me miró, y con la embriaguez audaz y santa del gozo me enlazó con sus brazos y me cubrió la frente y la boca con sus besos, y muriéndose de voluptuosidad apretó su cabecita contra mi cuello desnudo, sus dulces labios apoyados contra mi pecho palpitante y su aliento acariciando mi alma... ¡Ah!, entonces, Belarmino, mis sentidos todos se turbaron y la razón me abandonó.

Sé, sé cómo esto terminará. El timón rodó a las olas, y el barco, como un niño cogido por los pies, será arrastrado y hecho pedazos contra las rocas.

HIPERIÓN A BELARMINO

Hay momentos importantes en la vida. Fijamos en ellos nuestras miradas como en las colosales figuras del porvenir o de la antigüedad; sostenemos contra éstas una lucha épica, y si salimos de ella con honor, ellas se nos convierten en amigas y hermanas que no nos abandonan.

Un día que estábamos sentados juntos sobre una piedra de la antigua ciudad de esta isla y conversábamos de la manera cómo el león Demóstenes había terminado sus días, librándose mediante una noble muerte, por él elegida, de las cadenas y los puñales macedonios... "Ese espíritu magnífico", exclamó uno de nosotros, "dejó el mundo con la sonrisa en los labios". "¿Y por qué no?", dije: "Nada tenía que hacer ya; Atenas se había convertido en la

ramera de Alejandro, y el mundo semejaba un ciervo acorralado por el montero mayor".

"¡Atenas", exclamó Diótima, "qué sentimiento de tristeza he sentido a menudo, cuando, mirando a lo lejos, veía surgir ante mis ojos, en los vapores azules del horizonte, el espectro del Olímpion!"

"¿Qué distancia hay desde aquí?"

"Un día de marcha poco más o menos", respondió Diótima.

"Un día de marcha"; dije, "y todavía no he ido. Es preciso que vayamos juntos, sin tardanza".

"¡De acuerdo!", exclamó Diótima. "Mañana la mar estará en calma, y todo aquí está todavía verde y en plena madurez."

Para realizar este peregrinaje, los rayos del astro eterno y la vida de la tierra inmortal son necesarios.

"¡Mañana, entonces!", dije, y nuestros amigos asintieron en el acto.

Dejamos la rada temprano, al cantar los gallos. La frescura y la claridad brillaban sobre nosotros como sobre el mundo. Y en nuestros corazones llevábamos en paz nuestra bella juventud. La vida en nosotros parecía la de una isla recién salida de las olas del océano y sobre la cual se alumbraba la primer primavera.

Desde hacía tiempo, y gracias a la influencia de Diótima, mi alma había casi recobrado su equilibrio; hoy me sentía triplemente purificado, y mis fuerzas, habitualmente dispersas, estaban ahora concentradas como en un estuche de oro.

Nuestra conversación recayó sobre las altas cualidades del pueblo ateniense, sobre sus orígenes y su naturaleza.

Uno pretendía que se debían al clima; otro las atribuía a las artes y a la filosofía; un tercero, a la religión y a la forma de su Estado.

"Las artes, la religión, la filosofía y la forma del Estado", dije, "son las flores y frutos que daba el árbol, pero no sus raíces ni su suelo. Vosotros tomáis los efectos por la causa."

"Quien venga a decirme que el clima creó todo eso, piense que también nosotros vivimos bajo ese mismo clima."

"El pueblo ateniense creció, desde todos los puntos de vista, más libre que cualquier otro pueblo de la tierra de violencias y de influencias despóticas. Ningún conquistador lo debilitó, ninguna victoria lo embriagó, ninguna religión extranjera lo trastornó, ninguna sabiduría presurosa aceleró su madurez. Su infancia es como un diamante en formación. No se oye hablar de él hasta los tiempos de Pisístrato y de Hiparco. Se interesó mediocrementemente en la guerra de Troya, que, como un invernadero, exaltó y excitó el espíritu de la mayor parte de los pueblos de Grecia. El hombre no debe su nacimiento a un destino extraordinario. Los hijos de una madre semejante pueden ser grandes, hasta pueden alcanzar una estatura de gigantes, pero jamás serán por eso seres bellos, o, lo que es lo mismo, hombres; a menos que ello ocurra más tarde, cuando los contrastes luchan entre sí con demasiada violencia para que la paz no acabe por establecerse."

"Lacedemonia excede a Atenas en exuberancia, y habría sin duda dispersado sus fuerzas y apresurado su ruina si no hubiera venido Licurgo y hubiera subyugado con su disciplina esa naturaleza demasiado petulante. A partir de ese momento es también que todo, en el espartano, se adquiere por la educación. Sus mejores cualidades provienen de su tenacidad en el esfuerzo, de su infatigable actividad; y si, en ciertos respectos, se puede hablar de la simplicidad del espartano, no hay que olvidar que no se trata ya de una simplicidad infantil en el ver-

dadero sentido de la palabra. Los lacedemonios echaron por tierra, desde muy temprano, el orden establecido por el instinto, degeneraron demasiado pronto, por lo cual fue preciso imponerles una disciplina demasiado pronto; y ésta, lo mismo que el arte, es prematura cuando la naturaleza del hombre no ha alcanzado su completa madurez. Es importante que la naturaleza del niño, una vez desarrollada, viva en él antes de ir a la escuela, a fin de que la visión que conserve de la infancia le muestre el camino que deberá emprender para regresar de la escuela a una naturaleza perfecta.

"Los espartanos fueron siempre fragmentarios; porque quien no haya sido un perfecto niño, difícilmente llegará a ser un hombre completo..."

"El cielo y la tierra favorecieron también mucho a los atenienses como a todos los griegos; no los hicieron pobres, ni les dieron tampoco la abundancia. Los rayos del sol no caían sobre ellos como una lluvia de fuego; la tierra no los mimó, no les hizo perder la cabeza con la prodigalidad de sus dones, como sucede a veces por culpa de ciertas madres poco razonables."

"A esto hay que añadir la gran empresa de Teseo: la restricción voluntaria de su poder real."

"¡Ah!, una semilla semejante puesta en el seno de un pueblo tenía seguramente que producir un mar de espigas doradas y ejercer sobre los atenienses una influencia tan visible como fecunda."

"Fue, pues, digámoslo una vez más: porque los atenienses se mantuvieron aparte de toda influencia basada en la violencia y se desarrollaron observando la sobriedad en el beber y en el comer por lo que alcanzaron tan alto grado de perfección: no hay otra razón."

"Dejad al hombre tranquilo en su cuna. No tratéis de abrir los capullos herméticamente cerrados de

su ser, no lo expulséis demasiado pronto de la cabaña en que transcurre su infancia. No hagáis demasiado poco por él, a fin de que no prescinda de vosotros y os distinga de sí mismo; no hagáis tampoco demasiado, a fin de que no advierta vuestro poder ni el suyo y así os distinga de sí propio; que en su casa el hombre aprenda lo más tarde posible que existen los hombres, y que hay otras cosas alrededor de él; pues sólo así llegará a ser un hombre. Y el hombre es un dios desde que se vuelve hombre. Y sólo porque es un dios es hermoso."

"¡Qué extraño!", exclamó uno de nuestros amigos.

"Nunca tus palabras me han llegado tan profundamente al corazón", declaró Diótima.

"Tú eres quien me las ha inspirado", le respondí.

"Así es como el ateniense era un hombre", continué, "y así es como ha de volver a serlo. Era hermoso al salir de manos de la naturaleza, hermoso de alma y de cuerpo, como se dice comúnmente.

"El primer hijo de la belleza humana y divina es el arte. Por él el hombre divino se rejuvenece y se perpetúa. Siente la necesidad de tomar contacto consigo mismo, y para ello coloca su belleza frente a sí misma. Así es como el hombre se dio sus dioses. Pues, al principio, el hombre y los dioses no formaban más que uno, puesto que la eterna belleza no se conocía a sí misma. Parezco hablar como una sibila, pero tal fue la realidad..."

"El primer hijo de la divina belleza es el arte. Así ocurrió entre los atenienses.

"El segundo es la religión. La religión es el amor a la belleza. El sabio la ama por ella misma: Infinita, Universal. El pueblo ama a sus hijos, los dioses, que se manifiestan a él bajo toda especie de formas. Es lo que ocurría entre los atenienses. Y sin un amor y una religión semejantes, el Estado no es más que un esqueleto sin vida y sin espíritu, incapaz

de pensar y de obrar, un árbol sin fronda, una columna cuyo capitel rodó a tierra.

"Que entre los griegos, y más particularmente entre los atenienses, el arte y la religión hayan sido los verdaderos hijos de la eterna Belleza —de la naturaleza humana realizada— y no hayan tenido otro origen que esa misma naturaleza llegada a su más alto grado de perfección, es cosa que aparece claramente a los ojos de todo el que se tome el trabajo de considerar imparcialmente los objetos de su arte sagrado y la religión por la cual expresaban a esos objetos su amor y su veneración. Allí, como en todas partes, no hubo lagunas ni errores. Pero una cosa es evidente: que en sus creaciones artísticas se encuentra casi siempre al hombre maduro. No es lo mezquino o lo monstruoso de los egipcios y de los godos: es el hombre en su doble naturaleza, física y moral. Menos que todo otro pueblo se apartan de los límites comprendidos entre lo abstracto y lo concreto, y puede decirse que en ellos más que en ningún otro los dioses ocupan realmente el centro de la humanidad.

"Y ocurre con el amor lo mismo que con su objeto: ni demasiada servilidad, ni demasiada intimidad..."

"De esta belleza espiritual de los atenienses tenía que nacer, forzosamente, su amor a la libertad.

"El egipcio soporta fácilmente el despotismo y la arbitrariedad, el hijo del Norte se doblega sin pena al despotismo de las leyes y a las injusticias del derecho; pues el egipcio se halla, por instinto y desde su más tierna infancia, inclinado al respeto y al culto de los dioses; y en el Norte se cree tan poco en la vida pura y libre de la naturaleza que se acepta a ojos cerrados todo lo que lleva el nombre de ley.

"El ateniense no puede soportar lo arbitrario porque su divina naturaleza no sufre que se atente

a ella; ni tolera la legalidad en todo, porque no siente que sea necesaria en todo. Dracón no es su hombre. El ateniense quiere que se le trate con dulzura, y sin duda tiene en ello razón."

"¡Perfecto!", dijo alguno, interrumpiéndome. "Lo comprendo eso; pero, ¿cómo ese pueblo, a la vez poético y religioso, puede ser al mismo tiempo un pueblo filosófico? Esto es lo que no entiendo."

"Los atenienses", le respondí, "sin la poesía, no habrían sido jamás un pueblo filosófico".

"Pero ¿qué puede tener la filosofía", preguntó el interruptor, "qué puede tener la fría sublimidad de esa ciencia de común con la poesía?"

"La poesía", le dije, seguro de lo que decía, "la poesía es a la vez el comienzo y el fin de esa ciencia. Como Minerva salió de la cabeza de Júpiter, así la filosofía nació de la poesía de un ser infinito y divino. Y así es como acaba de fundir de nuevo en la filosofía lo que hay de inalienable en la misteriosa fuente de la poesía."

"¿Qué hombre de paradojas!" exclamó Diótima. "Y sin embargo, comienzo a comprender. Pero te alejas del tema, que era Atenas."

"El hombre", continué, "que no ha sentido en sí, por lo menos una vez en su vida, la belleza en su plenitud y su pureza, cuando las fuerzas de su ser se desplegaron en él como los colores del arco iris, que nunca ha experimentado cómo, en ciertos momentos de entusiasmo, todas las fibras del ser vibran en un mismo acorde profundo y armonioso, ese hombre no tendrá ni siquiera la filosofía del escéptico; su espíritu es incapaz de demoler, y con más razón aún de construir. Así, creedme, el escéptico no encuentra motivo de crítica y de contradicción en los pensamientos de los demás sino porque conoce la armonía de la impecable belleza, la cual no podría ser objeto de pensamiento alguno. El pan

duro que la razón humana le presenta amistosamente, si lo desdeña, es porque en secreto él se deleita en la mesa de los dioses."

"¡Soñador!", exclamó Diótima. "Por eso sin duda tú también dudabas de ti mismo. Pero volvamos a los atenienses."

"A ello voy", dije: "la frase profunda de Heráclito: que una cosa se diferencia en sí misma: ἐν διαφέρον ἑαυτῷ, no podía ser encontrada más que por un griego; pues ella contiene la esencia misma de la belleza, y antes de haberla encontrado no había filosofía."

"Desde entonces se pudo llegar a una definición: la cosa existía íntegramente. La flor estaba abierta; se la podía deshojar."

"De allí en adelante, la idea de la belleza había entrado en el dominio de los conocimientos humanos, la belleza misma existía en cuerpo y alma, lo infinitamente unido existía."

"Se la podía descomponer, dividirla con el pensamiento, reconstituir lo que se hubiera separado; se podía también reconocer, cada vez mejor, la esencia de lo más elevado y de lo mejor, y gracias a lo que se había reconocido, se pudo establecer una ley en los dominios tan diversos de la inteligencia."

"¿Comprendéis ahora por qué los atenienses estaban también especialmente llamados a ser un pueblo de filósofos?"

"Los egipcios, jamás habrían podido. Quien no ama el cielo y la tierra, y no se siente amado de ellos de igual modo, quien no vive en perfecto acuerdo con el elemento en que se mueve, no sabría estar tampoco, naturalmente, de acuerdo consigo mismo, y no sentirá jamás la eterna belleza tan fácilmente como un griego."

"Como un soberbio déspota, ese rincón del cielo del Oriente obliga con su poder y su brillo a sus

habitantes a encorvarse hacia el suelo, y aun antes de haber aprendido a andar, tiene el hombre que arrodillarse; antes de haber aprendido a hablar, tiene que orar; antes de haber hallado su corazón su equilibrio, tiene que inclinarse, y antes de haber adquirido el espíritu vigor bastante para dar flores y frutos, el Destino y la Naturaleza con su ardiente calor han agotado toda su fuerza. El egipcio se halla sometido aun antes de haber llegado a ser un ser completo; por eso ignora en absoluto esta plenitud, ignora en absoluto la belleza; lo que coloca por encima de todo, es una potencia velada, un enigma estremecedor: la muda y sombría Isis es para él el comienzo y el fin; el vacío en un infinito del que nunca salió nada razonable. Como, por otra parte, de la más sublime nada jamás puede nacer algo.

"El Norte, por el contrario, empuja demasiado pronto a sus hijos a la concentración en sí mismos; si el espíritu del fogoso egipcio se lanza al mundo con la prisa del viajero impaciente por llegar, en el Norte, en cambio, el espíritu se dispone a entrar en sí mismo antes de hallarse preparado a partir. En el Norte se está ya llamando a la razón antes de que los sentimientos hayan alcanzado en el individuo su pleno desarrollo; se asumen responsabilidades antes de haber llegado a la edad del discernimiento; tiene que llegarse a la razón, y a la conciencia de sí mismo, antes de haber dejado de ser un niño; lo que hace la unidad en el hombre completo, su belleza, no se le deja florecer ni madurar en él sino cuando ya el hombre está formado y desarrollado. Sólo la inteligencia, la razón sólo, han sido siempre las dos reinas del Norte.

"Pero la inteligencia, por sí sola, jamás ha bastado para crear cosas inteligentes, ni la razón por sí sola ha producido cosas razonables.

"La inteligencia, sin la belleza, es como un artesano servil que construye para el jardín que su amo se propone cultivar un cerco de madera toscamente desbastada, como le ha dicho que hiciera, contentándose con clavar las estacas unas con otras. La función de la inteligencia propiamente dicha es precavernos contra la estupidez y la injusticia, ayudándonos a poner todas las cosas en su punto; pero el más alto grado de perfección humana no consiste en estar al abrigo de la estupidez y la injusticia.

"La razón, sin la belleza del espíritu y del corazón, se asemeja al resero a quien el amo de la casa hubiera encargado de vigilar a sus sirvientes. Como él mismo ignora los fines a que deben servir sus múltiples y continuas ocupaciones, sólo sabe gritar: ¡A trabajar; vivo!, aunque, en el fondo, no vea con muy buenos ojos que el trabajo progrese, pues, de ser así, pronto no tendría nada que hacer y su empleo terminaría.

"La inteligencia sola no engendra ninguna filosofía; porque la filosofía es algo más que el simple conocimiento de lo que existe.

"La razón no engendra ninguna filosofía; porque la filosofía es algo más que la ciega exigencia de un progreso perpetuo en el arte de unir o de diferenciar los elementos de una materia determinada.

"Pero si la razón que aspira a elevarse es iluminada por el divino *ἐν διαφέρον ἑαυτῷ*, el ideal de la belleza no exigirá ciegamente, sabrá lo que exige y por qué lo exige.

"Cuando el sol de lo bello ilumina la razón, como un día de mayo el taller del artista que trabaja en su obra, éste no abandonará su trabajo para correr afuera; pero le gustará representarse el día de fiesta en que irá a pasearse bajo los rayos bienhechores de un sol primaveral."

Tal era mi estado de alma cuando llegamos a la costa del Ática.

Teníamos todavía el espíritu demasiado lleno de la antigua Atenas para que nos fuera posible hablar de una manera ordenada, y yo fui el más asombrado de la naturaleza de los discursos que había pronunciado.

"¿Cómo he podido", exclamé, "llegar a la cima árida de la montaña en que me visteis?"

"¡Oh!", me respondió Diótima, "siempre ocurre así cuando nos sentimos bien. El excedente de nuestras fuerzas exige ser gastado. Apenas los corderitos se han hartado de la leche de la madre cuando se dedican a embestirse".

Mientras subíamos las pendientes del Licabetes, a pesar de la prisa que teníamos de llegar, nos deteníamos a veces, el espíritu lleno de pensamientos y de deliciosas esperanzas.

Es bueno que al hombre le sea difícil convencerse de la muerte de lo que ama. Nadie ha ido a la tumba de su amigo sin la secreta esperanza de que tal vez lo hallaría. Me sentí emocionado a la vista de aquel bello espectro de la antigua Atenas, como ante la aparición de una madre que volviera de pronto del reino de los muertos.

"¡Oh Partenón", exclamé, "orgullo del mundo! A tus pies se extiende el imperio de Neptuno, como un león domeñado, y alrededor de ti, semejantes a niños, se agrupan los otros templos, y el Ágora elocuente y el bosque de Academo..."

Entonces, me preguntó Diótima: "¿Es posible que puedas así transportarte a los tiempos antiguos?"

"¡No despiertes en mí el recuerdo de esos tiempos!", le respondí; "entonces la vida tenía algo de divino y el hombre era rey en la naturaleza. Y la primavera que florecía en torno de Atenas era como la humilde flor que la doncella prende sobre su pe-

cho; el sol mismo se sonrojaba púdicamente al levantarse sobre todos los esplendores de la tierra.

"Las rocas de mármol del Himeto y del Pentélico yacían en las laderas de la montaña donde dormían como el niño en el regazo de la madre, y tomaban vida y forma bajo el cincel del ateniense.

"La naturaleza ofrecía su miel, sus más bellas violetas, sus olivos, y sus mirtos.

"Si la naturaleza era la sacerdotisa, el hombre era el dios, y todo lo que en ella era vida, cada una de sus formas, cada uno de sus ruidos, no eran más que un eco entusiasta del esplendor de que ella formaba parte.

"Era él a quien ella festejaba; él solo a quien sacrificaba.

"Él lo merecía; bien se encontrase lleno de amor, en el taller sagrado, abrazando las rodillas del dios cuya imagen él había creado, o sobre las primeras escarpas de las montañas, o en la cima verdeante del Sunio, en medio de los discípulos atentos, ocupando su espíritu en graves pensamientos, bien corriera en el estadio, o desde lo alto de la tribuna, semejante a un dios que gobierna los elementos, lanzara el rayo, hiciera la lluvia y el buen tiempo..."

"¡Oh, mira!", exclamó de pronto Diótima volviéndose hacia mí.

Miré, y el espectáculo que se ofreció a mis ojos sobrepasaba en grandeza todo lo imaginable.

Habríase dicho un inmenso naufragio después de pasado el huracán, cuando los marineros han desaparecido y no quedan sobre la playa más que los restos de una flota deshecha. Tal se ofrecía Atenas a nuestros ojos, con sus columnas abandonadas, erigidas ante nosotros, desnudas como los troncos de los árboles de un bosque el día anterior verdeante y que durante la noche hubiera sido presa de las llamas.

"Aquí", dijo Diótima, "se aprende a callar sobre la propia suerte, fuere buena o mala".

"Aquí", dije, "se aprende a callar acerca de todo. Si a lo menos los segadores que segaron las espigas de este campo hubieran abastecido sus propias granjas, nada se habría perdido, y yo me contentaría con el papel de espigador; pero ¿quién las ha aprovechado?"

"Toda Europa", dijo entonces uno de nuestros amigos.

"¡Sí, en verdad!", exclamé, "todos los que quisieron se llevaron columnas y estatuas, y han traficado los unos con los otros, evaluando esas nobles figuras en un precio muy elevado, a causa de su rareza, del mismo modo que se les pone precio a los loros y a los monos".

"¡No digas semejante cosa!", repuso el que había hablado; "si les falta realmente el sentido de lo bello para apreciar todas esas cosas, es que ese espíritu no se puede exportar ni comprar".

"Así es", dije, "y ese espíritu ya no existía en la época de los invasores y los destructores del Ática. Sólo después que los templos y las casas han cesado de existir, las bestias salvajes se atreven a franquear sus puertas y a vagar por las calles".

"Para quien está todavía animado por ese espíritu", dijo Diótima a modo de consuelo, "Atenas será siempre como el frutal en flor. El artista no halla dificultad para completar un busto con el pensamiento".

Al día siguiente fuimos a ver las ruinas del Partenón, el emplazamiento del antiguo teatro de Baco, el templo de Tesco, las dieciséis columnas que subsisten todavía del divino Olimpión; pero lo que me produjo más profunda impresión fue la antigua puerta por la que se entraba antes de la antigua ciudad a la ciudad nueva, y donde millares de bellos

seres humanos cambiaron seguramente sus saludos. Hoy no se entra por esa puerta a ninguna de las dos ciudades; allí está silenciosa y solitaria, semejante a una fuente agotada de la que antes brotara un agradable murmullo, un chorro de agua fresca y límpida.

"¡Ah!", dije, mientras vagábamos en medio de las ruinas, "maravilloso capricho de la suerte, que hizo que los templos se derrumbaran aquí, y de sus piedras rotas saquen los niños los proyectiles que lanzan en torno de ellos, y las estatuas mutiladas de los dioses sirvan de bancos ante las casuchas de los campesinos, y las tumbas sean lugares de reposo para el toro que paca. Hay en esta prodigalidad algo más regio que el capricho de una Cleopatra bebiendo perlas disueltas; pero, con todo, ¡qué dolor para tanta grandeza y tal hermosura!"

"¡Mi querido Hiperión!", me gritó Diótima; "es hora de que dejes estos lugares; estás pálido, tienes los ojos fatigados; es inútil que trates de ilusionarte con tus chanzas. Vamos a la campiña, al verdor de los campos, donde la vida toma los colores más diversos; eso te hará bien".

Nos dirigimos entonces hacia los jardines, situados a poca distancia. Mientras caminábamos, nuestros compañeros habían entrado en conversación con dos sabios ingleses que hacían su cosecha entre las antigüedades de Atenas. Como persistieran en quedarse todavía, yo no insistí.

Todo mi ser se reanimó en cuanto me vi solo con Diótima. Ella había sostenido una lucha épica con las sublimes ruinas de Atenas. Como el arpa de la celeste musa dominaba los elementos iracundos, así los tranquilos pensamientos de Diótima se remontaban sobre todo aquel caos. Como la luna se eleva por encima de las nubes vaporosas, así su espíritu se desprendía del buen sufrimiento; esta divina cria-

tura era en su melancolía como esas flores cuyo perfume aviva la noche.

Nos alejamos cada vez más, y no caminamos en vano.

¡Oh vosotros, bosques de Angele, en que el olivo y el ciprés comparten amistosamente, murmurándose mil cosas inefables, sus sombras refrescantes, en que los frutos de oro del limonero brillan en el follaje oscuro, en que los racimos de bayas crecen caprichosamente sobre los cercos, en que la naranja madura caída en el camino le produce a uno el efecto de un niño encontrado que sonriera! ¡Oh vosotros, senderos misteriosos y perfumados, parajes apacibles en que la fuente refleja las graciosas siluetas de los mirtos: jamás os olvidaré!

Diótima y yo paseamos algún tiempo bajo los bellos árboles, hasta que se nos ofreció un lugar espacioso y alegre.

Nos sentamos allí... Una calma deliciosa nos envolvía. Mis pensamientos revoloteaban en torno de las formas exquisitas de Diótima como la mariposa en torno de la flor, y todo mi ser se sublimaba y concentraba a la vez en el gozo de esta contemplación embriagadora.

"¿Qué, te sientes ya consolado, cabeza loca?", me preguntó Diótima.

"Sí, Diótima, sí; me siento consolado", le respondí; "lo que creía perdido, lo he vuelto a encontrar: lo que ardía por poseer, y me parecía desaparecido ya de este mundo, lo tengo ante mis ojos. No, Diótima, la fuente de la eterna belleza no se ha secado aún.

"Ya una vez te lo dije: nada tengo que ver con los dioses ni los hombres. Sé que el cielo está despoblado, muerto, y que la tierra, antes tan rica en bellas criaturas humanas, semeja casi un hormiguero. Pero existe todavía un lugar donde el cielo y la

tierra de antes continúan sonrientes..., y es allí donde tú estés: en ti, olvido todos los dioses del cielo y cuanto la tierra tiene de divino. ¿Qué me importa el naufragio del mundo? Aparte de lo que se refiere a mi isla bienaventurada, nada sé."

"Hay un tiempo para el amor", me dijo Diótima, con un aire dulcemente serio, "como lo hay para las dulzuras de la infancia. Pero la vida misma es la que nos empuja afuera.

"¡Hiperión!", y en ese instante se apoderó de mi mano con un ademán vehemente; y, dando a su voz un acento patético, dijo: "¡Hiperión, me parece que tú has nacido para realizar grandes cosas. No te desconozcas. Lo que te detuvo fue la falta de ocasión. Nada marchaba lo bastante de prisa para ti, y te has dejado abatir. Como los esgrimidores jóvenes te tiraste a fondo demasiado pronto, antes de estar seguro de tu golpe y antes de que tu mano adquiriera la suficiente flexibilidad; y como, naturalmente, fuiste tocado más a menudo de lo que tocaste, concebiste cierta timidez y has dudado de ti y de todo; pues eres tan sensible como violento. Pero nada se ha perdido por eso. Si tu carácter hubiera madurado más pronto, y hubieses sentido también antes la necesidad de emplearte, tu espíritu no sería lo que es; no habrías sido el hombre que piensa, que sufre, y en el que todo fermenta. Créeme, nunca habrías discernido tan claramente en qué consiste el buen equilibrio de la humanidad si tú mismo no hubieras perdido el tuyo. Tu corazón ha concluido por hallar la calma. Lo creo. Lo comprendo. Pero, ¿te imaginas tocar ya la meta? ¿Vas quizás a encerrarte en las paredes de tu amor, dejando que el mundo, que tiene necesidad de ti, se seque y se enfríe bajo tus pies? ¡Es preciso que tú descendas como el rayo de luz, como la lluvia refrescante, sobre esta tierra mortal! Es preciso que, como Apolo, la

ilumines, que la sacudas y la animes como Júpiter; de otra manera, serías indigno de tu cielo. Vuelve, te lo ruego, vuelve a Atenas, mézclate con los hombres que circulan en medio de las ruinas, con los rudos albaneses y los otros, esos niños grandes, los griegos, que con una danza alegre y un cuento florido se consuelan del yugo ignominioso que pesa sobre ellos... ¿Te atreverás a pretender que es tarea indigna de ti? Por mi parte, creo que saldrías ganando mucho con ello. ¿Tendrías el valor de apartar tus miradas de la humana miseria? Los indigentes no son malos y no te han hecho daño alguno."

"¿Y qué puedo hacer por ellos?", dije.

"Dales lo que llevas en ti", replicó Diótima, "dales..."

"¡Basta, ni una palabra más, alma generosa!", exclamé. "O bien me humillarías, y tendría casi la impresión de haber sido llevado a la fuerza..."

"No serán sin duda más felices, pero serán más nobles; ¿qué digo?, serán también más felices. Es preciso que salgan, que se eleven como esas montañas nuevas que emergen de repente de las olas, levantadas por el fuego subterráneo.

"Cierto que estoy solo y que soy desconocido, pero iré a mezclarme con ellos. ¿Acaso el que es un hombre verdadero no puede más que ciento que sólo son fragmentos de hombre?"

"¡Naturaleza sagrada!, en mí y fuera de mí, eres la misma siempre. No ha de ser, pues, muy difícil fundir juntos lo que está fuera de mí con lo divino que en mí llevo. ¿Acaso la abeja no se contenta con su pequeño reino? ¿Por qué no he de conseguir plantar y cultivar lo que más falta hace?"

"¡Veamos! El mercader árabe que difundió el Corán como una semilla por el mundo, vio levantarse todo un pueblo de adeptos, como un bosque sin fin. ¿Y no habría nada que esperar del terreno en que

se sembrara la verdad antigua recobrada y rejuvenecida?"

"¡Que todo ello cambie radicalmente! ¡Que de las viejas raíces de la humanidad nazca un mundo nuevo! ¡Que una deidad nueva reine sobre ellos y que una era nueva se abra ante ellos!"

"¡Que todo se transforme en todas partes: en el taller, en las familias, en los templos, y en las asambleas!"

"Pero es preciso que yo vea el mundo, para formarme. Soy un artista, es verdad; pero me falta la destreza. Modelo con el pensamiento; pero no sé aún servirme de mis manos..."

"Irás a Italia", dijo Diótima, "a Alemania, a Francia... ¿Cuántos años necesitarás? Tres..., cuatro... Tres bastarán, creo; tú no eres de los que avanzan lentamente; tú no buscarás allí sino lo más grande y lo más bello..."

"¿Y después?"

"Serás el educador de nuestro pueblo y un gran hombre, estoy segura. Y en seguida, cuando te estreche en mis brazos, me parecerá ser yo misma una parte del hombre admirable que tú serás entonces, y sentiré un sentimiento de alegría tan vivo como si me hubieras hecho el don de una mitad de tu inmortalidad, como Pélux a Cástor. ¡Ah, Hiperión, no te imaginas lo orgullosa que voy a sentirme!"

Guardé silencio un instante. El gozo que sentía era indecible.

"¿Hay", pregunté al fin, "hay un contento posible en el intervalo que separa la decisión del acto? ¿Hay un reposo antes de la victoria?"

"Hay el reposo del héroe", dijo Diótima; "hay resoluciones que son, como las palabras de los dioses, mandato y realización a un tiempo, y la tuya es de éstas".

Volvimos sobre nuestros pasos, como después de nuestro primer abrazo. Todo era otra vez para nosotros extraño y nuevo.

Estaba ahora en medio de las ruinas de Atenas como el labrador en el campo que va a cultivar. "¡Descansa en paz, bello país dormido —me decía mientras nos dirigíamos a nuestro barco—, descansa en paz! La vida joven que en ti llevas pronto florecerá y te traerá las bienandanzas del cielo. Pronto la lluvia que caerá de tus nubes ya no será infecunda, y el sol no tardará en volver a encontrar sus antiguos discípulos.

"¿Fides hombres, oh Naturaleza? ¿Te lamentas como un arpa que el viento, hermano del azar, se complace en tañer, porque el artista que la tañía ha muerto? ¡Ya llegarán tus hombres, oh Naturaleza! Un pueblo rejuvenecido te rejuvenecerá a su vez, y tú serás como su desposada, y contigo se renovará el antiguo vínculo que unía los espíritus.

"Ya no habrá más que una sola belleza; y la humanidad y la naturaleza se fundirán entonces en una divinidad universal."

LIBRO TERCERO

Μὴ φῦναι τὸν ἄπαντα νικᾷ λόγον· τὸ δ' ἐπεὶ φανῆ,
 Ἐῆναι κείθεν, ὄθεν περ ἦκει
 Πολλὸ δεύτερον, ὡς τάχιστα.

Sófocles

HIPERIÓN A BELARMINO

ESTÁBAMOS en los últimos días buenos del año después de nuestro regreso del Ática.

El otoño no había querido ser menos que la primavera en cuanto a la dulzura de la atmósfera; era el tiempo más propicio a los recuerdos de las penas sufridas y los goces desvanecidos del amor. Las hojas, que empezaban a marchitarse, habían tomado el color del cielo a la puesta del sol; solamente los laureles y los pinos mostraban su verdor perenne. Los pájaros migradores se demoraban en el cielo sereno; otros se habían dispersado por las viñas y los jardines, donde cosechaban alegremente lo que el hombre había dejado. Del cielo abierto se derramaba una luz más clara, mientras a través de las ramas de los árboles sonreía el divino, el buen Sol, que no puede nombrarse sin un sentimiento de gozo y de gratitud, el cual, a menudo, con una sola mirada me ha curado del más profundo pesar, y ha libertado mi alma de sus desalientos y sus inquietudes.

Fuimos a ver una vez más, Diótima y yo, todos nuestros queridos senderos; y en todas partes estaba el recuerdo de los instantes felices que nos volvían a la memoria.

Nuestros pensamientos se trasladaron al último mes de mayo. Antes, pensábamos, la tierra nunca se había mostrado a nosotros con ese aspecto; había sido como transformada: una nube plateada de árboles en flor, una gozosa llama de donde brotaba la vida, que todo lo purificaba.

"¡Ah!", exclamó Diótima, "¡cómo entonces respiraban el gozo y la esperanza, cómo todo en la naturaleza crecía sin pausa y sin pena, con la bienhadada tranquilidad del niño que juega sin pensar en nada!"

"En eso", exclamé, "es en lo que reconozco el alma de la naturaleza; en ese fuego que arde en silencio, en esa lentitud en medio de su omnipotente prisa."

"Y esa lentitud es precisamente la que gusta tanto a los felices", añadió Diótima; "¿te acuerdas?, una vez, los dos estábamos en el puente después de una violenta tempestad, y las aguas enrojadas del torrente huían bajo nuestros pies con la rapidez de la flecha; pero, al lado, el bosque continuaba con su verdor en calma y apenas si las claras hojas de las hayas se estremecían. Nosotros sentíamos un sentimiento de verdadero bienestar viendo que ese verdor reconfortante no huía como el torrente, y que la primavera, en su hermosura, nos dejaba mudos, como aves domesticadas, y sin embargo, ella también se ha ido de nuestras montañas."

Estas palabras nos hicieron sonreír, a pesar de nuestro deseo de llorar.

Y era que nuestra felicidad iba también a irse del mismo modo, y lo presentíamos ya.

¡Oh Belarmino!, ¿quién puede decirse seguro de sí mismo, cuando hasta lo bello está condenado a pasar, cuando hasta la divinidad tiene que humillarse y compartir la triste suerte de morir con todo lo que es mortal?

HIPERIÓN A BELARMINO

Me había demorado en compañía de esta criatura deliciosa delante de su casa hasta que el astro de la noche brilló en la serenidad del ocaso; en seguida había entrado en casa de los Notara, con la cabeza llena de pensamientos y el alma desbordante de sueños heroicos, como siempre al salir de sus brazos. Había llegado una carta de Alabanda.

"La gente está agitada, Hiperión", me escribía. "Rusia ha declarado la guerra a la Sublime Puerta; una flota está en camino al Archipiélago...; los griegos reconquistarán su libertad si se sublevarán para rechazar al Sultán hasta el Éufrates. Los griegos cumplirán su deber, los griegos serán libres, y siento un indecible gozo al pensamiento de que voy a poder hacer algo. Antes de que las cosas llegaran a este punto, apenas si vivía."

"Si tú no has cambiado, ven. Me encontrarás en la ciudad de Coron. Toma la ruta de Misitra. Habito al pie de la colina, en la casa blanca que está tocando con el bosque."

"Me he separado de las gentes que conociste en mi casa de Esmirna. La finura de tu instinto, que te tuvo alejado de ellos, te aconsejó bien."

"Ardo en deseos de tenerte a mi lado al comenzar esta nueva existencia. Hasta ahora el mundo ha sido demasiado ingrato contigo, y has tenido razón en no mostrarte a él tal como eres. Antes que ser servil preferiste no hacer nada, y la ociosidad te hizo triste y soñador."

"No querías meterte en un pantano. Pues bien: ven y nos bañaremos en plena mar."

"Ello será, sin duda, mi querido y único amigo, para bien de ambos."

En esos términos me escribía. En el primer ins-

tante, me sentí muy conmovido; la vergüenza me quemaba la cara; la sangre me hervía en las venas, como si brotara de una fuente ardiente; no podía estar quieto un segundo, a tal punto sufría. Pero me recobré, y a la idea de que Alabanda se me había anticipado y me superaba, tomé en adelante más a pecho la obra futura...

Me he vuelto demasiado ocioso, pensé, propendo demasiado a la paz, soy demasiado feliz, demasiado perezoso. Alabanda ve a lo lejos, como buen piloto que es; Alabanda es activo y busca su presa en las olas agitadas. Y tú, ¿vas a quedarte con los brazos cruzados? ¿O a contentarte con bellas frases, y mediante fórmulas de ensalmo tratarás de hechizar al mundo? Pero tus palabras serán como copos de nieve, sin efecto alguno; no harán más que oscurecer el espacio, y las fórmulas no convencerán sino a los que ya están convencidos: los incrédulos ni siquiera te escucharán. Bien está mostrarse dulce en el momento oportuno; pero es pésima cosa elegir mal el momento para dar pruebas de dulzura; esto frisa con la cobardía. No, Harmocion, yo quiero ser como tu mirto, sí, como tu mirto, que escondía tu espada. No quiero que la ociosidad en que he vivido sea en balde. En adelante, mi sueño será como el aceite en que penetra la Palma. No me detendré a considerar cuando es preciso obrar; no andaré vagando, en busca de novedades, cuando Alabanda esté recogiendo sus laureles.

HIPERIÓN A BELARMINO

Diótima, después de haber leído la carta de Alabanda, palideció, de modo tal que me conmovió hasta el fondo del alma. Pero, en seguida, con aire a la vez serio y desenvuelto, se puso a disuadirme de mi

proyecto, y cambiamos muchas palabras en pro y en contra del mismo. "¡Oh vosotros los violentos!", exclamó, "siempre pronto para las cosas peores, no olvidéis la Némesis."

"El que ha sufrido las cosas peores, sabe también acomodarse a lo peor." "Aun cuando tú te acomodaras a ello", me dijo, "no es para eso para lo que has nacido."

"Lo que me parece", repuse, "es haber tardado ya demasiado. Así, querría cargar el Atlas a mi espalda para expiar las faltas de mi juventud. Pero ¿poseo por entero mi facultad de discernimiento? ¿Encontraré en mí la suficiente constancia? ¡Oh Diótima, no insistas, te lo ruego! Es justamente lo que me hace falta adquirir aquí."

"¡Puro capricho y vanidad!", exclamó Diótima; "últimamente eras más modesto, cuando decías que necesitabas ver el mundo para formarte."

"¡Mi encantadora sofista!", dije a mi vez; "antes, se trataba de cosa muy distinta. En cuanto a servir de guía a mi nación hacia el Olimpo de lo divinamente bello, allí de cuyas fuentes eternamente jóvenes mana lo verdadero con cuanto encierra de bueno, es una misión a la que aún no me siento llamado. Pero tener una espada, es cosa que sé, y por el instante es lo único que se necesita. Nuestra nueva liga de los espíritus no podría vivir en esta atmósfera; la teocracia sagrada de lo bello sólo puede existir en un Estado libre; éste necesita un lugar al sol, y ese lugar vamos seguramente a conquistárselo."

"Conquistarás", dijo entonces Diótima, "y olvidarás el fin con que habrás conquistado. Si todo sale conforme a tu deseo, tendrás tu Estado libre y luego te dirás: ¿para quién, y para qué he trabajado? ¡Ah!, toda esa vida espléndida llamada a florecer aquí, se consumirá por entero aun en ti mismo. En esta salvaje lucha vas a ser lacerado, alma mía, envejecerá

tu inteligencia y finalmente, desengañado y desesperado, te preguntarás: ¿dónde estáis ya, vosotros, que fuisteis los ideales de mi juventud?"

"Es cruel en ti, Diótima", repliqué, "desgarrarme así el corazón, y retenerme por mi propio miedo a la muerte y por lo que más me hace amar la vida; pero eso no será, no, ¡nunca! La esclavitud mata; pero una guerra justa vivifica todas las almas. Echando el oro al fuego es como se le da el color del sol. Sólo rompiendo sus trabas goza el hombre plenamente de su juventud. Sólo puede, avanzando resueltamente y aplastando la serpiente, salvarse este siglo vil y rampante que envenena en su germen todo lo que hay de bello en la naturaleza. ¿Y envejeceré realmente, Diótima, si devuelvo la libertad a Grecia? ¿Envejecer? ¿Decaer, volverse un hombre como los otros? ¿Entonces, el joven ateniense, mensajero de la victoria de Maratón, debió hacer bien triste figura, sentirse bien vacío y desgraciado al franquear la cima del Pentélico y ver ante sí las llanuras del Ática?"

"¡Oh amor mío!", exclamó Diótima, "termina, te lo suplico; no te diré una palabra más. ¡Puedes partir, debes partir, orgulloso! ¡Ah!, cuando te veo así, ya no me siento con el menor poder, con el menor derecho sobre ti."

Y se echó a llorar amargamente, mientras yo permanecía ante ella en la actitud de un criminal. "¡Perdóname, celestial criatura!", exclamé, cayendo de rodillas ante ella; "¡perdóname; pero es preciso que así sea! No soy yo el que decide; ni siquiera el que piensa. Una fuerza, dentro de mí, me empuja, y no sé si es mi propia voluntad la que dicta mi resolución."

"Tu alma entera es quien te lo manda", me respondió ella. "No obedecerle conduce a menudo a la ruina; ceder, sería sin duda lo mismo. Lo mejor es

que partas; hay más grandeza en hacerlo. Obra, tú; yo tendré fuerzas para soportarlo."

HIPERIÓN A BELARMINO

A partir de ese momento Diótima cambió de una manera asombrosa.

Yo había comprobado con placer que, desde que nos amábamos, su vida, hasta entonces silenciosa y reservada, se exhalaba en miradas y en palabras benignas, y en su calma, siempre en armonía con su espíritu, vibraba a menudo para mí un ardiente entusiasmo. Pero ¡qué pronto se nos vuelve extraña un alma cuando, apenas abierta, se ve obligada, desde la primera mañana de su carrera, a elevarse hasta el cenit! Ya casi, por así decirlo, no se reconocía a la pobre criatura, a tal punto había en ella de sublimidad y de sufrimiento.

¡Ah, cuántas veces no me hube de prosternar ante esta divina criatura desolada, imaginándome, en mi dolor por ella, que mis lágrimas acabarían por disolver mi alma, cuando, por el contrario, cada vez me levantaba con un nuevo sentimiento de admiración y henchido de nuevas e irresistibles fuerzas! De su pecho oprimido, una llama había subido a su mirada; para sus votos y sus penas ya no había el suficiente espacio en su corazón; de ahí que sus pensamientos fueran tan sublimes como audaces. Lo que ahora reinaba en ella era una grandeza nueva, un poder que dominaba todo lo que era capaz de sentir. Era un ser superior; ya no era una simple mortal.

¡Oh Diótima mía, si entonces hubiera podido sospechar lo que había de llegar más tarde!

HIPERIÓN A BELARMINO

Estos nuevos proyectos encantaban también al prudente Notara, que me prometió un fuerte contingente de partidarios, esperando que pronto se pudiera ocupar el istmo de Corinto y desde allí dominara Grecia, de la que venía a ser la llave. Pero la suerte decidió otra cosa y redujo a nada todos sus esfuerzos, aun antes de haber podido dar su resultado.

Me aconsejó que no fuera a Tina, que descendiera directamente al Peloponeso, a ser posible sin despertar la atención de nadie. De camino, pensaba él, podría escribir a mi padre; el anciano, pensaba, otorgará más fácilmente su perdón a un hecho consumado que su consentimiento a un acto proyectado. A mi juicio, no era obrar bien, pero ¡qué sentimientos no habríamos sacrificado cuando se trataba de lograr un fin tan noble como el que nos proponíamos!

"Dudo", prosiguió Notara, "de que en el caso presente puedas contar con la ayuda de tu padre; así, voy a darte lo que necesitas para vivir y obrar durante algún tiempo. Me lo devolverás algún día, si puedes; si no, digamos desde ahora que lo mío es también lo tuyo. No te dé, pues, vergüenza aceptar este dinero", añadió sonriendo; "los corceles mismos de Febo no viven del aire, según nos cuentan los poetas."

HIPERIÓN A BELARMINO

Pronto llegó el día de los adioses.

Toda la mañana había permanecido arriba, en el jardín de Notara, al aire fresco del invierno, bajo los cipreses y los cedros, que todavía conservaban todo su verdor. Me sentía muy tranquilo. Encontraba en mi juventud las fuerzas que necesitaba para resistir

a la prueba y al dolor que presentía me llevaría como el viento a la nube.

La madre de Diótima había rogado a Notara, a nuestros otros amigos y a mí, que consintiéramos en pasar este último día en su casa. Aquellas buenas gentes se habían alegrado por Diótima y por mí, pues no les había escapado lo que nuestro amor tenía de grande. Así, todos ellos se disponían, en la hora de nuestra separación, a asistirnos y darnos su bendición.

Bajé; y encontré a mi querida Diótima en la cocina. Le parecía que aquel día era para ella como un deber sagrado atender a los quehaceres de la casa. Lo había arreglado y embellecido todo, sin permitir que nadie la ayudara. Todas las flores que quedaban en el jardín las había cortado, y en esa época ya avanzada del año, hasta había encontrado rosas y racimos de uva frescos.

Como conociera mi paso cuando subía, vino dulcemente hacia mí, con las mejillas todavía empurpuradas por la llama de hogar y sus ojos graves, que parecían agrandados, brillantes de lágrimas. Advirtiendo en seguida mi intensa emoción, me dijo:

"Entra, amor mío; mi madre está ahí; yo vuelvo en seguida."

Entré. La noble dama, que estaba sentada, me tendió su hermosa mano. "¡Ah, hijo mío!", exclamó. "Realmente, debería enojarme; ¿no me has quitado acaso a mi hija? Y con tus discursos, ¿no has ahuyentado de mí la razón? Has hecho lo que has querido, y he aquí que ahora te vas; pero, ¡perdonadlo, Potencias celestiales!, si no tiene razón en obrar como lo hace; y si la tiene, no vaciléis en darle vuestra ayuda!" Yo iba a responder cuando, justamente en ese instante, entró Notara con todos nuestros amigos, y, tras ellos, Diótima.

Guardamos silencio un segundo. Rendimos homenaje al amor entristecido que todos sentíamos, te-

miendo dejarnos llevar demasiado lejos por nuestras palabras o por pensamientos demasiado orgullosos. Al fin, después de haber cambiado unas palabras con Diótima, ésta me rogó que le hablara de Agis y Cleomenes, pues a menudo yo había hecho alusión con entusiasmo a estos dos héroes, y dicho que, como Prometeo, también ellos eran semidioses, y que en su lucha por los destinos de Esparta habían dado pruebas de más heroísmo que cualquiera de los héroes de las leyendas más maravillosas. "El genio de esos hombres", dije, "marca el crepúsculo de la historia de los griegos, de la que Teseo y Homero fueron la aurora".

Conté la historia, y cuando hube concluido, todos nos sentimos reconfortados de cuerpo y de espíritu.

"¡Feliz aquel", exclamó uno de nuestros amigos, "cuya vida puede alternar entre los placeres del corazón y la alegría de los combates!"

"¡Sí!", dijo otro, "el secreto de la eterna juventud ¿no consiste acaso en no gastar sus fuerzas más de lo conveniente y conservarse entero para el placer y el trabajo?"

"¡Ah!", dijo Diótima mirándome, "¿cómo me gustaría acompañarte!"

"Amor mío", le respondí, "es preferible que te quedes. La sacerdotisa no debe alejarse de su templo. Tú mantienes aquí la llama sagrada, mantienes lo bello en la paz y el silencio a fin de que a mi regreso vuelva a encontrarlo."

"Tienes razón, mi querido Hiperión, es preferible", dijo ella con voz que la emoción hacía vacilante; y ocultó sus bellos ojos de azur en su pañuelo, para no mostrar sus lágrimas y su turbación.

¡Ah Belarmino!, viéndola enrojecer así por causa mía creí que mi pecho iba a estallar. "¡Amigos!", exclamé, "os dejo este ángel, conservádmelo. Ya nada existiría a mis ojos, si no supiera que está segu-

ra aquí. ¡Dios del cielo, ni me atrevo a preguntarme de qué sería capaz si ella me faltara!"

"¡Cálmate, Hiperión!", dijo Notara, interrumpiéndome.

"¿Cálmame?", dije. ¡Oh buenas gentes! Encontráis natural inquietaros por vuestros frutales en flor y vuestros sembrados; no vacilaríais en rogar por vuestras viñas, ¿y no tendría yo derecho, en el momento de la separación, a impetrar del cielo por lo único que un alma adora?"

"Sí, mi querido amigo, sí", respondió Notara, conmovido; "y no te separarás de ella sin haberle dicho lo que deseas. Y ¡por los dioses testigos de vuestros puros amores!, estad seguros de mi bendición."

"Me haces recordar", le dije, "que es esta buena y querida madre la que debe bendecirnos, y servirnos contigo de testigo... ¡Ven, Diótima! Tu madre consagrará nuestra unión hasta que la linda parroquia que esperamos tener pronto nos case."

Puse una rodilla en tierra. Toda sonrojada, mirándonos con sus grandes ojos, pero con una sonrisa de fiesta en los labios, Diótima se puso también de rodillas a mi lado.

"Desde hace mucho tiempo", exclamé, "nuestra vida, ¡oh Naturaleza!, se confunde con la tuya; y lo mismo que para ti y para los dioses, el amor es quien en nuestro mundo mantiene la divina juventud."

"Hemos paseado por tus bosques", prosiguió Diótima, "y hemos sido como tú; hemos descansado al borde de tus fuentes y hemos sido como tú; hemos ido allá, al otro lado de la montaña, con tus hijos, las estrellas, lo mismo que tú."

"Cuando estábamos aún lejos el uno del otro", dije yo a mi vez, "cuando nuestro éxtasis naciente era todavía débil como el susurro de un arpa, cuando nos encontramos, cuando el sueño nos abandonó, y en nosotros se despertaron todos los sonidos para los

grandes acordes de la vida, ¡oh divina Naturaleza!, éramos entonces y siempre semejantes a ti, y en el momento de la separación, cuando el gozo expira, lo somos todavía; somos como tú, llenos de sufrimientos, pero buenos, sin embargo; y por eso es preciso que una boca pura atestigüe que nuestro amor es sagrado y eterno, como tú."

"Yo lo atestiguo", pronunció la madre.

"Lo atestiguamos", dijeron también los otros.

A partir de ese instante toda palabra fue ya superflua para nosotros. Yo me sentía el corazón más fuerte que nunca; tenía la impresión de que el momento propicio para hacer mis adioses había llegado.

"Mis queridos amigos", dije, "la hora de partir ha sonado." A estas palabras pareció como si la vida se retirase de todos los rostros. Semejante a una estatua de mármol, Diótima estaba en pie, y yo sentía claramente su mano menuda morir en la mía. Yo había matado todo en torno mío; me sentía como aislado, presa del vértigo en medio de un inmenso silencio, y mi ser lleno de vida no tenía ya nada en que apoyarse.

"¡Ah!", dije, "¿estáis ahí, todos tan fríos, mis queridos amigos, cuando un fuego devorador me abrasa el corazón? ¡Sólo los dioses de este hogar prestan oídos a mis palabras!... ¡Diótima!... ¡Guardas silencio, no ves!... ¡Ah, feliz tú, que no ves!"

"¡Vete, amigo mío, vete!", suspiró ella, "¡puesto que es absolutamente necesario; vete, mi bienamado!"

"¡Oh sonido delicioso de tu boca encantadora!", exclamé, permaneciendo en la actitud de un suplicante ante mi tierna diosa, "¡sonido delicioso!, ¡resuena una vez más en mis oídos, y vosotros, ojos queridos, deteneos una vez más en mí!"

"¡No hables así, amigo mío!", dijo ella. "Dime, te lo ruego, palabras más serias, palabras que me den valor."

Quise contenerme; pero tenía la impresión de estar soñando.

"¡Desgraciado de mí!", dije, "éstos no son adioses con esperanza de regreso."

"¿Quieres matarla?", gritó de pronto Notara...

"¡Mírala: ella está llena de serenidad, y tú, en cambio, fuera de ti!"

La miré, y de mis ojos brotaron lágrimas ardientes.

"¡Adiós, Diótima", le dije, "adiós, cielo de mi amor!... ¡Seamos valientes, mis queridos amigos, mi querida madre! Yo fui para ti alegría y dolor. ¡Adiós, adiós!"

Salí tambaleándome. Solamente Diótima me siguió. Había caído la tarde y en el cielo subían las estrellas. Nos habíamos detenido, silenciosos, al pie de la casa. En nosotros, y alrededor de nosotros, había algo de la eternidad. Tierra como el azur, Diótima me envolvía con todo su ser. "¡Mi loco querido!", me susurró misteriosamente al oído, con la sonrisa en sus labios de un ser inmortal, "¿qué es, después de todo, la separación?"

"Yo también me siento otro ahora", le dije, "y me pregunto qué es lo que es un sueño, si mi pena o mi alegría."

"Las dos", respondió ella, "y las dos son buenas."

"Alma perfecta", exclamé, "hablaré como tú. En el firmamento es donde nos reconoceremos. Que entre tú y yo, él sea nuestro símbolo, mientras nuestros labios estén condenados al silencio."

"Así sea", dijo ella, con voz lenta, y un acento que jamás le había oído... Ése fue el último son de su voz que llegó a mi oído. Su querida silueta desapareció en la sombra del crepúsculo, y no sé si fue realmente ella la que percibí cuando me volví por última vez y apareció a mis ojos, por espacio de un segundo, una forma imprecisa y fugitiva que se desvaneció rápidamente en la noche.

HIPERIÓN A BELARMINO

¿Por qué reavivar mis sufrimientos refiriéndotelos y renovar en mí las emociones de mi juventud? ¿No basta haber recorrido una vez el círculo de las cosas mortales? ¿Por qué no me permanezco en la serenidad que mi alma había concluido por recobrar?

La razón, mi querido Belarmino, es que cada alentar nuestro tiene su valor para nuestro corazón, y cada una de las metamorfosis de la naturaleza contribuye también a su belleza. Cuando nuestra alma ha pasado por todas las pruebas de la vida, y ha concluido por hallar una paz sagrada en el aislamiento, ¿no es acaso como el árbol deshojado, como una cabeza privada de sus rizos? ¡Ah Belarmino, amigo mío! he descansado un momento; he vivido, como un niño, a la sombra apacible de las colinas de Salamina, olvidando el destino y la ambición de los hombres. Desde esa época muchas cosas han cambiado de aspecto a mis ojos, y la paz que ha logrado mi alma es tal que puedo, sin temor a turbarla, posar mis miradas en cualquier dolor humano. ¡Ah!, amigo mío, el espíritu es lo que acaba por reconciliarnos con todas las cosas. Tú tal vez no lo creas, por lo menos si soy yo quien te lo dice. Pero creo que habrías advertido por la simple lectura de mis cartas hasta qué punto, de día en día, mi alma se ha ido apaciguando. En adelante, te lo repetiré tantas y tantas veces, que no tendrás más remedio que acabar por creerlo.

Te envió las cartas que Diótima y yo nos hemos escrito luego de mi partida de Calauria. Son lo más íntimo y precioso que puedo confiarte, y la expresión más genuina de esos días de mi vida. No te llevarán, casi, el menor eco del estruendo de la guerra; pero te hablarán largamente de mi existencia, que, en el

fondo, es lo que deseas. Verás también en ellas hasta qué punto fui querido. Seguramente, no soy yo quien jamás habría podido decírtelo; sólo Diótima es capaz.

HIPERIÓN A DIÓTIMA

Me siento libre al fin de las mortales angustias de la separación, oh Diótima mía. Mi espíritu sale de ella fortalecido como después de un sueño reparador.

Te escribo estas líneas desde lo alto de uno de los picachos de la montaña de Epidauro. Tu isla, Diótima, brilla a lo lejos con un débil resplandor, y allá abajo el estadio en que debo vencer o morir. ¡Oh Peloponeso! ¡Oh vosotras, fuentes del Eurotas y del Alfeo! En vuestras riberas se decidirá la suerte. Del fondo de los bosques espartanos, como un águila, con gran rumor de alas, se lanzará el antiguo genio de la comarca para conducir nuestro ejército a la victoria.

Pero mi alma arde en deseos de realizar grandes acciones, y desborda de amor hacia ti, Diótima. Escruto con mis ojos los valles de Grecia, como si fuese un poderoso mago que no tuviera más que gritar: ¡levantaos, ciudades de los dioses!

Un dios, sin duda, debe habitar en mí, pues ahora apenas me hace sufrir nuestra separación. Como las sombras de los muertos a orillas del Leteo, mi alma vive ahora con la tuya en el cielo libre, y el destino ha cesado de regir nuestros amores.

HIPERIÓN A DIÓTIMA

Estoy ahora en pleno Peloponeso. La cabaña en que he dormido es la misma en que antes pasé una noche, cuando, en compañía de Adamas, atravesé este país. ¡Qué feliz era entonces, cuando, sentado en el banco, delante de la casa, escuchaba el ruido de una caravana que venía de lejos, y el chapoteo de la fuente vecina que derramaba sus aguas límpidas en la taza bajo las acacias en flor!

Ahora me siento de nuevo feliz. Viajo a través de esta comarca, como a través del bosque de Dodona, cuyos robles resonaban de gloriosas palabras proféticas. No veo más que grandes acciones, en el pasado y en el porvenir, aunque de la mañana a la noche camino bajo la bóveda azulada del cielo. Créeme, Diótima, el hombre que atraviesa un país como éste y puede todavía soportar un yugo sobre sus hombros sin volverse un Pelópidas, o no tiene corazón, o está totalmente desprovisto de razón.

¿Habrá dormido demasiado tiempo este genio? ¿O han transcurrido los tiempos sin que uno los advirtiera, como transcurre el río de los Infiernos, turbado y silencioso, en su triste ociosidad? Y sin embargo en todas partes están preparados. Todas las poblaciones montañosas de las regiones circunvecinas arden en un fuego vengador y, como una gran nube tempestuosa, esperan en silencio que el huracán las arrastre. ¡Diótima, déjame hacerles sentir el soplo de Dios, déjame hacerles oír una palabra salida del corazón, Diótima! No temas. No son tan salvajes como se cree. Conozco su naturaleza y lo que tiene de ruda. Puede burlarse de la razón, pero pacta con el entusiasmo. Y el único que no se engaña nunca es el que pone toda su alma en lo que hace. No necesita jugar al más listo con nadie, puesto que no tiene a quien combatir.

HIPERIÓN A DIÓTIMA

Mañana estaré con Alabanda. Siento un verdadero placer en preguntar el camino de Coron y lo pregunto con más frecuencia de lo necesario. Quisiera tener las alas del sol para volar hasta él, pero me complazco en retardar el momento, y me hago la pregunta: ¿cómo estará?

¡Hombre admirable! ¿Por qué nacería yo más tarde que tú? ¿Por qué no tuvimos ambos la misma cuna? Me es imposible soportar la diferencia que existe entre nosotros. ¿Por qué vivía yo en Tina como un joven pastor ocioso y me contentaba con soñar en los que se le asemejaban, mientras él empleaba ya su actividad en medir sus fuerzas con las de la naturaleza, y en luchar contra el mar, contra el aire y contra todo los elementos? ¿Nada, pues, me impulsaba a buscar los placeres de la acción?

Pero yo lo alcanzaré, me daré prisa. ¡Por los dioses!, que estoy ahora más que maduro para la tarea. Mi alma se rebelaría contra sí misma, si yo no me librara pronto por medio de una vida activa.

¡Doncella sublime! ¿Cómo pude existir en tu presencia? ¿Y cómo pudiste querer a un ser ocioso como yo?

HIPERIÓN A DIÓTIMA

¡Oh mi querida Diótima! ¡Lo he vuelto a encontrar!

¡Qué ligero me siento el corazón, y qué flexibles los músculos! Y el porvenir, el porvenir, que me atrae como un agua profunda y transparente, nos invita a refrescar bañándonos nuestra sangre ardorosa. Pero basta de charla. Alabanda y yo somos más que nunca todo el uno para el otro. Nos sentimos más libres

en nuestras relaciones de amistad, sin que por ello la plenitud y la intensidad de nuestra vida resulten disminuidas.

¡Ah, qué razón tenían los antiguos tiranos para oponerse a amistades como la nuestra! En ellas se cobran las fuerzas de un semidiós, y no se tolera la menor depravación en torno.

Cuando entré en su aposento atardecía. Acababa de dejar su trabajo, y sentado en un rincón alumbrado por los rayos de la luna, junto a la ventana, seguía el curso de sus pensamientos. Como yo estaba en la penumbra, no me reconoció y me miró con aire indiferente. Los dioses sabrán por quién me tomó. “¿Qué”, exclamó, “cómo va eso?” “Regular”, le respondí. Pero en vano traté de disimular. Mi voz traslucía demasiado visiblemente la alegría que me inundaba... Entonces, saltando de su asiento, dijo: “¿Es posible? ¿Eres tú?” “¡Pues claro que soy yo!”, exclamé arrojándome en sus brazos. “Ahora”, dijo Alabanda, “¡oh!, ahora, Hiperión, todo va a tomar un aspecto nuevo”.

“Así lo creo”, le dije, estrechando alegremente su mano. “¿Me conoces, pues, todavía?”, prosiguió Alabanda, al cabo de un instante, “¿tienes siempre la misma fe que antes en Alabanda? Querido y generoso amigo, ¿tú sabes que nunca he sido tan feliz como cuando sentía tu amor irradiar sobre mí?”

“¿Cómo?”, exclamé, “¿es Alabanda el que habla? Poco orgullo pones en tus palabras, amigo mío. Pero es un signo de los tiempos que las naturalezas de héroe tengan ahora que mendigar los honores y que el corazón humano, tan enamorado de la vida, se dedique, como un huérfano, a recoger unas partículas de amor”.

“¡Amigo mío!”, exclamó él; “como ves, empiezo a envejecer. Esta existencia relajadora que se lleva un poco en todas partes, y además la historia de esos

ancianos a cuya casa quise llevarte, en Esmirna, para formarte...”

“¡Qué amargura”, dije, “ver que el dios de la Muerte, ese dios sin nombre que se llama el Destino, haya también osado atacarlos a ellos!”

Trajeron una luz y de nuevo nos miramos en silencio con la más tierna atención. Desde el día en que el espíritu había germinado en nuestras almas, el exterior de mi amigo se había sensiblemente modificado. Como el sol del mediodía en un cielo pálido, sus grandes ojos amantes brillaban en su rostro ajado con el más vivo resplandor al contemplarme.

“¡Amigo mío!”, me gritó Alabanda en tono amistoso, al advertir que yo lo observaba, “cesa de lanzarme esas miradas melancólicas. Ya sé que he envejecido bastante. ¡Ah, mi querido Hiperión, cómo ardo en deseos de realizar algo grande, verdadero! Y contigo es con quien espero llevar a cabo este deseo. Me llevas casi toda la cabeza, eres más ágil, más fuerte que antes, y no sabes cómo me alegra todo ello. Yo parezco una región desecada, y tú eres la bienhechora tempestad... ¡Qué suerte que hayas venido!”

“¡Vamos, calla!”, le dije, “extravías mis sentidos, cuando precisamente lo mejor que podríamos hacer es no hablar de nosotros antes de haber demostrado que somos capaces de obrar”.

“¡Exactamente!”, dijo Alabanda con alegría, “sólo cuando resuena el cuerno de caza los cazadores se animan”.

“¿Y comenzará pronto?”, pregunté.

“La cosa marcha”, dijo Alabanda, “la cosa marcha y puedo asegurarte, mi querido Hiperión, que será seria. ¡Ah, puedan las llamas del incendio subir hasta la cima de la torre, consumir la bandera, y enfurecerse alrededor de sus muros hasta que estallen y se vengán abajo! Pero, sobre todo, no te

y entreabría los labios como los pétalos de una flor, y su tristeza se fundía en una sonrisa. ¡Oh vosotros, los rayos divinos con que me ilumina su mirada: cómo resplandecíais! Brotabais de esa fuente embriagadora en que, a la sombra de las pestañas que la abrigan, relampaguea y tiembla la vida imperecedera.

¡Dioses inmortales! ¡Qué hermoso era cuando su mirada se posaba en mí! ¡Cómo se erguía ante de mí, mi joven héroe, tan gallardo, tan ligero, que parecía un palmo más alto! Los brazos caídos, en una actitud modesta, como si no hubiera sabido qué hacer. Y ¡qué transporte en su mirada cuando me buscaba con sus ojos, como si de pronto yo hubiera desaparecido, como si hubiera levantado el vuelo hacia los cielos! ¡Y con qué dulzura, con qué cordialidad me sonreía, sonrojándose al ver que yo continuaba allí! “¿Eres tú, eres tú realmente?”, me preguntaba él, mientras un relámpago brillaba a través de los húmedos ojos de mi Apolo.

¿Y por qué se me acercaba así, con semejante veneración, con tan amorosa superstición? ¿Por qué bajaba su cabeza ensortijada?

¿Por qué ese favorito de los dioses se sentía tan tímido y tan triste? Su genio era demasiado afortunado para estar solo, y el mundo era demasiado pobre para recibirlo. ¡Ah, qué hermoso cuadro esa mezcla de grandeza y de dolor! Pero ahora todo ha cambiado: las penas se han desvanecido; tiene una misión que cumplir. El enfermo está curado.

Tenía el corazón henchido de tristeza cuando me puse a escribirte, elegido de mi corazón. ¡Ahora lo tengo lleno de alegría. Así, hablando de ti, la felicidad volvió a mí. ¡Ojalá sea siempre así! ¡Adiós!

HIPERIÓN A DIÓTIMA

A pesar de todo, y antes de que empiece el zafarrancho de combate, hemos celebrado tu fiesta, ¡oh Vida esplendorosa! Fue un día maravilloso. La dulce brisa primaveral que soplabá del oriente y los rayos del sol hacían subir tu nombre a nuestros labios, como hacían abrirse las flores en las ramas de los árboles, y todos los deliciosos secretos del amor se escapaban de mi corazón como el aliento de mi boca. Nunca nuestro amigo había sido testigo de un amor como el nuestro, y nada más encantador que ver la atención con que este hombre tan altivo escuchaba mis palabras, y la avidez con que sus ojos y su espíritu trataban de representarse tu imagen y tu ser.

“¡Sí, seguramente!”, acabó por exclamar, “sin duda vale la pena de batirse por un país que, como nuestra Grecia, da a luz tan nobles criaturas”.

“Es verdad, mi querido Alabanda”, dije; “vamos alegremente al combate, una llama divina nos impulsa a las grandes acciones cuando nuestro espíritu se siente reconfortado por la visión de semejantes seres; entonces el objetivo hacia el cual marchamos no tiene nada de mezquino; no tenemos que preocuparnos de esto o aquello; podemos ocuparnos del exterior de las cosas sin tratar de penetrar en su espíritu, y bebemos el vino simplemente porque la copa es bella. Y no nos detendremos, Alabanda, hasta que la felicidad del Genio no sea un secreto para nadie, y el brillo de nuestro triunfo se refleie en todos los ojos, y de todos los desvaríos y todos los sufrimientos surja, más resplandeciente que nunca, el espíritu humano, tan largo tiempo ausente, para saludar con un canto de victoria el suelo de la patria reconquistada.

dos y estrecharos como se oprime una dulce presa.

¡Oh Diótima! ¡Oh Alabanda! ¡Nobles criaturas, tan grandes en vuestra serenidad! ¡Con qué ardor tendré que cumplir mi tarea, si no quiero verme obligado a huir ante mi propia felicidad, es decir, ante vosotros dos!

Acabo de recibir tu carta, amada mía, justamente cuando escribía estas líneas.

¡No te desconsueles, mi tierna amiga, no te desconsueles! Consérvate libre de todo pesar para nuestras futuras fiestas patrióticas, ¡oh Diótima!, para el día en que festejaremos juntos la naturaleza; consérvate para la divina fiesta del dios del Amor.

¿No ves ya Grecia?

¿No ves cómo los astros inmortales, contentos de esta nueva vecindad, sonríen sobre nuestras ciudades y nuestros bosques, y cómo nuestro antiguo mar, al aspecto del pueblo que pasea por su ribera, recuerda a los atenienses de antaño, y como a sus antiguos favoritos nos trae presagios de felicidad sobre sus ondas alegres?

¡Alma fuerte y admirable! ¡Tú, que ya eres tan hermosa, cómo serás cuando vivas bajo tu verdadero cielo y florezcas en una gloria de éxtasis!

DIÓTIMA A HIPERIÓN

Desde que te fuiste, mi querido Hiperión, he vivido casi siempre encerrada. Pero hoy he salido de nuevo.

En el aire suave de este mes de febrero he recobrado un poco de vida, y te la envío. Esta frescura de la atmósfera que se entibia me ha hecho bien, y una vez más he sentido la nueva embriaguez de la naturaleza y de las plantas, siempre las mismas en su pureza en esta época del año en que todo está de

duelo y donde, llegado el momento, todo renacerá a la alegría.

¡Oh mi Hiperión! ¿Por qué, pues, los caminos de nuestra vida no son apacibles también? Invierno, primavera, verano y otoño, son nombres sagrados, pero no los observamos. ¿No es un verdadero pecado tener el alma llena de tristeza en la primavera? ¿Por qué, entonces estamos tristes?

No te enojés, Hiperión. Los hijos de esta tierra no viven sino por el sol, y yo sólo vivo por ti. Si tengo otras alegrías, ¿qué de extraño que tenga también otras penas? ¿Deberé, sin embargo, estar por eso triste?

¡Querido y noble corazón! ¿Cómo podría yo marchitarme cuando tú estás tan resplandeciente? ¿Cómo mi corazón podría flaquear cuando toda las fibras del tuyo se hallan animadas por el deseo de vencer? En otro tiempo, si yo hubiera oído decir que un joven griego se había levantado para arrancar al pueblo de su ignominia y devolverlo a su madre, la antigua Belleza de que nació, ¡qué asombro habría sacudido mi alma de niña, y con qué ardor habría deseado tener el retrato de un ser tan querido! Y ahora, que está ahí, y que es mío, ¿verteré lágrimas? ¡Sería una locura! ¡Como si fuera posible alguna duda, como si él, el héroe mozo, no fuera realmente mío! ¡Oh vosotras, Sombras de los tiempos felices que pasamos juntos! ¡Oh vosotros, mis queridos recuerdos!

Paréceme en verdad que fue ayer aquella maravillosa velada en que conocí al extranjero que había de ser mi dios. Él, como un Genio desolado, brillaba en la sombra del bosque donde la niña inocente que yo era pasaba su juventud soñando... Vino en la brisa de mayo, en esta maravillosa brisa de Jonia que lo hacía aún más hermoso a mis ojos. Todavía estoy viendo cómo levantaba ella los bucles de sus cabellos,

contemplar en todo su esplendor el cielo, la tierra y el mar?

Después, hasta mediodía, los instruyo en el manejo de las armas y les hago hacer marchas y ejercicios. El buen humor los vuelve dóciles, y hace de mí un buen jefe. Tan pronto quedan en pie, apretados unos contra otros, con una calma macedónica, agitando sólo los brazos; tan pronto parten como flechas, juegan en grupos pequeños ensayando los golpes más audaces, en los que la agilidad y la fuerza alternan según las situaciones, donde cada uno es su propio jefe; luego, se reúnen de nuevo en un punto donde están seguros... Pero siempre, en el curso de esos ejercicios militares, sea en la marcha, sea en el reposo, tienen, como yo, presente al espíritu la visión de aquellos que sirven al tirano, y del campo en que esta vez se jugará la gran partida.

Más tarde, cuando el sol quema, se celebra consejo en el bosque, y es un verdadero placer discutir así las cosas del porvenir en la paz y el silencio. Sacamos nuestra fuerza de lo imprevisto, somos los amos del destino. Provocamos la resistencia de nuestro adversario en la medida que nos conviene: lo empujamos a que ataque allí donde estamos mejor preparados para recibirlo. O, si no, lo observamos, fingimos temerle, y lo dejamos avanzar hasta que él mismo se entrega a nuestros golpes. A veces también le ganamos en velocidad, sembrando el pánico en sus filas. Esto constituye para mí una panacea; pero los doctores más experimentados no tienen en mayor estima este remedio de todos los males.

Cuando cae la tarde, ¡con qué alegría me doy al placer de recorrer, en compañía de Alabanda, montando nuestros briosos corceles, las colinas enrojecidas por los fulgores del sol! Desde las cimas donde nos detenemos, mientras la brisa juega con las crines

de nuestros caballos y su leve rumor acompaña nuestras palabras, miramos a lo lejos, hacia Esparta y el país que serán el premio de nuestros combates. Cuando estamos de regreso y ambos sentados, a la dulce frescura de la noche, la copa aromática y la frugal comida ante nosotros alumbradas por la luna, en la calma sonriente que reina entre nosotros, nos sube a la memoria como una nube, del suelo sagrado que pisamos, el recuerdo de los antiguos... ¡Qué felicidad, en un momento semejante, estrechar una mano amiga!

Alabanda me habla entonces de muchos conocidos suyos, a quienes atormenta el mal del siglo, de las nuevas y extrañas vías que la vida se abre desde que el camino recto se halla obstruido; y mis pensamientos se detienen entonces en mi buen Adamas, presa de la necesidad de viajar, del irresistible deseo de ir hasta el fondo del Asia... Todo ello, mi viejo amigo, no son sino paliativos, y yo quisiera poder gritarle: ¡vuelve!, construye tu mundo con nosotros, pues nuestro mundo es también el tuyo.

Y el tuyo también, Diótima querida, ya que en realidad no es más que una copia de lo que eres tú misma. ¡Ah, no poder realizar también nosotros una obra que tenga tu serenidad elísea!

HIPERIÓN A DIÓTIMA

Por tres veces hemos salido con ventaja en las escaramuzas en que los combatientes se entremezclaban como los relámpagos de una violenta tempestad. Todo ha sido asolado como por las llamas. Navarino es nuestro, y nos hallamos ahora al pie de los muros de la fortaleza de Misitra, lo que resta de la antigua Esparta. Yo he plantado sobre una ruina, delante de la colina, la bandera que arrebaté

de una trinchera albanesa. En mi alegría, arrojé mi gorro turco al Eurotas, reemplazándolo después por el casco griego.

¡Ah, cómo me gustaría verte ahora, oh mi adorada, verte y tomar tus manos para oprimirlas contra mi corazón, que pronto no podrá tal vez resistir a la alegría! ¡Sí, pronto; pues dentro de una semana quedará libre acaso nuestro viejo, noble y querido Peloponeso!

Entonces, mi bienamada, entonces, tú serás la que me enseñe la piedad; tú, la que has de enseñar a mi corazón cómo debe orar. Pero, ¿no haría mejor en callarme? Pues ¿qué hice realmente hasta aquí? Y aun cuando hubiera hecho algo de que valiera la pena hablar, ¿habría de olvidar por ello todo lo mucho que queda por hacer? Pero ¿es culpa mía si mi pensamiento se adelanta de ese modo al tiempo? ¡Cuánto más me gustaría que fuese justamente lo contrario, que el tiempo y los hechos precedieran a mis pensamientos, y que la victoria alada volara delante de la esperanza!

Mi amigo Alabanda está radiante como una desposada. El porvenir me sonríe en cada una de sus miradas, y es lo que todavía calma un poco mi impaciencia.

¡Diótima!, yo no querría cambiar esta feliz perspectiva por la más bella de las épocas de la antigua Grecia, y la más insignificante de nuestras victorias me es más querida que Maratón, las Termópilas y Platea. ¿No tengo razón? La vida, ¿no es más preciosa para el convaleciente que para el que goza de ella sin haber conocido nunca la enfermedad? Apreciamos la juventud cuando sentimos que nos escapa. Y sólo cuando la recobramos después de haberla creído perdida, colma realmente de placer nuestra alma.

He plantado mi tienda a orillas del Eurotas, y

si, mediada la noche, despierto por azar, el viejo dios del río me advierte con el rumor de sus ondas que huyen delante de mí, y sonriendo cojo las flores de su ribera y las esparzo sobre sus aguas diciendo: llévalas, como símbolos de la vida antigua que pronto ha de renacer en tus orillas.

DIÓTIMA A HIPERIÓN

Mi querido Hiperión, he recibido las cartas que me has escrito de camino. Lo que me dices me impresiona sobremanera, y a pesar de mi amor a ti, con frecuencia me estremece el pensamiento de que el joven tan tierno que vertía lágrimas a mis pies se haya metamorfoseado en un ser tan temible.

¿No desaprenderás por ello el amor?

Como quiera que sea, continúa siempre tu marcha hacia adelante. Yo te seguiré. Hasta creo que, si te fuera posible odiarme, comprendería muy bien ese sentimiento y me esforzaría por odiarte igualmente. Así, nuestras dos almas permanecerían siempre al mismo diapasón, y lo que te digo aquí, Hiperión mío, no es una exageración dictada por la vanidad.

Yo misma me he vuelto muy distinta de la que era. Me falta la facultad de ver el mundo con ojos serenos y hallar placer en todo lo que vive. Sólo la inmensidad del cielo estrellado atrae todavía mis miradas. En cambio, mis pensamientos se fijan con más ahinco aún en los grandes espíritus del mundo antiguo, y en la manera como éste finalizó su existencia sobre la tierra. Las mujeres más célebres de Esparta, sobre todo, han ganado mi corazón. Ello no me hace olvidar a los nuevos e intrépidos combatientes para los que ha sonado la hora. Con frecuencia el ruido de sus victorias sube hasta mí a través

del Peloponeso, y resuena cada vez más claramente; a menudo los veo invadiendo como una marejada los bosques de Epidauro; veo en la distancia sus armas brillando al sol, que como un heraldo los acompaña, y a ti, ¡oh mi Hiperión!, pasando rápidamente por Calauria para saludar los bosques silenciosos de nuestros amores, para verme a mí de nuevo y volar de nuevo a tu tarea; y no vayas a creer que temo el resultado. ¡Amigo mío tan querido!, a veces me siento casi invadida por esta idea; pero las grandes cosas en que pienso en seguida son para mí como la llama que detiene a la helada.

¡Adiós, amigo mío! Acaba tu obra, como el espíritu te ordena, y haz que la guerra toque pronto a su fin. Hazlo por amor a la paz, a esta hermosa y nueva paz de oro, gracias a la cual, como tú decías, las leyes de la naturaleza quedarán un día inscriptas en nuestro código; y la vida misma y la divina Naturaleza, que no podrían inscribirse en libro alguno, estén en el corazón de la comunidad. ¡Adiós!

HIPERIÓN A DIÓTIMA

Habrías hecho bien en calmar mi ardor, mi querida Diótima; habrías debido aconsejarme que no obrase con precipitación, sino que arrancase más bien poco a poco la victoria al Destino, como a un deudor recalcitrante el pago de su deuda. ¡Mi adorador!, la inacción es para mí la peor de las cosas. Mi sangre se congela en mis venas, a tal punto me consume el permanecer aquí ocioso en lugar de seguir adelante, el verme obligado de continuo a avanzar lentamente. Nuestros soldados querían lanzarse al asalto; pero ello no haría sino exaltar hasta la embriaguez los espíritus ya tan agitados, y ¡adiós todas mis esperanzas el día en que los malos ins-

tintos empiecen a fermentar y destruyan la disciplina y el amor!

No puedo decirte nada con precisión, pero creo que sólo algunos días nos separen de la rendición de Misitra; sin embargo, yo querría que estuviésemos más adelantados. En medio de este campo tengo la impresión de hallarme en una atmósfera de tempestad. Tasco el freno y mis hombres me inquietan. Reina entre ellos un ardor bélico que se me antoja excesivo.

Pero sin duda es una tontería el dar tanta importancia a mi humor. La vieja ciudad lacedemonia bien vale que se sientan algunas inquietudes antes de poseerla.

HIPERIÓN A DIÓTIMA

Todo ha concluido, Diótima. Nuestros hombres se han entregado al saqueo, y han asesinado a nuestros hermanos sin distinción, a los griegos de Misitra, que eran inocentes; los que han escapado vagan sin abrigo, y su rostro aterrado clama venganza al cielo y a la tierra contra los bárbaros a la cabeza de los cuales iba yo.

¡Ya puedo ir a hablarles ahora de la buena causa! No cabe duda que ganaré fácilmente sus corazones.

Pero, también, ¡qué equivocación la mía! ¿Acaso no conocía de sobra a mis gentes? ¿No era un proyecto descabellado querer crear un Eliseo con el apoyo de una banda de forajidos?

¡No, por la sagrada Némesis! No tengo sino lo que merezco, y debo soportarlo, y lo soportaré, hasta que el dolor me prive de todo mi conocimiento.

¿Crees que me dejo llevar por la exaltación? He recibido una honorable herida de manos de uno de mis fieles, en el momento en que traté de oponerme

a la matanza. Si me dejara llevar por la cólera, arrancaría mi venda, y mi sangre podría correr sobre la tierra estremecida a que pertenece.

¡Tierra fúnebre, tierra desolada, que yo quería cubrir de bosques sagrados, que yo quería ornar con todas las flores de la vida griega! ¡Ah, mi querida Diótima, qué hermoso habría sido! ¿Dirás que me falta coraje? ¡Amor mío!, son demasiadas desgracias juntas.

Por todas partes bandas de locos furiosos invaden el país; el furor del pillaje se propaga por toda la Morea como una epidemia y el que no echa mano a la espada es sacado de su casa y degollado sin piedad. A eso llaman combatir por la libertad. Otros, igualmente salvajes, pagados por el sultán, se conducen como los primeros.

En este momento me llega la noticia de que este infame ejército acaba de ser dispersado. Estos cobardes se encontraron en Tripolisa con una tropa albanesa, inferior en número a la mitad; pero como no había nada que robar, todos estos miserables se dieron a la fuga; los rusos que hicieron la campaña con nosotros, cuarenta valientes, fueron los únicos que resistieron y se hicieron matar hasta el último.

Heme de nuevo solo con Alabanda, como al principio. Desde que este fiel amigo me vió caer sangrando en Misitra, lo ha olvidado todo: sus esperanzas, su ardor belicoso, su propia desesperación.

Transportado de una cólera terrible, se precipitó como un dios vengador en medio de los saqueadores y me sacó de la tormenta con mil precauciones, los ojos bañados en lágrimas. Después no me ha dejado un instante en la choza donde estoy tendido. No podría decirte la alegría que siento, pues si él hubiera seguido al grueso del ejército, yacería ahora en el polvo de los campos de Tripolisa.

¿Qué será de nosotros? Lo ignoro. El Destino me

sumerge otra vez en la incertidumbre, y debo confesar que lo he merecido. Y lo más cruel es que mi vergüenza me impide aparecer ante ti, ¡quién sabe por cuánto tiempo!

¡Desgraciado de mí! ¡Yo, que te prometía una Grecia nueva, sólo tengo lamentaciones que ofrecerte! ¡Trata de hallar consuelo en ti misma!

HIPERIÓN A DIÓTIMA

Con gran trabajo encuentro palabras con que escribirte.

Se siente gusto en hablar, se charla a la manera de los pájaros, cuando la gente lo incita a uno, como cuando sopla la brisa de mayo; pero, entre el mediodía y el anochecer pueden sobrevenir muchas cosas, y después de todo, ¿qué se habrá perdido con no hablar?

Créeme y dilo, como yo lo digo, desde el fondo del alma: el lenguaje es cosa superflua. Lo que tenemos de mejor queda intacto en el fondo de nosotros, como la perla en el fondo del mar... Pero lo que quería escribirte —pues, al fin y al cabo, cada cuadro necesita su marco y cada hombre un oficio—, es que tengo la intención de servir, por algún tiempo, en la flota rusa; pues, por lo que a los griegos se refiere, nada tengo ya que ver con ellos.

¡Oh amada mía: qué oscuro se ha vuelto todo alrededor de mí!

HIPERIÓN A DIÓTIMA

Largo tiempo he vacilado, largo tiempo he luchado; pero no hay más remedio.

Sé que es necesario, y porque lo sé tengo que llevarlo a cabo. ¡No te equivoques sobre el sentido de mis palabras! ¡No te apresures a maldecirme! No tengo más remedio, Diótima mía, que aconsejarte que me abandones.

¡Querida y deliciosa criatura! Ya no puedo ser nada para tí. La fuente de mi alma se ha secado, y mis ojos se han vuelto indiferentes a todo lo que vive. Mis labios están secos; de mi pecho ya no brota el dulce hálito del amor.

Un solo día ha sido suficiente para arrebatarme toda mi juventud; he llorado en las orillas del Eurotas todas las lágrimas de mis ojos. Sí, Diótima, del Eurotas, de cuyas ondas se exhala un gemido por nuestra irremediable vergüenza al pie de las ruinas de Lacedemonia. Allí el Destino, según con su guadaña mi juventud... ¿Debería yo recibir tu amor como una limosna? Ya no soy absolutamente nada, como no sea el hombre más ignorado del mundo, el lacayo más pobre. Estoy desterrado, puesto en el índice como el último de los rebeldes y en lo por venir, más de un griego de Morea, hablando de nuestras hazañas, las contará a sus hijos como se cuenta una historia de bandidos.

Hay todavía una cosa, Diótima, que no te he dicho hasta hoy, y es que mi padre me ha renegado solemnemente, me ha expulsado, sin esperanza de retorno, del techo bajo el cual transcurrió mi juventud; no quiere volver a verme, ni en este país ni en otro alguno, como él dice. Tal fue su respuesta a la carta en que le anunciaba el comienzo de mi empresa.

Pero que tu compasión por mí no te extravíe. Créeme, una alegría nos queda todavía en cualquier lugar que estemos. El verdadero dolor puede convertirse en una fuente de entusiasmo. El que pisotea sus propias miserias, se eleva por encima de los otros. Y es admirable que tengamos que empezar por tener el alma herida para apreciar la libertad. ¡La libertad! ¡Qué hondura en esta palabra, Diótima, para el que la comprende realmente! Me siento herido en el alma, mi decepción excede cuanto pueda imaginarse, he perdido toda esperanza, mi vida ya no tiene objeto, soy un hombre deshonorado; y sin embargo, existe en el fondo de mí una fuerza misteriosa, indomable, que me llena el corazón de dulces estremecimientos cada vez que algo se agita en mí.

Además, tengo todavía a mi querido Alabanda. Tampoco él tiene mucho más que esperar que yo. Puedo, pues, sin preocuparme, conservarlo para mí. ¡Ah!, un hombre dotado como él de todas las cualidades, habría merecido una suerte mejor. Se ha vuelto tan dulce, tan sereno, que me lastima el alma. Pero nos sostenemos mutuamente. No nos decimos nada. ¿Qué podríamos decirnos? Y sin embargo, ¡qué placer sentimos en los servicios menudos que nos prestamos el uno al otro!

Ahora reposa y hasta en nuestro infortunio tiene todavía una sonrisa de resignación. ¡Corazón valeroso! Que no sospeche lo que hago en este momento; pues, si lo supiera, se opondría. Es preciso que le escribas a Diótima, me ha ordenado, y que le digas que se disponga a partir contigo a un país más hospitalario. Pero ignora que un corazón que, como el suyo y como el mío, ha conocido la desesperación, no está hecho para ser ofrecido a una mujer amada. ¡No, no! Tú no podrías vivir nunca en paz junto a Hiperión; acabarías, forzosamente, por serle in-

fiel, y he ahí una cosa que quiero a toda costa evitarte.

Así, por ti y por mí, por los dos, vale más que nos separemos. ¡Adiós, pues, mi querida y dulce amiga, adiós! Desearía poder añadir: ve lejos, muy lejos, a algún lugar donde se perciban, como el ruido de una fuente borboteante, los estremecimientos de la vida. Desearía poder indicarte un país más libre, un país en que los hombres comulguen en un mismo sentimiento de belleza física y moral, y decirte: ¡refúgiate allí! Pero, ¡oh cielos!, si eso fuera posible, yo no sería el desgraciado que soy y no tendría razón alguna para separarme de ti... ¿Separarme de ti? ¡Ah!, ¿sé acaso todavía lo que hago? ¡Y yo que me creía tan sereno, tan juicioso! Me siento ahora como atacado de vértigo y mi corazón se agita tan febrilmente en mi pecho como el de un enfermo impaciente en su lecho. ¡Desgraciado, desgraciado de mí! Destruyo mi última alegría; pero es preciso, y todas las protestas de la naturaleza de nada podrían servirme. Mi amor a ti me lo impone como un deber; por lo demás, ¿no estaba ya condenado, desde que nací, a no tener ni patria ni hogar? ¡Oh Tierra, y vosotras, Estrellas del cielo!, ¿es cierto que nunca sabré dónde reposar mi cabeza?

¡Ah, cómo querría volver a apoyarme una vez siquiera contra tu pecho, volver a ver, no importa dónde, tus ojos de azur! ¡Encontrarme una vez más en ellos! ¡Apretar mis labios contra los tuyos, oh mi bienamada, oh Diótima, mil veces adorada, y beber en ellos tu vida tan dulce, tan llena de un encanto sagrado!... Pero no me escuches, te lo suplico, no me escuches. Si me escucharas, me haría a mí mismo el efecto de un seductor. Afortunadamente, me conoces, y me comprendes. Tú sabes qué profundo testimonio de estimación me darás no compadeciéndome ni prestándome oídos.

Yo ya no puedo, no debo... ¿Cómo un sacerdote podría continuar viviendo cuando su dios ya no existe? ¡Oh genio de mi pueblo! ¡Oh alma de Grecia!, no tengo ya más remedio que ir a buscarte al reino de los muertos. No me queda otro recurso.

HIPERIÓN A DIÓTIMA

Largo tiempo he esperado, te lo confieso, y ardientemente deseado, una palabra de adiós dictada por tu corazón; pero guardas silencio. Y este silencio es también el lenguaje de tu alma admirable, Diótima.

Pero ésa no es una razón para que finalicen nuestros santos acordes, ¿verdad, Diótima? Aunque la dulce luz lunar de nuestro amor deba desaparecer, los astros que están en las más altas regiones de su cielo no dejarán de brillar por ello. ¡Oh, sí!, es la última de mis alegrías ahora saber que somos inseparables, aun cuando nada de ti llegue hasta mí, y la sombra de los dulces días de nuestra juventud haya huído para siempre.

Mis miradas se pierden en el mar que tiñen de rojo los rayos del sol poniente; tiendo los brazos a la lejana comarca en que tú vives y mi alma se siente confortada una vez aún por todas las alegrías del amor y de la juventud.

¡Oh Tierra, que fuiste mi cuna!: todas las voluptuosidades y todos los dolores ¿no están contenidos en el adiós que te damos?

¡Oh vosotras, islas amadas de Jonia, oh tú, mi Calauria, y tú también, Tina, por lejos que estéis de mí, siempre estáis presentes en mi memoria; mi pensamiento vuela hacia vosotras al mismo tiempo que la brisa sobre las olas ligeras; y vosotras, que apenas entreveo, allá, en la lejanía, costas de Teos y de Éfeso, donde iba con Alabanda en los días de las grandes

esperanzas, vosotras me pertenecéis de nuevo, como antes, y desearía desembarcar en vuestro suelo, besarlo, reanimarlo al contacto de mi pecho, y balbucir a esa tierra silenciosa mis más tiernas palabras de adiós, ante de emprender el vuelo hacia el cielo libre!

¡Lástima, en verdad, que los hombres se entiendan ahora tan mal entre ellos! A no ser así, de buena gana permanecería en este buen planeta. Pero yo puedo prescindir de este globo terrestre, y esto es todavía más que todo lo que él puede dar.

“Soportemos, pues, nuestra servidumbre, hijo mío, a la luz del sol”, decía la madre de Polixena a su hijo, y su amor a la vida no podía traducirse en palabras más hermosas. Pero la luz del sol, que justamente me desaconseja la servidumbre, no tolera que yo viva en esta miserable tierra, y sus rayos sagrados me atraen hacia mi país, como senderos que a él condujeran.

Desde hace tiempo he tenido presente en el espíritu, más que toda otra cosa, la majestad del alma sin destino. ¡Cuántas veces hasta me he complacido en vivir en el más espléndido de los aislamientos, solo conmigo mismo! ¿Qué de extraño que haya tomado la costumbre de sacudir de mí cuanto me viene de afuera, como si se tratara de copos de nieve? ¿Cómo, entonces, podría tener miedo a buscar la muerte? ¿No me he librado mil veces de mis trabas en imaginación? ¿Por qué vacilaría en hacerlo en la realidad? ¿Estamos acaso atados como viles esclavos al suelo que labramos? ¿Somos como esas aves domesticadas que no pueden salir del gallinero porque en él les dan de comer?

No. Nosotros somos como los aguiluchos que su padre echa del nido para que aprendan a buscar por sí mismos su presa en las altas regiones del cielo.

Mañana nuestra flota librará batalla y la lucha será dura. Para mí esta batalla será como un baño purificador que me lavará de toda mácula. Y este voto

que hago quedará sin duda fácilmente satisfecho. La campaña que he emprendido me habrá, pues, en fin de cuentas, servido para algo, y probado que el trabajo que uno se toma entre los hombres jamás se pierde.

¡Oh mi alma querida!, desearía decirte que pensaras en mí cuando vengas a mi tumba. Pero es probable que me tiren a las olas, y no me desagrade pensar que mis restos se sumergirán allí donde todas las fuentes y todos los ríos que amé se reúnen, de donde se elevan las nubes tempestuosas que llevan la frescura a la montaña y al valle que me eran tan queridos. Y nosotros, oh Diótima, Diótima mía, ¿cuándo nos volveremos a ver?

No es posible, y a este pensamiento todo mi ser se rebela, que nos perdamos para siempre el uno para el otro. Yo vagaré, si es preciso, millares de años de un astro a otro, tomaré todas las formas, todos los lenguajes de la vida, sólo por volverte a ver de nuevo. Pero se me ocurre que todo lo que se asemeja acaba siempre por reunirse.

¡Alma magnánima! Tú volverás a encontrarte a ti misma en este adiós. ¡Déjame partir! Abraza a tu madre por mí. Saluda a Notara y a nuestros otros amigos.

Saluda también a los árboles a cuya sombra te encontré por vez primera, y a los alegres arroyos por cuya orilla caminábamos, y a los hermosos jardines de Angele, y pueda tu pensamiento, ¡oh amor mío!, encontrar allí mi sombra. ¡Adiós!

LIBRO CUARTO

HIPERIÓN A BELARMINO

ACABO DE tener un dulce sueño recopiando para ti la correspondencia cambiada en otro tiempo. Ahora es a ti a quien escribo, mi querido Belarmino, para seguir haciéndote penetrar hasta el fondo de mi corazón hecho trizas por los sufrimientos. Y más tarde tú, el último de los seres que he querido, te remontarás conmigo a aquellos lugares en que la aurora nos alumbrará con una luz nueva.

La batalla de que hablaba a Diótima comenzó. Las naves turcas se habían refugiado en el estrecho que separa la isla de Quíos de la costa de Asia y se escalonaban a lo largo del continente hasta Tscherna. El buque almirante, en el cual me hallaba, salió de la fila y comenzó la lucha, atacando al primero de los barcos turcos. En seguida el combate de estos dos adversarios animados de un igual y feroz deseo de venganza tomó un carácter de los más serios y pronto se convirtió en una lucha espantosa. Los dos buques, cuyas arboladuras se habían enredado, se engancharon pronto uno a otro y el combate se hizo cada vez más duro.

Yo me sentía como impregnado de una intensa fuerza vital, y sentía en todos los miembros una agradable y cálida sensación. Parecíame como si todas las facultades de mi espíritu se desvanecieran dulcemente una tras otra. Entonces, con el alma llena de un humor sombrío y devorador, y pensando que lo mejor

que podía hacer era ofrecer mi garganta al sable de los bárbaros, me lancé a la pelea, los ojos húmedos de cólera, esperando encontrar una muerte segura.

Llegué bastante cerca de mis enemigos; y de todos los rusos que combatían a mi lado, al cabo de unos instantes no quedó en pie ninguno. Quedé solo y, altivamente, ofrecí mi vida a aquellos bárbaros como se arroja una limosna a un mendigo: pero no la tomaron. Me miraron como a uno de esos seres a los que no se osa tocar. Se habría dicho que el Destino me respetaba en mi desesperación.

Al fin, sin embargo, uno de ellos, viendo su vida amenazada, se revolvió contra mí y caí. A partir de ese instante no recordé ya nada hasta Paros, donde había sido transportado y donde recobré el conocimiento.

Más tarde supe, por el ordenanza que me había llevado, que los dos barcos que iniciaron la batalla habían volado momentos después que el torjano y él me llevaron en una embarcación. Los rusos pegaron fuego al navío turco; pero el propio barco de ellos, enganchado al del amigo, fue también presa de las llamas.

Sin duda recuerdas el resultado de la espantosa batalla. Así es, exclamé, al saber la destrucción de toda la flota turca por los rusos, así es como un mal es castigado por otro mal; así es como los tiranos se exterminan ellos mismos.

HIPERIÓN A BELARMINO

Seis días después de la batalla estaba todavía sumergido en un sueño de muerte. La poca vida que me quedaba se hallaba entrecortada de dolores, como las tinieblas por el resplandor de los relámpagos. La primera persona que reconocí fue Alabanda. Como

supe después, no había dejado un instante mi cabecera. Casi solo, había llenado las funciones de enfermero, ocupándose, con una abnegación y delicadeza de la que no se le hubiera creído capaz, de mil detalles en los que nunca había pensado, y un día le había oído exclamar, arrodillado junto a mi cama: "¡Vuelve a la vida, amigo mío, vuelve a la vida para que yo también viva!"

¡Qué hermoso despertar, Belarmino, cuando mis ojos se reabrieron a la luz, y vi a mi amigo llorando de alegría ante mí!

Yo le tendí la mano y él, tan arrogante, la besó con todo el ímpetu del amor. "¡Vive!", exclamó, "¡qué buena eres, oh Naturaleza, que curas todos los males! ¡Tú lo has salvado, tú no abandonas, pues, a los dos desgraciados sin patria que el destino condenó a vagar! ¡Hiperión!, nunca podré olvidar el momento en que tu navío empezó a arder, y luego cuando las llamas, irrumpiendo por todas partes, con el estruendo de un trueno, lanzaron a toda la tripulación por los aires, y sobre todo el instante en que advertí que, entre los pocos hombres que se habían salvado, no estaba Hiperión. Me sentía enloquecido, y el espantoso tumulto de la batalla no me devolvió la calma. Felizmente, pronto oí hablar de ti, y en cuanto acabamos con el enemigo volé en tu busca".

¡Cómo veló entonces por mí! ¡Cómo supo mantenerme cautivo en el círculo encantado de sus atenciones! ¡Y cómo supo enseñarme, sin decir una palabra, sólo por el ascendiente de su carácter sereno y ponderado, a comprender y a juzgar virilmente y sin envidia la evolución del mundo nuevo hacia la libertad!

¡Oh vosotros, hijos del Sol, oh vosotros que suspiráis por la libertad: qué no perdisteis al perder a Alabanda! En vano he buscado, en vano he dirigido mis súplicas a la vida desde que él ha desaparecido:

jamás he encontrado un alma de romano como la suya. Carácter despreocupado, espíritu profundo, valeroso, noble. ¿Dónde hallar un hombre digno de ese nombre, si éste no lo era? Cuando él se mostraba amistoso y bueno, era como si el crepúsculo de la tarde iluminara el roble majestuoso cuyo follaje empapa aún la lluvia de la última tormenta.

HIPERIÓN A BELARMINO

En un hermoso día de otoño, a medias curado de mi herida, me había sentado por primera vez junto a la ventana. Volvía a la vida con pensamientos un poco más tranquilos y mi alma se mostraba más atenta a ella. El cielo me acariciaba con su céfiro más dulce, y el sol nos enviaba sus rayos jubilantes como una deliciosa lluvia de flores. Había en la atmósfera de esta estación un efluvio de grandeza, de silencio y de ternura; se sentía la calma de la obra cumplida y la ebriedad de la madurez en el leve rumor de las ramas que me envolvían como esa nueva juventud que los antiguos esperaban encontrar en su Eliseo.

Hacia tiempo que, con el alma libre de toda preocupación, no gozaba de esta vida sencilla del mundo, y con una alegría sin mezcla nuestras miradas dirigíanse de nuevo hacia esta exquisita naturaleza, inmutable en su belleza. Como una víctima expiatoria, yo vertía lágrimas ante ella, y sentía, estremeciéndome, que mi corazón desalentado se transformaba en un corazón nuevo.

“¡Oh vosotras, plantas sagradas!”, exclamé, “¿de qué nos sirven todos nuestros deseos y todos nuestros pensamientos si ya os tenemos a vosotras? ¡Luchamos con todas nuestras fuerzas de pobres mortales por edificar algo bello y vosotras crecéis a nuestro lado sin preocuparos de nada! ¿No es cierto, Alabanda? Los

hombres han sido creados para luchar contra el sufrimiento; todo lo demás se cumple sin su ayuda. Pero, sin embargo... , no puedo olvidar que yo mismo aspiraba a mucho más que eso”.

“Mi querido amigo”, exclamó Alabanda, “conténtate por el momento con existir, y no recomiences a turbar la calma de tu vida con nuevos cuidados”.

“Sí”, dije, “voy a descansar. Proyectos, créditos, reconocimientos de deudas, etc... Todo ello lo olvidaré.

” Quiero conservarme puro como conviene a un artista, quiero amarte, vida inocente, vida del bosque y de la fuente. ¡Y tú, oh Luz solar, quiero honrarte, saciarme de ti, azur resplandeciente que das un alma a las estrellas, y que aquí envuelves también estos árboles con tu aliento y penetras hasta el fondo de nuestros pechos! ¡Hombres tercos! ¡Cuando pienso que, como un mendigo, he bajado la frente, mientras los dioses silenciosos de la naturaleza me miraban, rodeados de todas sus riquezas!... ¿Sonríes, Alabanda? ¡Cuántas veces ya, en los primeros tiempos, has sonreído de la misma manera, cuando tu amigo, en la exuberancia de su juventud, charlaba en tu presencia, mientras tú, semejante a un silencioso pilar del templo, permanecías en pie, sobre los escombros del mundo, seguramente sufriendo de sentirte de ese modo envuelto por los sarmientos de esta planta salvaje que se aferraba a ti y que era mi amor!... Ahora, todo ello cae como una venda de mis ojos, y ante mí reviven todavía los días luminosos de antaño.”

“¡Ah!”, exclamó, “¡qué seriedad ponemos en nuestra vida y qué alegría!”

“Escucha”, dije, “cuando íbamos a cazar al bosque, o a bañarnos en las olas del mar, cuando cantábamos y bebíamos allí donde, por un efecto de la sombra de los laureles, el sol y el vino, los ojos y los

labios, nos parecían más brillantes... no había existencia comparable a aquélla, y el espíritu que nos animaba entonces iluminaba nuestra felicidad nueva como el sol alumbra el cielo".

"Ésa es también la causa de que no podamos separarnos", dijo Alabanda.

"¡Ah!", le dije entonces, "tengo que hacerte una confesión muy penosa, amigo mío. ¿Sabes que yo quise dejarte? ¡Sí, dejarte, buscando voluntariamente la muerte! ¿No era eso carecer de corazón? Y mi pobre Diótima, a la que escribí que no se ocupara más de mí, y a la que, por segunda vez aún, la víspera de la batalla..."

"¿Y tú le has escrito", exclamó, "que querías hacerte matar en la batalla? ¡Oh Hiperión! Pero, probablemente, ella todavía no ha recibido tu última carta. Apresúrate a escribirle que estás todavía vivo".

"¡Querido Alabanda!", le dije. "¡Qué consuelo! Voy a escribirle sin perder un minuto y a enviarle la carta por mi sirviente. Le daré todo lo que aún me queda para que se apresure y llegue a tiempo a Calauria".

"En cuanto a la otra carta, que trata de la renuncia, puedes estar tranquilo; Diótima es demasiado buena para no comprender y perdonarte", añadió.

"¿Tú crees? ¿Me perdonará?", exclamé, transportado de alegría. "¡Oh, qué esperanzas renacen en mí! Podré todavía ser feliz con ella, con ese ángel..."

"Lo serás, amigo mío", dijo Alabanda; "te queda aún el más bello tiempo de tu vida. El joven es un héroe y el hombre maduro un dios, si le es dado llegar hasta la madurez".

Sus palabras proyectaban sobre mi alma una maravillosa claridad.

Las copas de los árboles se estremecían dulcemente, las estrellas se escapaban del seno de las tinieblas y

brillaban como flores sobre la tierra oscura, y una primavera celestial me iluminaba con la más pura de las alegrías.

HIPERIÓN A BELARMINO

Instantes después de haber resuelto escribir a Diótima, Alabanda entró contentísimo al cuarto. "¡Una carta, Hiperión!", me gritó. Todo estremecido, me precipité hacia él.

"¡Cuánto tiempo", escribía Diótima, "he vivido sin recibir de ti el menor signo de vida! Me hablabas en tu última carta de las fatales jornadas de Misitra, y contesté en seguida; pero, por lo visto, esa carta no te ha llegado. Poco después me escribiste todavía unas líneas profundamente tristes para decirme que tenías el propósito de servir en la flota rusa. Te contesté; pero esta carta tampoco ha debido llegarte. Esperé entonces en vano desde mayo hasta el fin de este verano y hace sólo unos días me ha llegado aquélla en que me dices que debo renunciar a ti, mi tierno amigo.

"Has confiado en mí; has comprendido que yo tenía bastante corazón para no sentirme ofendida con semejante carta. Esto es para mí una viva alegría, en medio de la aflicción que siento.

"¡Sublime y desgraciado Espíritu! Te he comprendido perfectamente. Sí, es muy natural que, habiéndose desvanecido tus votos más íntimos, ya no quieras amar nunca. ¿No rechazarías acaso los manjares si estuvieras a punto de morir de sed?

"Hice bien en darme cuenta pronto de que no podía ser todo para ti. ¿Me era dado acaso librarte de las trabas de la mortalidad? ¿Podía yo alimentar la llama que arde en tu pecho, para la que ninguna fuente mana ni vid alguna crece? ¿Podía yo ofre-

certe en una copa todas las alegrías del mundo?

"Es tu voluntad. Es una necesidad que se impone a ti y no puedes obrar de otro modo. La impotencia sin límites de tus contemporáneos te habrá costado la vida.

"El que como tú ha sido humillado hasta el fondo del alma no podría hallar reposo en una sola alegría de este mundo.

"El que como tú ha sentido la insipidez de la nada no puede alcanzar la serenidad del alma sino mediante la elevación del espíritu; y el que como tú sufrió la muerte no vuelve a encontrarse a sí mismo sino en compañía de los dioses.

"¡Felices los que no te comprendan! Pues cualquiera que te comprenda tiene que compartir tu grandeza y tu desesperación.

"Yo te encontré tal como eres. Una curiosidad, la primera de mi vida, me impulsó hacia el ser admirable que eres. La delicadeza de tu alma me atrajo irresistiblemente hacia ti, y con una ignorancia del peligro que rayaba en ingenuidad, me puse a jugar en torno de tu llama peligrosa. Las alegrías y la belleza de nuestro amor dulcificaron tu carácter, pero, ¡ay, hombre maligno!, solamente para hacerte más indomable. A mí me dulcificaron, me consolaron y me hicieron olvidar que, en el fondo, tú estabas desesperado, y que yo tampoco me hallaba lejos de estarlo desde que había leído en tu corazón.

"En Atenas, en medio de las ruínas del Olimpion, me sentí atormentada por ese sentimiento. Me había dicho también, en una de esas horas en que las cosas no se ven tan negras, que esa tristeza de juventud no debía ser ni tan profunda ni tan irremediable. ¡Es tan raro que un hombre que da sus primeros pasos en la vida sienta así, de golpe, tan instantánea y profundamente, y en lo más delicado de su ser, todo el destino de su época, y que este

sentimiento permanezca intacto en él, porque el que lo siente no es lo bastante brutal para expulsarlo ni lo bastante débil para llorar por él! Y esto, ¡oh mi tierno amigo!, es tan raro, que cuesta considerarlo natural.

"En las ruínas de Atenas, tan apacibles, me sentí impresionada por el sesgo que las cosas habían tomado; sobre todo al comprobar que, ahora, son los muertos los que reinan sobre la tierra, mientras los vivos, estos hombres-dioses, están debajo; y ello lo vi claramente escrito, palabra por palabra, en tu rostro. Desde entonces, Hiperión, te di la razón para siempre; y al mismo tiempo me pareciste más grande. Me pareciste un ser dotado de un poderío misterioso, de una importancia enorme, aunque mal definida todavía; en suma, eras a mis ojos el único hombre joven capaz de realizar todas las esperanzas.

"Aquel a quien el Destino habla en voz tan alta, tiene también el derecho de hablar más fuerte que cualquiera al Destino, me decía a mí misma. Cuanto más impenetrables son las causas de su sufrimiento, más nos escapan las de su poder. Era de ti, y de ti solo, de quien esperaba la salud de todos. Te vi partir. Te he visto a la obra. ¡Ah, los efectos de esa metamorfosis! Creado por ti, el bosquecillo de Academo reverdeció por encima de los escolares atentos, y como en los antiguos tiempos, los arcos del Iliso oyeron los diálogos sagrados.

"El genio de nuestros jóvenes adquirió rápidamente en tu escuela la seriedad de los antiguos; y sus juegos efímeros se convirtieron pronto en juegos inmortales; pues él se avergonzaba de ellos y tomaba esos vuelos de mariposa por pasatiempos de prisionero...

"Uno, a quien habría bastado montar un corcel, es ahora jefe de ejército; otro, acostumbrado a contentarse con cualquier cosa, y al que una canción

ligera habría hecho feliz, se ha convertido ahora en un artista; pues tú les habías revelado, luchando ante ellos, la fuerza de los héroes y la fuerza del mundo; tú les habías dado a resolver el enigma de tu corazón; y así fue como esa juventud aprendió a sentir en sí lo grande y a comprender los juegos del alma y de la Naturaleza, olvidando las frivolidades. ¡Hiperión Hiperión! ¿No hiciste acaso de mí, que no era todavía más que una niña, tu musa? Como sin duda ocurrió con otras.

” Los hombres, unidos por un mismo vínculo de sociabilidad, no se separaban ya tan fácilmente; no vagaban ya, confundidos unos con otros, como granos de arena que el huracán avienta en el desierto; la juventud y la vejez ya no se burlaban una de la otra, la hospitalidad no faltaba ya al forastero, los hijos de una misma patria no se aislaban unos de otros, y los amantes ya no echaban a perder el goce de sus amores. Todos venían a tus fuentes, ¡oh Naturaleza!, para apagar allí su sed; de tí sacaban las cantas alegrías que brotan de tus profundidades misteriosas y templan el espíritu; y los dioses devolvían la serenidad al alma — trecha de los mortales; fieles guardianes de los corazones, protegían todas las alianzas que la amistad les hacía contraer. Fue tú, Hiperión, habías abierto los ojos a tus griegos, para que pudieran ver lo que vive, y habías despertado el ardor que dormitaba en ellos, como duerme en la madera el fuego, para que sintieran el entusiasmo sereno y constante de la naturaleza y de sus hijos puros.

” Ya los hombres no veían la belleza del mundo con los mismos ojos con que ciertos profanos ven la poesía del artista cuando alaban las palabras y no consideran sino el lado útil. Eras, ¡oh Naturaleza!, el más seductor de los ejemplos para los griegos, y todo lo que era humanidad, inflamada por la feiti-

cidad de esos dioses eternamente jóvenes, tomaba, como antaño, el aspecto de una fiesta; y para acompañar a los héroes mozos al lugar de sus proezas, allí estaba, más bella aún que una música guerrera, la luz de Apolo.

” Pero, ¡silencio!, ¡silencio, oh mi alma! Tal fue mi sueño más hermoso, el primero y el último. Eres demasiado altivo para ocuparte por más tiempo de esta raza culpable, y haces bien. Tú los llevabas a la libertad, y ellos no pensaban sino en la rapiña. Los llevaste, victoriosos, a su antigua ciudad de Lacedemonia, y esos monstruos se dedicaron a saquearla en seguida; y, por si no bastara, fuiste maldecido por tu padre, y no hay comarca agreste ni caverna en que estés ya seguro en esta tierra de Grecia, que venerabas al igual de una cosa sagrada, y a la que quisiste más que a ti mismo.

” ¡Oh mi querido Hiperión! Yo no soy ya la muchachita dulce y tímida de antes, desde que sé todas estas cosas. La indignación me lleva tan lejos, que apenas si mis miradas pueden todavía distinguir la tierra, y mi corazón ofendido se estremece sin tregua.

” Tienes razón; vamos a separarnos. Yo no quiero hijos tampoco; pues habría de criarlos para un mundo de esclavos. Estarían condenados a perecer ante mis ojos, como pobres plantas en una tierra seca.

” ¡Adiós, mi querido y tierno amigo! Ve a otro país, al que creas mejor y al que puedas hacer el don de tu alma. Debe haber todavía en este mundo un lugar de elección, un altar en el que puedas sacrificar a nuestros dioses y emplear tu ardor juvenil. Sería una gran lástima que todas esas fuerzas vivas se desvanecieran como un sueño. Pero, de cualquier manera que concluyas, retornarás a esos dioses, a la vida sagrada, a la vida libre, a la eterna juventud de la Naturaleza de que saliste; y si ése es tu deseo, también es el mío.”

Así me escribía Diótima. Esta lectura me había removido hasta el fondo del alma, llenándome a la vez de espanto y de alegría; pero traté de recobrar-me para hallar los términos de mi respuesta.

Le escribí: "¿Consientes, Diótima? ¿Apruebas mi renunciación y has podido comprender el motivo? ¡Oh alma mía fiel!, y ¿has podido resignarte? ¿Hasta has podido, dechado de paciencia, encontrarte en el sombrío dédalo de mis vagares, y te has sacrificado voluntariamente, precipitándote por amor en las tinieblas, tú, hija predilecta de la Naturaleza, hecha para la felicidad, consintiendo en rebajarte hasta mí y santificar mi duelo compartiéndolo? ¡Oh mi amada y espléndida heroína!, ¿qué corona tejer para tu frente?"

"Pero basta ya de tristeza, amor mío. Pues me has seguido en mis tinieblas, ven, y sea yo el que te guíe ahora hacia tu luz. Volvamos, ¡oh corazón mío!, hacia la dulce belleza. Y tú, ¡oh Naturaleza deleitosa!, muéstrame una vez más tu calma, y haz que, al espectáculo de la paz que reina en ti, mi loca petulancia se adormezca para siempre en tu seno.

"¿Verdad, alma fiel, que no es demasiado tarde para que volvamos? ¿Que me acogerás, que me quieras todavía como antes? ¿Que la felicidad de los días pasados no está perdida aún para nosotros?"

"Yo, desgraciadamente para mí, he llevado las cosas al extremo. Me he comportado de un modo ingrato hacia nuestra madre, la tierra; mi sangre, y todos los dones que me hizo, los arrojé como se arroja una propina a un criado; y, ¡ay!, todavía mil veces más ingratamente me he portado contigo, santa doncella que me acogiste en tu asilo de paz, a mí, infortunado, tímido y desamparado, cuya alma espantosamente oprimida ya sólo conservaba leves rastros de juventud, esas briznas de hierba que se ven aquí y allá en un camino muy frecuentado. ¿No

fuiсте tú acaso quien me volvió a la vida? ¿No fui yo tu bien? ¿Cómo entonces pude yo...? ¡Oh, espero que no lo sabes todavía, que la fatal carta que te escribí antes de la batalla no llegó aún a tus manos! Sí, yo quería morir, Diótima, y creía cumplir un acto sagrado muriendo. Pero ¿cómo lo que separa dos corazones amantes podría ser sagrado? ¿Cómo lo que destruye la felicidad de nuestra existencia podría serlo? ¡Oh Diótima, tú, lo más bello que existe en el mundo: mi alma se asemeja ahora más a la tuya; por fin he aprendido a respetar, a conservar lo que hay de realmente bueno y sincero en esta tierra. ¡Oh!, aunque me fuese dado llegar allá arriba, a las resplandecientes islas del cielo, no encontraría en ellas más de lo que encuentro en Diótima.

"Escúchame ahora, mi bienamada.

"Seguir en Grecia me es ya imposible, tú lo sabes. A su partida, mi padre me ha enviado del dinero que le sobraba lo necesario para que podamos refugiarnos en un valle de los Alpes o de los Pirineos y comprar allí una casita con el terreno preciso para vivir en un simple bienestar.

"Si quieres, iré a buscarte en seguida a tí y a tu madre, daremos un beso de adiós a la ribera de Calauria, secaremos mutuamente nuestras lágrimas, y por el istmo llegaremos rápidamente al mar Adriático, donde un barco, en el que estaremos seguros, nos llevará más lejos.

"¡Oh, ven! El secreto de nuestro corazón reposará en el valle más oculto de la montaña como la piedra preciosa en el fondo de la mina. En el seno de los bosques que escalan el cielo nos sentiremos al abrigo, como bajo las columnas del templo más profundo, al que los impíos no osan acercarse; nos sentaremos al borde de la fuente, cuyas aguas limpidas nos devolverán la imagen de nuestro mundo,

del cielo, de nuestra casa, de nuestro jardín y de nosotros. Con frecuencia, nos pasearemos en una noche serena a la sombra de nuestros árboles frutales, escuchando a Dios, ese Dios que yace en nosotros, mientras las plantas saliendo poco a poco de su sueño del mediodía erguirán sus tallos, y la vida silenciosa se reanimará en un baño de rocío. La brisa nocturna las envolverá y penetrará, y encima de nosotros centellearán las estrellas, flores de la pradera celeste, y hacia el poniente el astro de la noche, borrándose en las nubes, imitará tímidamente, como por amor, el ocaso del día de la luz.

"Y cuando, por la mañana, nuestro valle parezca el lecho de un río, se llenará de una cálida claridad y las olas de luz correrán silenciosas a través de nuestros árboles, envolviendo nuestra casa y embelleciendo nuestras habitaciones (creación tuya), y tú te moverás en el resplandor de ese brillante sol, trayéndome, ¡oh amor mío!, con tu encanto y tu belleza, las bendiciones del cielo para el día que comienza; entonces, en esta felicidad matinal, el trabajo de la tierra continuará bajo nuestros ojos, lo mismo que se vuelve a encender el fuego del sacrificio, e iremos a nuestra tarea cotidiana para pagar también nuestro tributo a la llama que sube hacia el cielo... ¿No dirás, entonces: hemos vuelto a encontrar la felicidad, hencos aquí de nuevo, como los antiguos sacerdotes de la Naturaleza, santos y gozosos, que llevaban ya la devoción en sí mismos, antes de que el primer templo existiera?"

"¿Es esto suficiente? ¡Decide ahora mi suerte, oh tú, la más querida de las mujeres, decide pronto! Se me antoja casi una felicidad estar todavía medio inválido después de la última batalla y no estar todavía libre del servicio; a no ser por ello, no podría quedarme aquí, no podría resistir al deseo de partir, de ir a preguntarte yo mismo, cosa que

sin duda no estaría bien, pues sería casi hacerte violencia...

"¡Ah Diótima!, cuántos pensamientos inquietantes, cuántos pensamientos locos me asaltan, me turban el alma, y a pesar de todo... no puedo imaginarme que esta esperanza deba quedar también reducida a la nada.

"¿Te habrás elevado tanto que la felicidad de este mundo no pueda llegar ya hasta ti? ¿La llama devoradora del espíritu, encendida por tu dolor, habrá consumido todo lo que había en ti de mortal?"

"Yo lo sé por experiencia: todo el que se enoja fácilmente con el mundo, se reconcilia con igual facilidad. Pero a ti, con tu ingenua y dulce calma, a ti, antes tan feliz en tu arrogante sumisión, Diótima mía, ¿quién te reconciliará si el destino hace que te rebeles?"

"¿Ángel de mi vida! ¿No hay en mí fuerza alguna capaz de curarte? ¿De todas las voces que el corazón exhala, no hay ninguna que te haga recordar esta vida terrestre a la que te gustaba, sin embargo, descender en tu vuelo, para vivir en ella más largo tiempo? ¡Oh, vuelve, vuelve, te lo suplico, quédate todavía en este crepúsculo!"

"Este país de las sombras es seguramente el lugar que conviene al amor; pues sólo aquí el rocío silencioso de la dulce melancolía cae del cielo de tus ojos.

"Y dime: ¿no piensas ya en nuestros días de antaño tan hermosos? ¿En aquellos días inefables, siempre llenos de una divina melodía? ¿No te llega su recuerdo de todos los bosquecillos de Calauria para acariciarte?"

"¿Sabes, Diótima, que muchas cosas han naufragado en mí y que ya apenas me quedan esperanzas?"

"Tu retrato, imagen del cielo, he podido salvarlo

del incendio, como se salva un dios doméstico. Nuestra vida, la nuestra, está siempre intacta en mí. ¿Debería acaso irme lejos de aquí para enterrarla también? ¿Debería, sin tregua ni reposo, vagar a la ventura de un país en otro? ¿Habría aprendido a amar simplemente para eso?

"No. Tú fuiste la primera; ¡sé la última! Tú eres mi bien, y lo serás siempre."

HIPERIÓN A BELARMINO

Sentado con Alabanda en una colina, nos calentábamos a los dulces rayos del sol. En torno de nosotros el viento jugaba con las hojas secas que cubrían el suelo. Todo estaba en silencio. Sólo de cuando en cuando, la caída de un árbol abatido por el hacha del leñador hería nuestros oídos, y a nuestro lado un efímero arroyo, formado por las últimas lluvias, murmuraba corriendo hacia el mar.

Estaba casi libre de toda preocupación, pues tenía la esperanza de ver ya pronto a mi querida Diótima y de vivir en adelante con ella en la paz y en la felicidad. Alabanda había disipado todas mis dudas, a tal punto creía seguro el éxito de mi carta. Él también estaba alegre, pero de una manera muy distinta. El porvenir no le afectaba ya, aunque yo no lo sabía. Sus alegrías habían concluido. Vela ahora, pese a todos sus derechos sobre el mundo y su temperamento de conquistador, inútil, inactivo y solitario, y se abandonaba a su suerte como si hubiera perdido a un juego que para él no hubiese sido más que un pasatiempo.

En este momento un mensajero vino hacia nosotros. Nos traía la licencia del servicio militar que los dos habíamos pedido al comandante de la flota rusa, estimando que ya no podíamos hacer en ella

nada útil. Podía, pues, ya dejar Paros cuando me pareciera. Me encontraba también lo suficientemente restablecido para soportar las fatigas del viaje. No quería esperar la respuesta de Diótima, sino ir a verla sin demora: era como si la mano de un dios invisible me empujara hacia Calauria. Al saber mi decisión, Alabanda cambió de color y dejó caer sobre mí una mirada henchida de tristeza. "¿Es pues tan fácil", exclamó, "para mi amigo Hiperión, dejar a su amigo Alabanda?"

"¿Dejarte?", dije. "¿Qué quiere decir eso?"

"¡Oh soñadores!", dijo, "¿no ves que es forzoso que nos separemos?"

"¿Cómo podría verlo?", repliqué. "Nada me has dicho de ello, y si tus palabras o tus actos hubieran podido hacerme pensar en un adiós, lo habría tomado por un arranque de mal humor, por una efusión del corazón..."

"¡Ah!", exclamó; "conozco ese divino juego del amor que se crea a sí mismo sus penas, para darse en seguida la satisfacción de vencerlas. En verdad, así querría que fuese por mi parte; pero, escucha, se trata de un asunto serio."

"¿Serio?", dije. "¿Por qué?"

"¡Mi querido Hiperión!", me respondió, con voz dulce, "porque no querría ser un obstáculo a tu felicidad futura; porque yo acabaría temiendo la vecindad de Diótima. Créeme, amigo, es siempre peligroso vivir junto a dos seres que se aman, y un corazón desocupado como está el mío ahora resistiría difícilmente la prueba."

"¡Vamos, mi querido Alabanda!", le dije sonriendo. "¿Cómo puedes desconocerte hasta tal punto? Tu corazón no tiene la blandura de la cera, y tu alma fuerte no es de las que se abandonan fácilmente. Por primera vez en tu vida te veo malhumorado. Has desempeñado a maravilla las funciones de en-

fermero mío; pero se ve que no estabas hecho para ello... La inacción te ha vuelto hurafío..."

"Tú lo has dicho", replicó, "así es exactamente. Y mi vida, al lado de la tuya, ¿será por eso más activa? ¡Todavía si fuera otra! ¡Pero con Diótima! ¿Podría ser de otra manera? ¿Podría yo darle solamente la mitad de mi alma? ¡A ella que es tan absolutamente, tan sinceramente una, y cuya vida, como la de un dios, no admitiría división alguna?"

"Créme, Hiperión, sería dejarse tentar como un niño imaginarse que se podría ver una criatura semejante sin amarla. ¿Me miras como si no me conocieras? ¡Verdad es que tampoco yo me reconozco desde que en estos últimos tiempos ella ocupa mis pensamientos!"

"¡Oh Alabanda, ¿por qué no podré dársela?", exclamé.

"No digas eso", dijo; "no trates de consolarme, pues nada podemos hacer. Está solo, abanillar en sí solo, y mi vida acaba de escurrirese como la arena del reloj".

"¡Mi grande y noble amigo!", exclamé, "¿debí yo llegar a esto?"

"No te apenes", dijo, "yo me hallaba ya en mi declinar cuando nos encontramos en Esmirna. ¡Ah, sí!, todo era distinto de cuando yo no era más que un grumete mal alimentado, cuyo espíritu y cuyos miembros fortificaba y hacía más flexibles el trabajo penoso y arriesgado; cuando, después de una noche de tempestad, quedaba suspendido al tope del palo mayor, expuesto al aire vivo de alta mar, bajo el pabellón que flotaba al viento, y seguía con la vista el vuelo de las aves marinas sobre el abismo centelleante; cuando, en plena batalla, nuestros barcos, como monstruos irritados, hendían las olas a la manera de un jabalí que hozca la tierra con su hocico, y yo, con ojo alerta, estaba al lado de mi capitán..."

¡Entonces, sí, me sentía vivir, vivía realmente! Y mucho tiempo después, cuando el joven tiniota de rostro serio me encontró en la playa de Esmirna, y mi alma medio helada empezó a derretirse bajo sus miradas y aprendió a amar y a venerar lo que es demasiado grande para ser dominado por la fuerza; cuando comencé otra vida con él, y germinaron en mí nuevas y más puras fuerzas para gozar del mundo y para entrar en lucha con él, entonces, sí, comencé a esperar de nuevo... ¡Ah!, todo lo que era mi esperanza, y todo lo que poseía, forjó la cadena que me ató a ti. Te atraje a mí, intenté traerte a la fuerza hacia mi propio destino; te perdí, volví a encontrarte, nuestra amistad era todo mi universo, todo lo que tenía algún valor a mis ojos, toda mi gloria. Ahora ha terminado, terminado para siempre, y mi existencia ya no tiene objeto."

"¿Luego era verdad?", le respondí suspirando.

"Tan verdad como el sol que nos alumbraba", dijo; "pero ¿a qué hablar de ello? Todo está ya arreglado."

"¿Cómo, Alabanda?", le pregunté.

"Voy a decírtelo", dijo; "hay algo de lo que nunca te hablé. Y además..., nos hará bien a los dos conversar juntos del pasado."

"Un día vagaba yo sin saber qué hacer por los muelles del puerto de Trieste. Unos años antes, el corsario en el que servía naufragó, y a duras penas, con dos o tres compañeros, pude ganar la costa de Sevilla. Mi capitán se había ahogado, y yo no había salvado con mi vida otra cosa que la ropa puesta, toda mojada. Me desnudé y me estiré al sol mientras mis efectos se secaban sobre un cerco. Más tarde, siguiendo el camino, fui a la ciudad; pero, antes de llegar a las puertas, noté una alegre muchedumbre en los jardines; entré en ellos y canté una canción griega jocosa. Por aquel entonces, no sabía

nada triste. Al mismo tiempo de hacerlo, me sentía enrojecer de vergüenza y de dolor, al verme así obligado a exhibir mi infortunio. Yo era entonces un muchacho de dieciocho años, hosco y orgulloso, que detestaba mortalmente llamar la atención de la gente. Perdonadme, dije, cuando terminé mi canción; acabo de escapar de un naufragio y no puedo hacer hoy nada mejor que cantar algo. Mal que bien, había pronunciado estas palabras en español. Un hombre de muy buen semblante, se acercó entonces a mí, me dio algún dinero, y me dijo sonriendo, en nuestra lengua: "Toma, cómprate con esto una muela de afilar, aprende a afilar cuchillos y te ganarás la vida recorriendo el continente". El consejo era bueno. "Señor", le respondí, "así lo haré." Las otras personas presentes me colmaron de regalos. Partí al fin, e hice lo que el hombre me había aconsejado. Y así fue como recorrí durante algún tiempo España y Francia.

"A menudo te he contado con placer todo lo que me sucedió durante ese tiempo; y cómo, al contacto de una servidumbre cuyos aspectos variaban hasta el infinito, se acrecentó mi amor a la libertad, y cómo, en una miseria a veces muy dura, había encontrado con frecuencia el valor necesario para vivir y formado mi juicio.

"Ejercía mi oficio con amor, viajando de un lado a otro, sin pensar en nada malo; pero al fin hicieron que le tomara repugnancia.

"Como yo no me resignaba a tener modales lo bastante vulgares, se imaginaron que este oficio era sólo una máscara de la que me valía para entregarme ocultamente a prácticas peligrosas, y en efecto, por dos veces me tuvieron preso. Fue lo que me decidió a renunciar a él, y con el poco dinero que había ganado emprendí el camino de mi patria, de la que en otro tiempo me había evadido. Estaba ya en

Trieste y me preparaba a bajar a la Dalmacia, cuando, a consecuencia de las fatigas de este duro viaje, fui atacado por una enfermedad que acabó con todas mis pequeñas economías. Triste, y no del todo curado, me fui al puerto de Trieste, cuando de pronto me encontré cara a cara con el hombre que en la costa de Sevilla se había interesado por mí. Al verme, sintió una alegría singular, diciéndome que muchas veces había soñado conmigo, y me preguntó qué había sido de mí en aquel intervalo. Le conté todo. "Veo", exclamó entonces, "que no ha sido inútil para ti el colocarte por algún tiempo en la escuela del destino. Allí has aprendido a sufrir; ahora sólo depende de ti el poner en práctica lo que te ha enseñado."

"Su discurso, el tono de su voz, la presión de su mano, la expresión de su rostro, su mirada, todo en él sacudió mi imaginación, que se había vuelto más inflamable que nunca después de la enfermedad, como si hubiera sido una manifestación del poder divino. Y me conformé a sus palabras.

"Este hombre, Hiperión, era uno de los que viste en Esmirna conmigo. Desde la noche siguiente, me condujo a una gran reunión. Un estremecimiento me sacudió; cuando, apenas entrado en la sala, mi compañero me presentó a unos hombres de aspecto adusto, diciéndome: "Ésta es la Liga de Némesis". Transportado de entusiasmo al pensar en el campo de acción que se abría ante mí, me dediqué en cuerpo y alma al servicio de aquellos hombres. Poco después los miembros de la liga se dispersaron, para encontrarse de nuevo al cabo de algunos años en otro lugar, y cada uno partió a cumplir la misión que le había sido encomendada. Yo fui agregado a los que, unos años más tarde, habías de ver conmigo en Esmirna.

"La coerción en que vivía era a menudo para mí

un suplicio; además, los grandes efectos de la Liga no se manifestaban muy claramente a mis ojos, y mi celo no encontraba en ella sino un mezquino alimento. Pero eso no habría bastado para apartarme. Fue necesario que mi pasión por ti al fin me decidiera. Te lo he dicho muchas veces: cuando me dejaste, tuve la impresión de que me faltaba el aire y el sol. Desgraciadamente, no tenía otra cosa que elegir: renunciar a ti, o abandonar la Liga. Tú sabes cuál fue mi elección.

"Pero todos los actos humanos acaban por tener su castigo; solamente los dioses y los niños escapan a la Némesis.

"Yo había dado la preferencia al derecho divino del corazón. Por amor a ti fui perjuro. En el fondo, ¿no era justo? El más noble de los deseos, ¿no debe gozar de la libertad mayor? Mi corazón me tomó la palabra: le di la libertad que él me pedía, y que, como puedes ver, necesita.

"¿Has rendido alguna vez homenaje al genio? Este no admite que ningún obstáculo terrestre pueda detenerte, y rompe irremediablemente los lazos que te retienen a la vida.

"Por mi amigo rompí mis compromisos, y traicionaria mi amistad por el amor. Por el amor de Diótima, Hiperión, siento que te engañaría y que ello concluiría con la muerte de Diótima y mi suicidio, puesto que no podríamos estar unidos. Pero eso no debe ocurrir; si debo ser castigado por lo que hice, quiero cuando menos poder elegir mi castigo y mis jueces. Aquéllos hacia los cuales fui culpable tendrán la reparación a que tienen derecho."

"¿Hablas, tal vez, de tus compañeros de la Liga?", exclamé, "¡Oh, mi querido Alabanda, no hagas tal cosa!"

"¿Qué otra cosa que la vida podrían quitarme?", me replicó, apretándome dulcemente la mano. "¡Hi-

perión!", me dijo, "he llegado al término de mi carrera, y sólo me queda ahora el salir dignamente de ella. No insistas. No me disminuyas, y ten fe en mis palabras. Sé, lo mismo que tú, que aún podría crearme una existencia, y después del banquete de esta vida, continuar jugando con las migajas del festín, pero eso no sería digno ni de mí ni de ti, amigo mío. ¿Tengo aún algo que añadir? Mis palabras, Hiperión, ¿no serían también las tuyas? Me falta aire, aire fresco. Mi alma se ahoga en su propia envoltura, necesita otra nueva. Pronto tendremos el invierno, y esos días puros en que la tierra en sombra no es sino el reflejo de la claridad del cielo; ésa será la buena estación, pues entonces es cuando las islas de luz tienen un resplandor que las hace aún más hospitalarias. Mis palabras te sorprenden, amigo mío; pero todos los que están a punto de separarse hablan un poco como gentes ebrias, y se sienten inclinados a dar una cierta solemnidad a sus actos. Cuando las hojas del árbol comienzan a secarse, ¿no tienen todas el color de la aurora?"

"¡Alma generosa!", le dije, "¿debo apiadarme de tu suerte?"

Yo sentía en su grandeza hasta qué punto era profundo su sufrimiento. Yo en mi vida había soportado nada semejante. Y a pesar de eso, ¡oh Belarmino!, sentí la más grande de las satisfacciones, por tener delante y poder estrechar en mis brazos a un héroe semejante. "¡Pues bien, sí!", exclamé, "muere, muere; tu corazón es bastante grande, y tu vida tan madura como los racimos de uva en un día de otoño. Parte, ser perfecto; si no hubiera una Diótima en el mundo, yo te seguiría."

"¡Ah!", exclamó Alabanda. "¿Al fin vuelvo a encontrarte? ¿Eres tú el que habla así? ¿Cómo se anima todo, cómo todo toma un sentido profundo y llega al corazón, cuando es mi Hiperión quien habla!"

"¿Me alabas", le dije, "por arrancarme, por segunda vez, una palabra imprudente, y obtener de mí el permiso de correr a la muerte?"

"Ni te alabo ni te doy las gracias", replicó Alabanda con aire grave; "tengo derecho de hacer lo que tú quisieras impedir, y no hay en ello nada deshonesto. Sabe apreciarlo."

Había en su mirada una llama que me clavó en el sitio, como si una orden divina hubiera llegado a mis oídos, y me habría dado vergüenza pronunciar una sola palabra para disuadirlo. Pero me repetía a mí mismo: ellos no harán eso, no pueden hacerlo. Sería una locura suprimir así una vida tan hermosa, como si se sacrificara una víctima a los dioses, y este pensamiento me devolvió un poco la calma. Todavía tuve la suerte de poder escucharlo la noche siguiente, después que cada uno terminó sus preparativos de partida y cuando antes del alba salimos para estar juntos una vez más.

"¿Sabes", me dijo entre otras cosas, "por qué nunca me ha preocupado la muerte? Es porque siento en mí una vida que ningún dios ha creado ni mortal alguno ha engendrado. Creo que lo que somos, lo somos por nosotros mismos, y que si nos apegamos tan íntimamente al gran Todo, es porque queremos."

"Es la primera vez que te oigo decir eso", le contesté.

Pero él prosiguió: "¿Qué sería, pues, este mundo sino una armonía de seres libres?... ¿Y si, por su propia iniciativa y por una acción común, los vivientes no contribuyeran desde el principio a la gran sinfonía de la vida?"

"¿No sería como un gran cuerpo rígido y frío, o un triste conjunto de seres al que faltara un corazón?"

"En tal caso", respondí, "está completamente fuera de duda que, sin libertad, nada puede vivir."

"Naturalmente", dijo, "ninguna brizna de hierba, ni aun la más pequeña, crecería si no tuviera su propio germen. Y esto es sobre todo verdadero con respecto a mí. Siendo libre en el sentido más elevado de la palabra, sintiéndome sin comienzo, y creo que puedo agregar, también sin fin, nada podría ser destruido en mí. Si he salido de manos de un alfarero, que rompa su obra si le place. Ello no impide que lo que vive allí dentro, no pudo haber sido engendrado; es, por su origen, de naturaleza divina, es decir, está por encima de toda potencia, de todo arte, y por lo tanto es inviolable, luego eterno."

"Cada individuo lleva en sí sus misterios, mi buen Hiperión, quiero decir, sus pensamientos secretos. Y éstos son los míos, desde que pienso."

"Lo que vive es indestructible, lo que vive permanece libre, aun bajo el aspecto de su más profunda servidumbre, lo que vive es siempre uno, aunque lo separes en dos; es invulnerable, aunque lo quiebres hasta la médula: su ser se escapará siempre de tus manos, victorioso."

"Pero ya la brisa de la mañana se agita; la gente está despierta en nuestros barcos. Ahora, mi querido Hiperión, la más dura de las pruebas ha pasado. He podido rechazar de mí todo sentimiento de debilidad y pronunciar contra mi corazón una sentencia de muerte; nuestra separación, oh tú, mi amigo más querido, más querido que la vida misma. No me abrumes ahora, ahórrame los adioses; acabemos pronto. Ven..."

Un estremecimiento me atravesó todos los miembros al oírle hablar así.

"¡Yo te conjuro, Alabanda", le grité, prosternado a sus pies, "en nombre de la amistad! ¿Es necesario, es realmente necesario, que eso ocurra? Tú me has sorprendido, me has aturdido, me has envuelto en

tu vértigo. ¡Hermano mío, ni siquiera me deiaste la suficiente razón para preguntarte adónde vas!"

"No puedo decirte el lugar, mi tierno amigo", respondió, "pero tal vez nos volvamos a ver todavía."

"¿Volver a vernos?", dije. "¡Me enriqueces de pronto con una esperanza! ¡Quién sabe si voy a enriquecerme ya a tal punto en creencias, que todo, en mí, acabará por ser fel!"

"Amigo mío", me dijo, "cuando las palabras no sirven, es mejor callar. Terminemos virilmente; echamos a perder los últimos instantes."

Habíamos llegado cerca del puerto.

"Un ruego aún", dijo, en el momento de llegar a su barco. "Saluda a Diótima de mi parte. ¡Amaos, sed felices, almas hermosas!"

"¡Oh Alabanda, mi amigo querido!", respondí, "¿por qué no podré partir en tu lugar?"

"Tu misión es más alta", dijo; "cúmplala. Perteneces a la dulce criatura que te espera; ¡que ella sea en adelante tu mundo! ¡Ah!, puesto que toda felicidad implica un sacrificio, acéptame en holocausto, oh Destino, y haz la felicidad de los que se aman..."

La emoción que él sentía comenzó a avasallarlo. Se arrancó entonces bruscamente de mí, y saltó al barco para abreviar nuestros adioses. Ello me hizo el efecto de un rayo al que siguieran el silencio y las tinieblas; pero, en ese anonadamiento de mí mismo, toda mi alma se rebeló para retener al amigo fiel que partía y, como movido por un resorte, mis dos brazos se tendieron hacia él. "¡Piedad! ¡Alabanda!, ¡Alabanda!", le grité; pero sólo me llegó desde el navío el eco lúgubre de la palabra "adiós".

HIPERIÓN A BELARMINO

El azar quiso que el esquife que debía transportarme a Calauria permaneciese todavía anclado hasta la noche, después de la partida de Alabanda.

Me quedé en la ribera, con los ojos fijos en el mar, fatigado por el dolor de los adioses, dejando pasar las horas una tras otra. Mi espíritu recapitulaba las dolorosas jornadas de mi juventud expirante, y como una paloma extraviada se remontaba por encima del porvenir. Quise darme ánimos, y tomé mi laúd, tanto tiempo en ocio, para cantarme a mí mismo una de aquellas canciones que había compuesto en tiempos más felices, con letra de mi amigo Adamas:

¡Marcháis en la luz
Y el suelo*os es dulce, genios dichosos!
La brisa etérea
Os acaricia apenas,
Como los dedos del artista
Rozan las sagradas cuerdas.

Los dioses carecen de destino.
Como respira un niño dormido,
Oculta en el seno
De un púdico cáliz,
Su alma
Eternamente florece,
Y sus miradas serenas
Desbordan
De claridad eterna.

No nos es dado a nosotros
Reposar jamás.
Pasar... sufrir...
El hombre pasa

De una hora ciega
 A la otra...
 Como el agua que cae
 De roca en roca,
 Día tras día, al abismo ignorado.

Eso canté pulsando las cuerdas. Había ya terminado cuando un barco entró en el puerto, y a bordo de él reconocí a mi sirviente, que me traía una carta de Diótima.

"¿Estás todavía en este mundo?", me escribía. "¿Ves todavía la luz del día? Yo creía, amigo mío, hallarte en otra parte. Recibí más pronto de lo que tú después deseaste la carta que me escribiste antes de la batalla de Tscherna, y por eso he vivido una semana en la creencia de que deliberadamente habías buscado la muerte, hasta que tu sirviente llegó con la buena nueva de tu salvamento. Además, también había sabido, pocos días después de la batalla, que el barco en que estabas había volado con su tripulación.

"Pero, ¡oh la más dulce de las voces!, te oía aún, aún la voz del ser amado acariciaba mis oídos, como el soplo de mayo, y tu alegría y tu esperanza, esa visión encantadora de nuestra felicidad venidera, una vez más me llenaron por un momento de ilusiones.

"Mi querido soñador, ¿por qué tendré que despertarte? ¿Por qué no puedo decirte: ven, y convierte en realidad los bellos días que me prometes? Pero ya es demasiado tarde para ello, Hiperión, es demasiado tarde. La que amabas está ya marchita; desde que te ausentaste, una llama misteriosa me ha consumido poco a poco, y casi no queda ya nada de mí. No te disgustes. Todo en la naturaleza se purifica y en todas partes las flores de la vida se despojan de su tosca envoltura.

"Mi Hiperión amado, tú no pensabas, seguramente, oír este año mi canto del cisne".

CONTINUACIÓN

"Apenas te fuiste, comenzó esto. Primero, se produjo en mí una actividad mental que me espantaba, y una intensidad de vida interior, comparada con la cual la de la tierra me hacía el efecto de una lamparilla en la aurora del día... ¿Qué te diré? Me habría gustado ir a Delfos, elevar un templo al dios del entusiasmo al pie de las rocas del viejo Parnaso y, nueva Pitonisa, inflamar con mis oráculos los pueblos caídos en la apatía. ¡Quién sabe! Las palabras de la doncella habrían, tal vez, abierto los ojos a todos los desgraciados, y serenado las frentes contraídas, tan poderoso era en mí el espíritu de vida. Pero la fatiga de mi ser iba creciendo de continuo, y un peso angustioso me abrumaba cada vez más. ¡Ah, cuántas veces en mi silenciosa glorieta no habré llorado sobre las rosas de mi juventud! Ellas se marchitaban cada día más, y pronto solamente las lágrimas devolvían un poco de color a las mejillas de tu amiga. Todos nuestros antiguos árboles estaban todavía allí, y la antigua glorieta... Allí también estaba en otro tiempo tu Diótima, tu niña, Hiperión, ante tus ojos llenos de felicidad, como una flor entre las flores, y la fuerza de la tierra y la del cielo se confundían apaciblemente en ella. Más tarde, ella pasaba, como una extraña, en medio de los capullos de mayo; y sus confidentes, las plantas, le hacían un leve signo amistoso; pero ella sólo podía mostrarles su tristeza. De ninguna me olvidaba al pasar frente a ellas; dije adiós a cada testigo de los juegos de mi infancia: a los bosques, a las fuentes y a las colinas que acaricia el viento.

"¡Ah!, Hiperión, con frecuencia, a costa de una pesada pero dulce fatiga, he subido, cuando mis fuerzas me lo permitían, hasta la altura en que habitabas, en casa de Notara, y he conversado de tí con nuestro

amigo, con el aire más alegre que podía, para que no se le ocurriera escribirte acerca de mí; pero, pocos instantes después, cuando no podía contener ya mi tristeza, me escapaba, tratando de que no se dieran cuenta, al jardín, ponía los codos sobre el parapeto que dominaba las rocas, desde el cual había mirado un día hacia abajo, a la lejanía, a la naturaleza que se abría ante nuestros ojos, y donde tus manos me retuvieron, mientras tu mirada observaba cada uno de mis gestos en aquellos primeros estremecimientos del amor. ¡Ah, cómo habría querido entonces derramar el sobrante de mi alma, como el vino del sacrificio, en el abismo de la vida! Pero me sentía tambalear, y contaba al viento mi pena; como una tímida avecilla, lanzaba en torno mío miradas espantadas, osando apenas posarlas en esta hermosa tierra que iba a dejar.”

CONTINUACIÓN

“Ya ves, Hiperión, en lo que se ha convertido la que amabas. No te preguntes cómo ha sucedido; no trates de explicarte esta muerte. El que se imaginara poder sondar el misterio de este destino, pronto se vería reducido a maldecirse a sí mismo y a todo lo que le rodea. En realidad, a nadie en el mundo podría echársele la responsabilidad.

”¿Debería decirte que el pesar sufrido a causa de ti es lo que me ha matado? Pero, no, no sería verdad. Ese pesar me fue, por el contrario, beneficioso; pues fue lo que dió una razón y un atractivo a esta muerte de la que ya llevaba el germen. Desde ese momento, pude decirme: mueres por el que amas...

”¿O bien todos los entusiasmos nacidos de nuestro amor habrían madurado demasiado mi alma, que ahora, como un joven presuntuoso, no consigue ya mantenerse en los límites de su modesta morada? Dí-

me lo, habla: ¿fue tal vez la exuberancia de mi corazón lo que me hizo romper con esta vida? ¿Acaso por ti, mi héroe querido, la Naturaleza que hay en mí se habría vuelto demasiado orgullosa para soportar una más larga permanencia en este mediocre planeta? Pero, ya que tú le enseñaste a volar, ¿por qué también no le enseñas a mi alma a volver hacia ti? Tú encendiste la llama que arde en el azul del cielo: ¿por qué entonces no la sostienes para mí? Escúchame, amor mío: en nombre de tu alma tan hermosa, no te reproches nunca mi muerte.

”¿Estaba acaso en tu poder retenerme cuando tu destino te mostraba el mismo camino que a mí? Y si me hubieras dicho, como un predicador, cuando tu noble corazón sostenía el más heroico de los combates: “Aprende a contentarte, vida mía, y adáptate a tu época”, ¿no habrías sido el más vanidoso de los vanidosos?”

CONTINUACIÓN

“Voy a decirte con toda sinceridad lo que creo. Tu llama vive en mí, tu espíritu ha pasado a mí; pero esto seguramente no me habría perjudicado; es tu destino sólo lo que ha sido fatal a mi nueva existencia. Por ti mi alma se había vuelto demasiado poderosa; por ti se habría de nuevo apaciguado. Tú arrebataste mi vida a esta tierra; y tú habrías tenido también el poder de retenerme en ella; no tenías más que aprisionar mi alma en tus brazos como en un círculo mágico. ¡Ah!, Hiperión, una sola de tus miradas me habría retenido, una sola de tus palabras de amor habría hecho de mí la más alegre, la más sana de las criaturas; pero como tu destino te empujaba al aislamiento del espíritu, lo mismo que un diluvio empuja el agua hacia la cima de la montaña... ¡Ah!, solamente cuando tuve la convicción de que la

tempestad de la batalla había derribado los muros de tu prisión, y de que mi Hiperión había levantado el vuelo hacia la antigua libertad, sólo entonces mi suerte se decidió, y en poco tiempo todo habrá concluido para mí.

"He necesitado muchas palabras, mientras la gran romana supo morir en silencio cuando su Bruto luchaba desesperadamente por la salud de la patria. Pero ¿qué cosa mejor podría hacer en los mejores días que aún me quedan por vivir? Ahora mismo, de continuo me siento impulsada a decir mil cosas. En verdad, si mi vida fué silenciosa, no cabe duda de que mi muerte habrá sido demasiado locuaz.

" ¡Basta pues!"

CONTINUACIÓN

"Una sola cosa quisiera decirte aún.

"Lógicamente, parece que habrías de caer en el dolor, en la desesperación; pero el espíritu te salvará. No son los laureles y las coronas de mirto lo que te consolará; sino el Olimpo, siempre vivo, siempre presente, y que, en su eterna juventud, regocija todos los sentidos. El mundo, tan hermoso, es el Olimpo mío; y lo es también aquél en que vas a vivir, con los seres sagrados de la creación, con los dioses de la Naturaleza que en adelante serán tu alegría.

" ¡Ah, bienvenidos seáis todos, vosotros los buenos, los fieles, vosotros cuya ausencia se hacía sentir profundamente, vosotros a quienes se ha desconocido por tanto tiempo! ¡Jóvenes y Viejos, Sol y Tierra, y tú, Azur, donde viven todas las almas que giran en torno vuestro, y que envolvéis con vuestro eterno amor: sed el refugio de los desesperados de la vida, acoged a los proscritos en vuestra divina familia, dad una nueva patria en la Naturaleza a los que tuvieron que huir de la suya!

"Tú conoces estas palabras, Hiperión. Tú fuiste quien las suscitó en mí, a ti corresponderá el cumplirlas; hasta entonces no hallarás la paz.

"Lo que tengo me basta para morir como debe morir una doncella griega.

"Los indigentes que no conocen más que su miserable oficio, que no sirven a otra divinidad que la Necesidad y desdeñan el Genio, y que por consiguiente no te honran, a ti, ¡oh vida simple de la Naturaleza!, esos infortunados podrán temer la muerte. Su yugo mismo se ha convertido en su universo. Lo que mejor conocen, es su dura tarea; la divina libertad, la que nos trae la muerte, la temen.

"Yo no la temo. Desde hace tiempo mi alma se ha elevado por encima de la obra penosamente edificada por la mano de los hombres; he sentido que la vida de la naturaleza es superior a todos los pensamientos... y, si hubiera de volverme planta, ¿sería ello una tan gran desgracia? Continuaría existiendo. ¿Cómo, pues, podría salir de la esfera de la vida en la que el eterno amor común a todos los seres suelda entre sí la naturaleza de todos ellos? ¿Cómo podría separarme de esta asociación que une a todas las criaturas? Ella no se deshace tan fácilmente como los vínculos relajados de nuestro tiempo. No es como esos días de mercado a que todo el mundo acude, participa en el tumulto y se dispersa luego en todas direcciones. No, por el espíritu que nos une, por este espíritu divino que es la propiedad de cada uno y el bien de todos, no, y mil veces no, en la asociación de la Naturaleza la fidelidad no es una palabra vana. No nos separamos sino para volver a encontrarnos más estrechamente, más apacible, más divinamente unidos con todo y con nosotros mismos. No morimos sino para revivir.

"Continuaré existiendo; pero no me pregunto qué seré. Ser, vivir; basta con ello, es la gloria de los dio-

ses; poco importa también en qué consiste la vida en el mundo de los dioses; allí no hay señores ni siervos. Los diferentes reinos existen confundidos los unos en los otros, como amantes; tienen todo en común: el espíritu, la alegría, y la eterna juventud.

"Los astros han escogido la duración; caminan a través del espacio siempre silenciosos y llenos de vida, e ignoran la vejez. Nosotros representamos lo más perfecto en la transmutación de los seres; nosotros, en esos eternos acordes, somos las melodías errantes. Vivimos divinamente también, como los arpistas en torno de los tronos más antiguos, en torno de los silenciosos dioses del mundo; y nuestra vida es el himno de un instante que atempera la gloriosa austeridad del dios Sol y de los otros dioses.

"Mira el mundo: ¿no parece un cortejo que avanza triunfal, y en el que la naturaleza celebra una eterna victoria sobre todo lo que es corrupción? Y, para realzar este triunfo, ¿no arrastra la Vida tras ella, atada con cadenas doradas, a la Muerte, como esos capitanes de la antigüedad que llevaban consigo a los reyes prisioneros? Y nosotros, ¿no somos acaso las doncellas y los mancebos que, bajo formas cambiantes y diversas, acompañan con sus danzas y sus cantos el imponente cortejo?

"Pero debo detener mi pluma. Añadir algo a lo que he dicho, sería superfluo. Por lo demás, volveremos a encontrarnos...

"Amigo mío desolado, pronto, pronto, conocerás una felicidad mayor. Tus laureles no están todavía maduros y tus mirtos se marchitan; pues vas a convertirte en el sacerdote de la divina naturaleza; llevas ya en ti los presagios de tu alta misión poética.

"¡Ah, quién pudiera admirarte en el esplendor de tu futura belleza! ¡Adiós, adiós!"

Al mismo tiempo que esta carta, recibí otra de Notara, en la que me decía:

"Al día siguiente del día en que ella te escribió por última vez, recobró toda su serenidad, pronunció pocas palabras, y nos dijo que prefería dejar la tierra mediante el fuego más bien que ser enterrada, que debíamos recoger sus cenizas en una urna y colocarla en el bosque, en el lugar donde tú, amigo mío, la hallaste por vez primera. Un poco más tarde, cuando anocheció, nos dio las buenas noches, como si quisiera irse a dormir, y cruzó los brazos alrededor de su cabeza; oímos su respiración hasta el amanecer; pero entonces, estando todo silencioso y no oyendo ya el menor ruido, entré en su habitación y escuché.

"¡Oh Hiperión!, ¿qué agregar a esto? Todo había terminado y nuestros lamentos no la despertarían.

"¡Que tremendo misterio, amigo mío, la extinción de una vida semejante! ¿Te lo confesaré? Desde que lo he visto, no tengo ya ni sentimiento ni creencia.

"Y, sin embargo, una muerte semejante vale cien veces más que una existencia soñolienta como la que estamos condenados a vivir de aquí en adelante.

"Ya en adelante nuestro trabajo consistirá en cazar moscas y morder las cosas del mundo como los niños las raíces de higuera; a eso quedará reducido todo nuestro gozo. Envejecer en medio de un pueblo joven me agradaría; pero acumular los años sobre los años donde todo es ya viejo, me parece el peor de los destinos.

"Casi te aconsejaría, mi buen Hiperión, que no vinieras. Yo te conozco. Volver aquí sería para ti una gran aflicción. Y, además, aquí no estarías seguro. Piensa, amigo mío, en la madre de Diótima, piensa también en mí, y no vengas.

"No te ocultó que tiemblo al pensar en lo que te espera. Me digo que el sol más tórrido no agota los manantiales profundos, sino solamente las cisternas. Hubo momentos, Hiperión, en que te me pareciste

un ser superior. Ahora, que has sido puesto a prueba, tienes ocasión de demostrarlo. Adiós."

Así me escribió Notara; y sin duda te preguntarás ahora, mi querido Belarmino, lo que puedo sentir al contarte todo esto.

Me siento en calma, amigo mío: pues no pido nada superior a lo que los dioses pueden darme.

¿Acaso no sufre todo lo que vive? Cuanto más grande es el placer, más profundo será el dolor. ¿No sufre acaso la santa Naturaleza? ¡Oh mi Divinidad!, que puedas ser tan feliz como triste, es lo que durante mucho tiempo no podía comprender. Pero la felicidad sin el sufrimiento no es más que un sueño, y sin la muerte no hay vida. ¿Querías tú ser eternamente como un niño, y dormir como la nada? ¿Privarte de las alegrías de la victoria, y no recorrer todos los círculos de la perfección? Sí, no cabe duda, el dolor merece habitar en el corazón del hombre, y ser tu confidente. ¡oh Naturaleza! Pues sólo él conduce de una felicidad a otra, y aquélla no tiene otro compañero que él...

Más tarde, cuando empecé a revivir, escribí a Notara desde Sicilia, donde un barco me había llevado desde Paros:

"Te he escuchado, mi querido amigo: estoy ya lejos de vosotros y voy a darte señales de vida: pero me cuesta, te lo confieso, trazar estas líneas. Los bienaventurados entre los cuales habita Diótima no hablan, y en la noche en que me encuentro, en el fondo del abismo de las almas en duelo, pronto se acaba de decir lo que se piensa.

"Tienes razón, mi Diótima tuvo una hermosa muerte; y también ello me reconforta y me vuelve a mí mismo.

"Pero, a pesar de todo, el mundo al que vuelvo ya no es el de antaño. Me siento en él tan forastero como los muertos que no han tenido sepultura, cuan-

do suben del Aqueronte; y hasta si estuviera en la isla en que nací, en los jardines de mi infancia a los que mi padre me prohíbe la entrada, sería todavía y seré siempre un forastero sobre la tierra. Ninguna potencia, ni aun divina, reanudará ya los lazos que me ataban al pasado.

"¡Ah, sí, todo ha terminado! A menudo tengo que repetírmelo; hasta tengo que valerme de esas palabras para domar mi pobre alma, para obligarla a permanecer tranquila, a fin de que no se deje llevar a toda suerte de locuras e infantilidades.

"¡Todo ha terminado! Y aunque pudiera en este instante derramar todas las lágrimas de mis ojos, ¡oh divina Belleza!, como tú hiciste en otro tiempo por Adonis, él no me devolverá a mi Diótima; y las palabras que brotan de mi corazón no tienen ya fuerza, pues sólo el viento las recibe.

"¡Oh Dios, cuando pienso que no soy nada! Que el más humilde de los obreros que gana su vida con sus manos puede decirse superior a mí; que los pobres de espíritu pueden consolarse mutuamente, y tienen derecho a sonreír, a tratarme de soñador inútil porque no he tenido éxito en mi empresa, porque mis brazos están atados, porque mi destino semeja al frenético Procusto que tendía en una cuna a los hombres de que podía apoderarse, y les cortaba los miembros a la medida de ella.

"¡Si no fuese siquiera tan absurdo el lanzarse solo en medio de una multitud demente para ser hecho pedazos por ella! O bien sería menester que una noble sangre no se avergonzara de mezclarse a la de los esclavos. ¡Oh dioses!, ¿por qué no habrá una bandera a cuya sombra pudiera servir mi querido Alabanda, o Termópilas donde con honor, y gloria pudiera yo derramar al mismo tiempo que mi sangre todo este secreto amor que ya nunca me servirá de nada? Mil veces más, desde luego, sería preferible

vivir aún, vivir en los nuevos templos, en el Ágora, en medio de las nuevas asambleas, donde quizás podría calmarse esta gran aflicción; pero ¿a qué hablar de estas cosas? Cuando pienso en ello todo lo que puedo es acabar de malgastar mis fuerzas en el llanto.

" ¡Ah, mi buen Notara!, pronto habré terminado; mi propia alma me da horror ya; pues ella causó la muerte de Diótima; y los pensamientos de mi juventud, a los que yo daba tanta importancia, han perdido todo su valor a mis ojos. Ellos son, ¡ay!, los que envenenaron a mi pobre Diótima.

" Y ahora, dime, ¿dónde debo refugiarme? Ayer subí allá arriba, al Etna. Y recordé al gran siciliano que un día, a pesar de su gran amor a la vida, fatigado de contar las horas, y con el alma llena de los misterios del mundo, se precipitó en las majestuosas llamas del cráter, sin duda, como dijo más tarde un ironista, porque este frío poeta tenía necesidad de calentarse.

" ¡Qué placer habría sido para mí provocar la misma burla! Pero hay que tener una más alta estima de sí mismo que la que yo tengo, para lanzarse así al corazón de la naturaleza sin que ella nos haya llamado. No sé si me comprendes; pues, realmente, he llegado a no saber ya qué nombre dar a las cosas. Todo en mí se ha vuelto incierto.

" Ahora, Notara, dime: ¿dónde hay un refugio para mí?

" ¿En los bosques de Calauria?... Sí, allá, en el oscuro verdor, donde se yerguen todavía nuestros árboles, los confidentes de nuestros amores, donde, como una puesta de sol, las frondas murientes caen sobre la urna de Diótima, y sus viejas copas se inclinan sobre ella, envejeciendo lentamente, hasta que ellas también se desplomen un día sobre las amadas cenizas... Sí, allí me parece que podría vivir aún.

" Pero tú me aconsejas que permanezca lejos; crees que en Calauria no estaría seguro, y realmente es muy probable.

" ¡Como si te oyera!, vas a recomendarme a Alabanda. Pero escucha: él también, el tronco joven y robusto que has conocido, está roto, destruido, y los viles se disponen a reunir los restos para hacer con ellos una hoguera. Ha partido. Tiene algunos buenos amigos, que tratarán de consolarlo a su manera; pues son duchos en el arte de aliviar a aquéllos para quienes la vida es una carga que pesa demasiado. Hacia ellos ha ido. ¿Por qué? Porque nada puede ya hacer aquí; o, más bien, si puedo decírtelo todo, porque lleva en el corazón una pasión que lo roe. ¿Y sabes por quién? Por Diótima, a la que cree todavía viva, casada conmigo, y feliz... ¡Pobre Alabanda! Ahora Diótima es tuya y mía.

" Partió en dirección al este, y yo voy a embarcarme hacia el noroeste, pues la ocasión justamente se presenta.

" ¡Ahora, adiós, querido amigo, adiós, vosotros todos a quienes llevo en mi corazón, amigos de mi infancia; adiós, vosotros, padres míos, vosotros, griegos tan queridos, y vosotros también, los que sufrís!

" ¡Oh vosotros!, brisa suave que me alimentabas en mi tierna infancia, bosques umbríos de laureles, y rocas escarpadas y olas majestuosas que enseñasteis lo sublime a mi espíritu!... ¡Y vosotros, objeto de mis tristes recuerdos, ante los cuales nació mi melancolía: sagrados muros que aún ceñís la ciudad de los héroes, puertas hermosas que franquearon tantos grandes viajeros, columnas de los templos y restos de los dioses; y tú, oh Diótima, y vosotros, valles de mi amor, arroyos que reflejabais la imagen querida, árboles bajo los cuales ella encontraba la serenidad, primaveras que conocisteis a la dulce y deliciosa criatura, alejaos, alejaos de mí! ¡Borraos de mi memoria,

oh recuerdos demasiado dulces! ¡Borraos, puesto que es preciso, apartaos todos de mí! No es dado a las fuerzas del hombre cambiar nada. La luz de la vida viene y se aleja a su antojo."

HIPERIÓN A BELARMINO

Así fue como vine a parar entre los alemanes. Yo les pedía poca cosa, y esperaba encontrar menos todavía. Llegué con humildad, como Edipo ciego y sin patria a las puertas de Atenas, donde fue recibido en el bosque sagrado y donde las almas buenas acudieron en su auxilio.

Pero ¡qué diferente fue conmigo! Bárbaros desde los tiempos más remotos, más barbarizados todavía por el trabajo, por la ciencia, y hasta por la religión, absolutamente incapaces de un sentimiento elevado, corrompidos hasta la médula de los huesos, felizmente para las divinas Gracias, ofensivos para toda alma bien nacida, en las grandes cosas como en las pequeñas, sordos y sin armonía como los pedazos de un vaso roto... tales eran, mi querido Belarmino, los que debían prodigarme consuelos.

Duras palabras son éstas, pero tengo que decirlas porque son la verdad; no puedo figurarme que exista pueblo más hecho a trozos que éste. Se ven en él obreros, pero ni un solo hombre; pensadores, pero ni un hombre; sacerdotes, pero ni un hombre; amos y criados, jóvenes y personas graves, pero ni un hombre... ¿No es, me digo, como un campo de batalla en el que yacen, entremezclados, manos, brazos y toda clase de miembros mutilados, mientras lo mejor de la sangre derramada se pierde en la arena?

Me dirás que cada uno debe atender a sus ocupaciones, y yo también me lo digo. Pero entonces que lo haga con toda su alma y no ahogue en sí toda otra

llama por consideración a la categoría social del individuo; que no ceda a ese miedo miserable que lo impulsa a no ser, literalmente, y aun hipócritamente, sino lo que su título indica; que sea seria y sinceramente lo que es en realidad; así es como cada uno de esos actos llevaría la marca del espíritu que lo anima; y si le ocurre el sentirse oprimido en una función de la que haya que desterrar el espíritu, rechácela desdeñosamente y póngase más bien a trabajar la tierra. Tus alemanes, Belarmino, se atienen de buen grado a lo estrictamente necesario, por eso se encuentran entre ellos tantas obras de mal gusto y tan poca naturalidad en la alegría. Pero aún se podría sacar de ello algún partido, si estos hombres no fueran insensibles a todo lo que embellece y encanta la existencia, y si sobre este pueblo no pesara por doquiera el anatema de una execrable perversión...

Las virtudes de los antiguos no eran más que brillantes defectos, decía una vez no sé qué mala lengua; pero sus defectos mismos son virtudes, pues en ellos todavía vive un espíritu ingenuo y bello, y si no hubieran puesto su alma en todo lo que hacían, no habrían hecho bien nada.

Las virtudes de los alemanes, por el contrario, son un mal brillante y nada más; no son sino un producto de la necesidad, la penosa expresión de un corazón desecado por el miedo que lo vuelve cobarde. ¡Virtudes alemanas, incapaces de dar el menor consuelo a un alma pura deseosa de nutrirse de lo bello, y que, habituada a la santa armonía de las naturalezas nobles, no puede ya acostumbrarse a la cacofonía que estalla por toda partes en el orden frío y medurado de estas gentes!

Yo te lo digo: no hay en este pueblo nada sagrado que no esté profanado, que no sea adaptado a fines utilitarios; y hasta las cosas que en los pueblos salvajes conservan casi siempre su carácter divino son

consideradas por estos bárbaros calculadores como los elementos de un simple oficio, y tratados en consecuencia. No pueden hacer otra cosa; pues en cuanto entre ellos un ser humano está adiestrado en algo, es necesario que cumpla su función, que saque provecho de ella. No, no hay que temer, ¡oh dioses!, que se deje llevar nunca del entusiasmo; siempre le veréis juicioso y acompasado, lo mismo cuando celebra sus fiestas que cuando ama, que cuando ora. Hasta en la primavera, cuando la dulzura del aire inclina a los hombres a reconciliarse, disipa sus preocupaciones y hace el milagro de volver en cierto modo la inocencia a un corazón impuro, cuando el esclavo, embriagado por el calor de los primeros rayos, se siente feliz y olvida el peso de sus cadenas, y en el aire impregnado del espíritu divino, los mismos que han jurado odio a la humanidad se sienten volver dulces como niños. . . , cuando a la larva le crecen alas y la abeja comienza a hacer su botín, el alemán permanece confinado en su función, importándole un ardite el tiempo y la naturaleza.

Pero eres tú, ¡oh divina naturaleza!, la que habrás de juzgar. pues si esas gentes tuvieran a lo menos un poco de modestia, si no se erigieran en modelos para los mejores, si siquiera no tuviesen el descaro de blasfemar contra lo que ellos no son, y si, cuando se destruyen mutuamente, evitaran el burlarse de lo divino. . .

Pero, lo que vosotros ridiculizáis, y a lo que negáis el alma ¿no es justamente lo divino? ¿Acaso el aire que aspiráis no vale mil veces más que vuestros necios discursos? ¿Los rayos del sol, no son más elocuentes por sí solos que todos vuestros grandes hacedores de frases? El agua de la fuente y el rocío refrescan vuestros bosques; ¿podrías vosotros, decidme, hacer otro tanto? Podrías, sí, aniquilarlo todo, pero no vivificarlo, si el amor que no es vuestro, y

que no habéis inventado, no le diera vida. Os atormentáis buscando los medios de escapar al Destino, y no comprendéis siquiera que vuestro arte infantil no os sirve para nada; mientras los astros allá arriba continúan apaciblemente su curso. Envilecéis, desgarráis la naturaleza paciente allí mismo donde se muestra tolerante con vosotros; a pesar de lo cual, continúa viviendo, eternamente joven, y hagáis lo que hagáis, no le quitaréis su otoño ni su primavera; no turbaréis el azul de su cielo.

Sí, fuerza es que sea realmente divina para que podáis llevar así la devastación a su seno, sin que por eso ella envejezca un solo día, y para que, a pesar de vosotros, conserve su hermosura. . .

No menos lamentable es ver vuestros poetas, vuestros artistas, y todos los que aún honran al Genio, aman lo bello y profesan su culto. Estos hombres, los mejores de nosotros, viven en el mundo como extraños en su propia casa; semejantes al paciente Ulises cuando, bajo la apariencia de un mendigo, estaba cerrado ante su propia puerta, mientras los pretendientes insolentes se conducían como amos en la sala de su casa y preguntaban quién les había traído a aquel vagabundo.

En el pueblo alemán los jóvenes favoritos de las Musas crecen llenos de amor, de espíritu y de esperanza. Miradlos siete años más tarde: andan como sombras, fríos y silenciosos, y son como un suelo que el enemigo hubiera sembrado de sal para que ya no creciera allí ni una brizna de hierba. Si alguna vez se les ocurre hablar, ¡guay del que los comprende, del que no vea en sus titánicos asaltos y en sus metamorfosis a lo Proteo otra cosa que la lucha desesperada de su espíritu perturbado contra los bárbaros en cuyas garras se debaten!

"Nada hay perfecto aquí abajo"; tal es el eterno estribillo de los alemanes. ¡Y que no haya uno solo entre

ellos que les diga que, si todo es tan imperfecto entre ellos, es porque con sus manos groseras ensucian cuanto es puro, y profanan todo lo sagrado, y que si nada prospera donde viven es porque desconocen la fuente misma de la prosperidad, la divina Naturaleza, porque entre ellos la vida es insípida, cargada de preocupaciones, saturada de frías y sordas discordias, porque sólo tienen desdén para el genio que pone fuerza y nobleza en cada acción humana, serenidad en el sufrimiento, y que difunde el amor y la fraternidad por las ciudades y las familias.

Por eso también temen tanto la muerte. Y si, por apego a la vida de molusco que llevan, soportan todas las ignominias, es porque no conocen nada superior a los fantoches que se fabrican a sí mismos.

¡Ah Belarmino!, cuando un pueblo ama lo Bello, cuando honra al Genio en la persona de sus artistas, un espíritu universal sopla sobre él como una brisa vivificante, la timidez se desvanece, la fatalidad se disipa, todos los corazones comulgan en un mismo sentimiento de bondad y de grandeza, y el entusiasmo engendra los héroes. Un pueblo semejante es la patria de todos los hombres, y el extranjero gusta de vivir en él. Pero donde la Naturaleza y sus artistas son menospreciados, ¡ay!, todo lo que constituye mayor encanto de la vida desaparece, y cualquier otro planeta es preferible a la Tierra. Los hombres, que sin embargo tienen todos el mismo noble origen, tórnense allí cada vez más toscos, cada vez más incultos; la servidumbre aumenta y con ella la petulancia del bruto; la ebriedad crece con los sinsabores y, con el lujo, aumentan la escasez y las privaciones; en suma, lo que debía constituir la bendición de cada año, es su maldición y pone a los dioses en fuga.

¡Y desgraciado, desgraciado del extranjero a quien su amor hizo emigrar a semejante país; y tres veces desgraciado el que, empujado por un gran dolor, y

como yo mendicante, vino a pedir asilo a este pueblo!...

Pero basta; tú me conoces, Belarmino, y no lo tomarás a mal. Lo que he dicho, lo dije también en tu nombre lo mismo que en nombre de los que viven en el país y en él sufren como yo he sufrido.

HIPERIÓN A BELARMINO

Entonces tuve la intención de dejar a Alemania. Ya nada me interesaba en ese país. Había recibido en él los más sangrientos ultrajes, y no quería que mi alma acabara de desangrarse en medio de tales hombres.

Pero la divina primavera me detuvo allí; ella era la sola alegría que me quedaba, mi último amor; ¿cómo habría podido pensar en otra cosa que en ella y abandonar el país donde ella estaba también?

Querido Belarmino, yo nunca había comprendido a tal punto la antigua y fuerte palabra del destino: que una nueva felicidad nace en el corazón del hombre cuando ha resistido alguna prueba muy dura, cuando ha salido victorioso de las tinieblas de la pesadumbre y, semejante al canto de un ruiseñor en la noche, en lo más profundo de su ser dolorido el himno de la vida resuena deliciosamente. En efecto, de allí en adelante viví como en compañía de los Genios buenos, en compañía de los árboles florecidos; y los claros arroyos que corrían a sus pies, con sus dulces murmullos, que sonaban a mis oídos como la voz de los dioses, se llevaban la tristeza de mi alma. Y así fue en todas partes, mi querido amigo, cuando descansaba sobre la hierba y me sentía envuelto en su tierno verdor, cuando subía la loma de la colina por el sendero pedregoso en que las rosas crecen en libertad, o cuando me deslizaba en una barca sobre

las aguas del río bordeando todas las islas que tan amorosamente acaricia.

A menudo, cuando al amanecer, como un enfermo que va a pedir su curación a la fuente, subía a la cima de la montaña, a través de las flores dormidas, y a mi lado las avecillas, saciadas ya de sueño y llamando al día, volaban de los matorrales, con vuelo vacilante, en medio de la luz crepuscular, y el aire, ya un poco más agitado, me traía la oración de los valles y cañadas, la voz de los rebaños, el son de las campanas, y al fin el dios de la luz y la serenidad anudaba su curso habitual, esparciendo el encanto de su eterna vitalidad sobre esta tierra, a fin de que su corazón se reanimara y todos sus hijos comenzaran de nuevo a sentirse vivir... como el astro lunar que se demoraba en el cielo para participar también en el deleite del día, yo me quedaba igualmente solitario, por encima de las llanuras, y dejaba correr lágrimas de amor contemplando, sin poder apartar los ojos, el curso relumbrante de sus aguas entre sus dos riberas.

O al atardecer, cuando me hundía en el valle hasta una de sus fuentes, y alrededor de mí se estremecían los robles en las sombrías alturas, como si, muerto ya en su seno, la Naturaleza hubiera querido amortajarme en la paz y el silencio; entonces, cuando la tierra semejaba una sombra, y una vida invisible hacía temblar las ramas de los árboles y la fronda de sus copas, y sobre las cumbres fluctuaban inmóviles las nubes del ocaso, semejantes a una montaña iluminada por los rayos que corrían hacia mí como las aguas de un arroyo que ofrecen su frescura al viajero sediento...

Entonces yo exclamaba: "¡Oh Sol, y vosotros, vientos del cielo: sólo con vosotros vive mi corazón todavía como hermanos suyos!"

Así me fui abandonando cada vez más, hasta qui-

zás demasiado plenamente, a la Naturaleza bienhechora. ¡Ah, cómo me habría gustado volverme otra vez niño para estar todavía más cerca de ella! ¡Cómo habría deseado saber menos cosas y transformarme en un rayo de luz pura a fin de estar más cerca de ella! ¡Ah, sentirme un instante siquiera inundado por su paz y su belleza! ¡Hasta qué punto me parecía aquello infinitamente más provechoso que todos los años pasados en reflexionar, que todas las experiencias del hombre que quiere experimentarlo todo! Los actos realizados durante mi vida, la ciencia adquirida, todo ello se derretía como el hielo al sol, todos mis proyectos de juventud se evaporaban. ¡Oh seres queridos, que estáis tan lejos de mí, muertos o vivos, qué profundamente unidos estábamos!

Un día, me hallaba sentado en pleno campo junto a un pozo, a la sombra de unas rocas cubiertas de hiedra y de arbustos en flor. Era la mañana más hermosa que había visto nunca. Soplaban una dulce brisa, el campo entero resplandecía aún en el frescor matinal, y en medio de su azur natal, el dios de luz sonreía. Toda la gente había vuelto a sus casas a descansar del trabajo en la mesa familiar; mi amor se encontraba, pues, solo, frente a frente con la primavera, y una indefinible nostalgia se había apoderado de todos mis sentidos. "Diótima", exclamé, "¿dónde estás? Respóndeme, te lo suplico: ¿dónde estás?" Y creí oír la voz de Diótima, aquella voz que en otro tiempo inundaba mi corazón de alegría en los días de nuestra felicidad...

"Estoy con los míos", me gritó, "estoy con los tuyos a quienes el espíritu extraviado de los hombres no acierta a reconocer."

Un dulce pavor se apoderó de mí, y mis pensamientos naufragaron en el sueño.

"¡Ah!", exclamé al despertar, "¡benditas palabras

salidas de tus labios sagrados, enigma bendito!, ¿te he comprendido bien?"

Y una vez más volví a ver las frías tinieblas de la humanidad, y me estremecí y lloré de alegría a la idea de sentirme tan feliz, y hasta creo que pronuncié también algunas palabras; pero éstas eran como el ruido de la llama que deja las cenizas en pos de ella...

"¡Oh tú, Naturaleza —pensé—, y vosotros, sus dioses! Acabado y bien acabado mi sueño de las cosas humanas, yo te digo: tú sola vives ya para mí, y cuanto los corazones inquietos han obtenido o imaginado, se derrite como granos de cera al contacto de tus llamas.

"¿Desde cuándo están privados de ti? ¿Desde cuándo su muchedumbre te injuria, te envilece, a ti y a los dioses que con su apacible felicidad viven en ti?

"Los hombres se desprenden de ti como del árbol los frutos podridos; absórbelos, y volverán a tu raíz. ¡Y ojalá pueda yo, oh Árbol de Vida, reverdecer contigo, y envolver con mi hálito apacible y profundo tu follaje y todos los capullos de tus ramas! Pues todos nosotros nacemos de la misma dorada simiente.

"¡Oh vosotras, fuentes de la tierra, y vosotros, bosques y flores, y vosotras, águilas, y tú, oh luz fraternal, qué viejo y qué nuevo es nuestro amor!... ¿Acaso no somos libres, acaso nos copiamos ansiosamente unos a otros? ¿Cómo, entonces, nuestro modo de vivir no iba a ser distinto? Pero todos nosotros amamos el azul de los cielos, y todos, en lo más profundo de nuestro ser, nos semejamos.

"¡Y tampoco nosotros, Diótima, estamos separados, y los que lloran por ti no se dan cuenta! ¡Somos sonidos vivientes acordados en tu gran sinfonía, oh Naturaleza! ¿Quién podría arrancar a los que se aman uno al otro? ¿Quién podría separarlos?...

"¡Oh Alma! ¡Alma! ¡Belleza del mundo! ¡Oh tú la indestructible, oh tú la arrobadora, en tu eterna juventud! Tú eres. ¿Qué son, ante ti, la muerte y todos los sufrimientos del ser humano? ¡Ah, qué de frases huecas no se habrán dicho al respecto! Todo lo que acontece ¿no tiene su origen en el placer, y su término en el reposo?

"Las disonancias del universo son como las querellas entre amantes. La reconciliación está latente en cada una de sus querellas, y lo que un instante estuvo separado no tarda en unirse de nuevo.

"En el corazón las arterias se separan y vuelven a juntarse para formar una vida unida, eterna y ardiente..."

Tales eran mis pensamientos. La próxima vez te hablaré más largamente de ellos.

FIN

EPILOGO

HÖLDERLIN Y HEGEL

por HECTOR RAURICH

Las ideas de Hölderlin, están expuestas, en lo esencial en su obra *Hiperión*. Su tragedia *La muerte de Empédocles*, que es posterior y a la que no pudo dar forma definitiva, no varía substancialmente el sentido de sus concepciones, si bien bajo ciertos aspectos revisten una modalidad nueva y mayor riqueza de motivos. La concepción trágica del héroe que allí expone, las discordancias entre éste y la masa, no niegan a mi parecer la idea esencial expuesta en *Hiperión*; en todo caso la aclaran y la confirman. Se epiloga como aquélla con una visión a la vez desolada y optimista. Desolada si se atiende al individuo, optimista si se mira a la humanidad, optimista en suma si se vuelve a atender al individuo luego de haber mirado a la humanidad, porque la tragedia sólo es tal para el individuo que no llega a elevarse hasta lo Uno, que permanece por tanto en la mera esfera de los sentidos o de la filosofía de la reflexión. Pero detengámonos porque el tema me seduce y traiciona una voluntad de rigor a la que no debo ser infiel.

Hiperión o *El eremita en Grecia* es una obra formalmente difícil de caracterizar. Unos la consideran novela, novela filosófica, otros lírica pura. El mismo Hölderlin experimentó una indecisión en este sentido pues muchos pasajes los escribió en prosa y luego los refundió en

* De *Hegel y la lógica de la pasión*, Buenos Aires, Marymar Ediciones, S. A., 1976.

yambos. Finalmente optó por el modo epistolar y por una prosa poética y ritmada.¹ Es evidente que buscaba una forma nueva como lo atestigua la obra de sus últimos años de lucidez, toda ella escrita en verso libre sin rimas ni ritmo regular, próxima del versículo y transubstanciación moderna de la forma poética y religiosa oriental arcaica. Forma adecuada como ninguna a la nueva época que vislumbraba y quería contribuir a crear. Por eso no considero que haya que elegir entre los epítetos lírico o épico. Es una forma a la vez lírica y épica y en esto reside a mi entender la originalidad de su hallazgo, la fortuna que tuvo y tiene y la mayor aún que le aguarda.² Pero otra vez mi demonio me lleva esta tarde por donde no debo. . .

El *Hiperión* de Hölderlin ha sufrido tres redacciones sucesivas. Hölderlin compuso primero un fragmento entre 1792 y 1793 y lo publicó en la revista de Schiller en noviembre de 1794, razón por la cual se lo conoce con el nombre de "Fragmento Talía".³ La redacción siguiente es del invierno de 1794-95. La última, en fin, en las postrimerías del 95. En 1797 se publicó el primer libro y el más importante, hacia la mitad del tiempo (1797-1798) que Hölderlin vivió con Hegel en Frankfurt. Es seguro pues que Hegel conoció el Fragmento y la redacción definitiva del 97.⁴

Hiperión es un joven griego contemporáneo que ha nacido bajo la dominación turca y que sueña con restaurar la grandeza de la Grecia antigua (¿Byron?).⁵ Está animado, como los jóvenes de Tubinga, por un ideal revolucionario nacional y universal. Los griegos eran libres e independientes y su religión era una religión de amor a la belleza y el

¹ Véase A. Haas, *Historia de la literatura alemana moderna*, págs. 80 y 87-88 y Della Volpe, *Hegel romántico e místico*, pág. 90.

² Compárese con Lukacs, *Goethe et son époque*, pág. 203; no es posible afirmar con certeza que Raurich conociera y tuviera en cuenta este pasaje, pues a diferencia de otras partes de dicho libro no hay allí ninguna anotación suya.

³ Esta información aparece dispersa en Della Volpe, *op. cit.*, págs. 88 a 93.

⁴ *ibid.*, págs. 103-104.

⁵ Haas, *op. cit.*, págs. 80-81.

arte. Nuestra época en cambio es fea. En vez del entusiasmo los hombres modernos tienen la industriosisidad. Su alegría misma es triste y denuncia el alma tibia de los esclavos. Su Estado sólo tiene por fin protegerlos materialmente. No conocen las bellezas del alma ni del corazón; están muertos. Hiperión departe sobre este tema con sus amigos cuando les llega la noticia de la revolución griega. Hiperión y sus amigos se incorporan a la revolución. Se creen fautores de una nueva era. La vida no será más un miserable negocio, será una era heroica y armoniosa, la edad del entusiasmo fecundo y de las alegrías divinas, la Grecia clásica renacida. Sin embargo, a través de la anarquía moderna el ideal se ha espiritualizado, y por eso lo que antes, en aquella época clásica, era el fruto de la naturaleza será ahora la creación del alma.

Pero los soldados de la libertad se revelan inferiores a este ideal. "En verdad —dice el héroe— era un proyecto extraordinario construir mi Eliseo en medio de una banda de ladrones."⁶ Los soldados se han amotinado contra sus jefes para poder dedicarse al pillaje de las aldeas conquistadas. Hiperión abandona la tropa y cae en la desolación anonadadora. De ella lo libra el amor a una joven llamada Melita (en las redacciones sucesivas Diotima, encarnación de Susette Gontard, el amor desgraciado de Hölderlin).⁷ Pero en seguida se desencuentran. Melita no comprende ni adhiere al espíritu que anima a Hiperión. Ella quiere sólo un amor que dure, no la enajenación de un instante. "Es preciso —le dice— que nos examinemos primero", y le induce a viajar. Nuevamente desilusionado, aunque más tranquilo, no se sosiega del todo empero. Vuelve a la filosofía para pedirle la vida que no encuentra en los hombres, pero inútilmente. Por fin halla su camino de salvación en la unidad con la naturaleza, con el espíritu divino

⁶ El texto original dice: "In der Tat! es war ein ausserordentlich Projekt, durch eine Raüberbande mein Elysium zu pflanzen". De las fuentes que Raurich tuvo a la mano, Haas, *loc. cit.*, dice "por medio de..."; la versión castellana que antecede confirma primero este traslado (pág. 21) pero luego (pág. 175) presenta esta variante: "...querer crear un Eliseo con el apoyo de...".

⁷ Della Volpe, *op. cit.*, pág. 89, e *Hiperión*, Nota preliminar de Paul Zech, pág. 14.

que constituye su esencia, y en la religión del Amor y la Belleza. La esperanza en una nueva edad del mundo no se disipa para él sino que solamente se demora. "Las disonancias del universo —se lee en la última página de *Hiperión*— son como las querellas entre los amantes. La reconciliación está latente en cada una de sus querellas, y lo que un instante estuvo separado no tarda en unirse de nuevo".⁸

El *Hiperión* es una transposición poética del ideal revolucionario de Hölderlin y de la experiencia histórica de la revolución democrática en Europa. De su demora y limitación en Francia, de su fracaso rotundo en Alemania. Más allá de su amargura del presente, su fe parece haber permanecido incólume e invariable, si bien, como decía hace un momento, la perspectiva de su realización, y por tanto las tareas que se imponían, variaban.

Vengamos ahora a la estructura filosófica del poema.⁹ En el prefacio filosófico del primer fragmento el punto de partida es "la simple organización que nos ha dado la naturaleza", y la meta la ideal "organización que podemos darnos nosotros mismos", a través de la cultura y la experiencia humana; la meta debe ser un retorno al punto de partida y simultáneamente su perfeccionamiento: armonía plena y consciente en la naturaleza, con el universo. Entre el principio y el fin, entre estos dos puertos, la alta mar, o como dice nuestro autor, la "vía excéntrica" recorrida en sus errores por el héroe, hijo de Gea y Urano, filiación simbólica que señala su naturaleza híbrida, terrenal y celeste, corpórea y espiritual. La sentencia sepulcral de Ignacio de Loyola puesta como acápite en el prefacio —"Es divino no forzar lo máximo y conservar lo mínimo"— es adoptada por Hölderlin como la norma que quiere imponer a sí mismo y al protagonista de su obra: armonía con lo singular y con lo universal, unión de lo finito con lo infinito. Descuidando ahora la anécdota, la conclusión filosófica que el héroe mismo formula es ésta: el amor por los hombres, que exaltó y con los que fraternizó en sus

⁸ *Hiperión*, pág. 233.

⁹ Della Volpe, *op. cit.*, pág. 89.

Himnos a los ideales de la Humanidad y en *Hiperión* al comienzo, sustituido luego por el amor a un solo ser, Melita (Diotima más tarde), es finalmente sustituido a su vez, por el héroe desilusionado, por el amor a la Naturaleza en cuya secreta fuerza únicamente encuentra reposo y nuevas energías. Ella, la Naturaleza, es lo único que permanece, lo que se desarrolla en infinitud de formas, lo que fue y será; ella es sagrada y misteriosa como la vida, impenetrable para el solo intelecto: de la intuición que tenemos de ella nace el amor que le profesamos; sólo este amor puede dar una base firme a nuestro pensamiento y a nuestra acción.¹⁰

La segunda redacción, escrita en el período en que Hölderlin asistió a las lecciones de Fichte en Jena, es particularmente interesante porque muestra la íntima oposición del poeta al titanismo fichteano y a la filosofía de la reflexión. "La escuela del destino y de los sabios —dice— me volvió injusto y tiránico respecto de la Naturaleza. Como no creía en ella no la amaba. Pensaba que el espíritu puro y libre no podía jamás conciliarse con los sentidos y con su mundo y que no había otra gloria que la victoria sobre ellos. Me alegraba de la lucha que la razón conduce contra lo irracional porque así creía conquistar un sentimiento de superioridad sobre la Naturaleza."¹¹ No prestaba atención ni cuidado a los auxilios que nos ofrece la Naturaleza porque quería esforzarme en dominarla. El resultado fue que perdí casi completamente el sentido de la serena melodía de la vida, el sentido de lo ingenuo y lo infantil, y hasta me pareció imposible que en tiempos me hubiera podido gustar Homero". El héroe escucha entonces la palabra ilusionada de un viejo sabio (personaje que recuerda por algunos rasgos a Schiller). El viejo sabio admite que si el hombre se torna prisionero de los sentidos desconoce la Razón y se asemeja a las bestias, pero —añade— "no se puede negar que hay una parte de nosotros mismos que —aunque en lucha con la Naturaleza— espera de ésta una ayuda. ¿Y por qué no

¹⁰ *Idem*, pág. 90.

¹¹ *Idem*, pág. 91.

podríamos y deberíamos encontrar en todo lo que en ella es nuestro espíritu un Espíritu amigo? ¿No se esconde acaso, detrás de este Espíritu que vuelve sus armas contra nosotros, un maestro detrás del escudo? Llámalo con tu nombre a ese Espíritu, él es siempre el mismo. ¿No surgen ante nuestros sentidos apariencias tales en las que se nos hace visible lo Divino, símbolo de lo que hay en nosotros de sagrado? Lo Bello posee un sentido celado, secreto. Trata de comprender su sonrisa porque así se te revelará lo sacro y lo eterno.¹² *En lo mínimo se manifiesta lo inmenso.* Así el modelo de toda armonía se revela en los movimientos serenos del corazón o en el rostro de un niño. . . Yo sé que somos nosotros mismos quienes animamos el mundo cuando las bellas formas de la Naturaleza nos hacen presente la divinidad. Esa necesidad suprema de nuestro espíritu, que nos impulsa a atribuir a la Naturaleza una afinidad con lo eterno que vive en nosotros y a creer en un espíritu que reside en la materia, es el Amor”.

Hölderlin opone al satánico subjetivismo fichteano su teoría contemplativa estética del Todo y su teoría del Amor activo. Pero esta *pasividad* contemplativa estética es conciliada por él con la exigencia de la acción, es decir, con la exigencia moral, precisamente mediante el Amor.

Concretándonos a nuestro tema, tres son las ideas fundamentales del *Hiperión*: la crítica y el repudio del intelectualismo, es decir, la oposición a Kant, a Fichte y al Schelling fichteano; el mito filosófico de la edad griega cuyo renacimiento se erige en ideal, en utopía; en fin, la intuición estética como específico órgano metafísico.¹³

“La vida divina —escribe el héroe a Belarmino— consiste en vivir en unidad con el Todo; el cielo del hombre; el apogeo del pensamiento y de la gloria, reside en identificarse con todo lo que vive, en retornar con un devoto olvido de sí mismo al Todo de la naturaleza. Entonces el Destino inexorable abdica su soberanía y la Muerte rompe el

pacto que la ligaba a todos los seres.¹⁴ A menudo me elevo hasta esas cumbres. Pero un instante de reflexión basta para derribarme. Pienso como era antes. Ojalá nunca hubiera frecuentado vuestras escuelas. La ciencia, que con mi juvenil locura esperé confirmara mis alegrías más puras, ha hecho mi desgracia. En medio de vosotros me volví razonable y aprendí a diferenciarme y a separarme de lo que me rodea, y al fin me encontré solo en el mundo, proscrito del jardín de la Naturaleza. ¡Oh, el hombre es un dios cuando sueña; un mendigo cuando reflexiona!”

“La Naturaleza, la eterna Belleza —dice en otro lugar— no experimenta en sí misma ni aumento ni disminución. Es siempre y siempre la misma. Es eterna. Sólo creemos en nuestra eternidad porque nuestra alma siente la belleza de la Naturaleza. ¡Oh vosotros que buscáis lo Supremo y lo Optimo en las profundidades del saber o en las confusiones de la acción, en la oscuridad del pasado o en el laberinto del futuro, en la tumba o más allá de las estrellas ¿sabéis en verdad su nombre? ¿Sabéis que su nombre es lo Uno, el Todo, que se distingue en sí mismo?”

El primer hijo de la Belleza humana y divina es el Arte. Por él el hombre divino se rejuvenece y se perpetúa. El quiere sentirse a sí mismo y por eso representa en el Arte su belleza y su armonía.¹⁵ Así es como el hombre se dio sus dioses. El segundo hijo de la Belleza es la Religión. La Religión es el Amor a la Belleza. El sabio la ama por ella misma: infinita, universal. El pueblo ama a sus hijos, los dioses, que se manifiestan a él bajo toda especie de formas. Es lo que ocurría entre los atenienses. Y sin un amor y sin una religión semejantes el Estado no es más que un esqueleto sin vida y sin espíritu, incapaz de pensar y de obrar. Entre ellos, el Arte y la Religión han sido hijos de la eterna Belleza, *de la naturaleza humana realizada*. En fin, el arte, la poesía, es el Alfa y Omega de la filosofía. La poesía, el arte, es el comienzo y el fin de esa ciencia. Como Minerva salió de la cabeza de Júpiter así la filosofía nació de la poesía de un ser infinito y divino.

¹² *Idem*, pág. 92 y nota 3.

¹³ *Idem*, pág. 94.

¹⁴ *Idem*, pág. 95, e *Hiperión*, págs. 37 - 38.

¹⁵ Della Volpe, *op. cit.*, pág. 96, e *Hiperión*, págs. 128 - 131.

El hombre que no ha sentido en sí mismo cuando menos una vez, en sus horas de entusiasmo, la Belleza en su plenitud y su pureza, ése no tendrá ni siquiera la filosofía del escéptico. Su espíritu es incapaz de demoler y con mayor razón de construir. Así el escéptico no encuentra motivo de crítica y de contradicción en los pensamientos de los demás sino porque conoce la armonía de la impecable belleza, la prístina y secreta Unidad. El profundo aforismo de Heráclito, "Lo Uno es distinto en sí mismo", no podía ser encontrado sino por un griego, pues él contiene la esencia misma de la Belleza y antes de haberla encontrado no había filosofía. Sólo entonces se pudo llegar a una definición. Desde entonces la idea de la Belleza había entrado en el dominio de los conocimientos humanos. Se la podía descomponer, dividir y reconstituir con el pensamiento. Se podía también reconocer la esencia de lo más elevado y de lo mejor y gracias a ello establecer una ley en los dominios tan diversos de la inteligencia. Por eso los atenienses estaban especialmente llamados a ser un pueblo de filósofos. Los egipcios jamás habrían podido. Quien no ama el cielo y la tierra y no se siente amado por ellos, quien no vive en perfecto acuerdo con el elemento en que se mueve, no sabrá tampoco estar de acuerdo consigo mismo. Y no sentirá la eterna Belleza como un priego.

En Egipto el hombre, aun antes de aprender a andar, ha aprendido a arrodillarse.¹⁶ El egipcio se halla sometido antes de haber llegado a ser un ser completo; por eso ignora en absoluto esa plenitud, esa belleza, ignora el Todo, la suprema Belleza. Lo Supremo para él es una potencia velada, un pavoroso enigma, una infinidad vacía.

En el Septentrión (Alemania) el espíritu comienza a entrar en sí mismo antes de que los sentimientos hayan alcanzado en el individuo su pleno desarrollo. Tiene que llegarse a la razón y a la conciencia de sí antes de haber dejado de ser un niño. Pero la inteligencia sola no engendra ninguna filosofía porque la filosofía es algo más que el simple conocimiento de lo que existe. La razón no engendra filosofía porque la filosofía es algo más que la ciega exigencia de un progreso perpetuo en el arte de unir

¹⁶ Della Volpe, *op. cit.*, pág. 97, e *Hiperión*, págs. 132 - 133.

y diferenciar, separar y oponer en interminables unificaciones y distinciones (no es algo meramente abstracto, dirá Hegel).

Pero si la razón que aspira a elevarse es iluminada por lo Uno divino que se distingue en sí mismo, el ideal de la Belleza no exigirá ciegamente, sabrá lo que exige y por qué lo exige.

Y el libro segundo concluye con la afirmación optimista: "¡Ya llegarán tus hombres, oh Naturaleza! Un pueblo rejuvenecido te rejuvenecerá a su vez, y tú serás como su amante y contigo se renovará el antiguo vínculo que unía los espíritus. Ya no habrá más que una sola belleza; y la naturaleza y la humanidad se fundirán entonces en una divinidad universal".¹⁷

El cuarto libro y con él la obra ratifican este credo con la frase: "Las disonancias del universo son como las querellas entre los amantes. La reconciliación está latente en cada una de esas querellas, y lo que un instante estuvo separado no tarda en unirse de nuevo. . . para formar una vida única, eterna y ardiente".¹⁸

Si queremos recoger en una fórmula las reflexiones dispersas de Hölderlin podemos decir que:

Lo absoluto es concebido por él como Naturaleza o Vida.¹⁹ Este Todo viviente y Uno, infinita armonía de fuerzas, se determina necesariamente en infinitas individualidades. Pero este Todo vive solamente en sus partes; de otra manera correría el riesgo de disiparse en una infinidad vacía. El individuo, a su vez, es impulsado a superar su singularidad y a buscar su relación armónica con los otros individuos; no obedeciendo a una ley abstracta y mortificante sino llevado de una inclinación natural que encuentra en sí, en la raíz de su ser, y que no es otra que el Amor. Así realiza en la armonía del Todo su libertad, que es también la moralidad. Además y al mismo tiempo realiza así verdaderamente su vida porque evita la destrucción que le aparejaría su aislamiento. Lo que es el Amor

¹⁷ *Hiperión*, pág. 142.

¹⁸ *Idem*, pág. 233.

¹⁹ Della Volpe, *op. cit.*, págs. 102 - 103.

<i>Nota preliminar</i>	9
Prefacio	33
LIBRO PRIMERO	35
LIBRO SEGUNDO	87
LIBRO TERCERO	143
LIBRO CUARTO	185
EPILOGO: Hölderlin y Hegel	235

Handwritten text, possibly a page number or date, located in the top right corner.

A small handwritten mark or character located in the lower right quadrant.